Biblioteca Sopena

La juventud de Aurelio Zaldívar

ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ

Del asunto de *La juventud de Aurelio Zaldívar* muchos escritores habrían hecho un libro pecaminoso. Hernández Catá no: cuenta la degradación de su héroe con lenguaje tan casto, tan adolorido, que ni un momento tiene el lector la impresión de que va a leer uno de esos libros de gusto dudoso para satisfacer liviandades; y en cuanto traspone las primeras páginas comprende que si el autor ha puesto a tan bajo nivel al protagonista es para que su pura ansia de redención, su manotear en el vacío, su llamar estéril a todas las puertas de la indiferencia, resulten más dramáticas. Es esta obra de juventud, pero en ella abundan los gérmenes de madurez que han de producir la obra futura, y la intensidad de la emoción, la densidad de pensamiento y la maestría con que están fijados los caracteres, las pasiones y los paisajes impiden una vez comenzado el libro, separarse de él sin haber llegado al final y meditado muchas de sus páginas.

Alfonso Hernández-Catá

La juventud de Aurelio Zaldívar

ePub r1.0
Editor 23.04.13

Título original: *La juventud de Aurelio Zaldívar*.
Alfonso Hernández-Catá, 1911
ePub base r1.0

A RAMÓN CATALÁ

Esforzaos para pasar por la puerta estrecha...

Lucas XII-VII

Prólogo

Con libro tan discutido e interesante como *La juventud de Aurelio Zaldívar* inaugura la Biblioteca Sopena las obras del ilustre escritor cubano Alfonso Hernández Catá, cuya personalidad a la vez recia y sutil descuella no sólo entre los novelistas de su patria, sino en la producción actual de todos los países de habla española.

Muy joven aún (nació en Santiago de Cuba en junio del 1883), Hernández Catá se consagró a las letras y tras escasos tanteos juveniles halló su vía y avanzó por ella sin precipitaciones, con paso seguro. Su cultura, sus muchos viajes, su gusto finísimo y cl conocimiento de la mayoría de las lenguas europeas, afinaron sin duda su observación c influyeron para dar a su estilo la sobriedad y musicalidad que lo hacen inconfundible. Pocos artistas interpretan la vida más libremente y al mismo tiempo con más veracidad; y pocos escritores se han inclinado tanto para mirar al fondo de las almas. Sus novelas cortas y sus cuentos, género al que ha mostrado predilección, pueden competir con los mejores, y algunos de ellos *Los muertos*, *El testigo*, *La piel*, por no citar más, son verdaderas obras maestras, Sus libros aparecen siempre impregnados de una preocupación ideológica que en *Pelayo González* y en *La juventud de Aurelio Zaldívar* se desgrana en pensamientos múltiples y forma en torno de la fábula un marco que la dignifica y realza, poniendo sobre el interés pasajero de lo anecdótico un nimbo de ansiedad que parece querer sujetar lo efímero a lo eterno, según frase feliz de uno de sus críticos.

Con muy pocos libros, algunas obras escénicas representadas con gran éxito y una copiosa colaboración en periódicos y revistas que delatan la intranquilidad espiritual del escritor, ha conseguido Hernández Catá reputación sólida. El maestro Rodó, Enrique José Varona, cumbre del pensamiento americano, Manuel Bueno, Gómez de Baquero y otros muchos críticos, le han dedicado elogios entusiastas. Nombrado cónsul de la joven República en 1909, ha vivido en diversos países y desde hace poco está en España, donde ha publicado sus libros y estrenado sus obras teatrales.

Del asunto de *La juventud de Aurelio Zaldívar* muchos escritores habrían hecho un libro pecaminoso. Hernández Catá no: cuenta la

degradación de su héroe con lenguaje tan casto, tan adolorido, que ni un momento tiene el lector la impresión de que va a leer uno de esos libros de gusto dudoso para satisfacer liviandades; y en cuanto traspone las primeras páginas comprende que si el autor ha puesto a tan bajo nivel al protagonista es para que su pura ansia de redención, su manotear en el vacío, su llamar estéril a todas las puertas de la indiferencia, resulten más dramáticas. Es esta obra de juventud, pero en ella abundan los gérmenes de madurez que han de producir la obra futura, y la intensidad de la emoción, la densidad de pensamiento y la maestría con que están fijados los caracteres, las pasiones y los paisajes impiden una vez comenzado el libro, separarse de él sin haber llegado al final y meditado muchas de sus páginas.

La Biblioteca Sopena, que aspira a reunir en su colección a los escritores hispanoamericanos de hoy, que han de ser leídos durante mucho tiempo, está segura de que sus lectores apreciarán en seguida en Hernández Catá los méritos que le dan derecho a figurar entre sus preferidos.

El Editor

I

De pie ante él, tenía las dos manos puestas sobre sus hombros en un ademán paternal. Más parecía sostenerlo que apoyarse en el cuerpo, hundido con vencimiento en la muelle amplitud del sillón. Era un hombre alto, bien vestido. Dentro del marco de su barba rubia, la boca sonreía casi siempre, y tras el monóculo, donde se resumía su mirada –el ojo izquierdo parecía existir por necesidad de simetría, no por complemento de un sentido–, la pupila azul hacía pensar en algo muy penetrante, pero muy discreto. Su voz tenía ese tono persuasivo de los hombres que sabiendo muchas cosas de la vida, se placen en decirlas con dejos de ligereza. Todo el mundo le llamaba *su mejor amigo*, porque aconsejaba siempre lo que cada cual quería hacer. En París era el último recurso de los artistas españoles derrotados, que no dejaban de hallar en él un socorro corto y eficaz: la ayuda que le permitían ofrecer su buen corazón y su experiencia bien nutrida de ingratitudes, unidas a una renta pequeña. Era uno de estos hombres a quienes, aunque nada sepamos de ellos, nos - parece que conocemos mucho, porque ríen, porque son decidores, porque están siempre en el mismo nivel que quien les habla, porque comprenden fácilmente. Sus amigos tenían que agradecerle que no les contara sus desdichas o sus contrariedades y que, apenas le hicieran cualquier triste confidencia, un pliegue torvo y vertical alterase la despreocupación de su frente. Como respetaba todas las sensaciones, hasta las de sufrimiento, daba el consuelo, no con tópicos inoportunos, sino con ese silencio que se agradece más, porque es abstracto y porque se llena con las palabras deseadas. Alguien había dicho de él: «Es uno: de estos hombres en quienes todas las adversidades han penetrado por la misma herida que abriese la primera, dejándole el exterior tranquilo de un hombre feliz»; tal vez este retrato no fuera injusto. Se llamaba don Juan Antonio Méndez, y tenía cincuenta y cuatro años.

Sentado ante él en un sillón bajo, la cabeza hundida con desaliento, Aurelio Zaldívar escuchaba sus frases, dichas con acento conmovido que delataba el dolor de cumplir una misión ardua. Al comienzo de la entrevista por el rostro rasurado de Aurelio había pasado una crispación que lo ensombreció, que lo avejentó. Su vista

fue de uno a otro de los muebles, hasta concluir fijándose en uno de los arabescos de la alfombra; y el cuerpo, en el que estremecimientos y actitudes no concluidas hacían pensar en una protesta colérica, quedóse al fin quieto, mientras en la tibieza de la habitación amueblada con ese lujo que hace tan homogéneo fondo a, los amores las palabras de don Juan Antonio Méndez iban surgiendo con apresuramiento, con prisa por concluir.

–Yo no hubiera querido encargarme de decirle esto; pero no quería que se encargara otro. Míster Velist no quiso escribirle, y me fue a ver a mí, que solo le he saludado una vez, para decirme todo sin rodeos, sabiendo quizá que yo aprecio mucho a usted y que tengo esa indulgencia pasiva que no aplaude ni condena nada... No sufra ni se encolerice, Aurelio. Hay que tener método hasta para sufrir. La ira que no puede alcanzar a quien la excita, es como la bala que rebota. Míster Velist es un inmoral, se ha portado mal con usted... pero se podía haber portado aún peor.

–¡Oh, yo sospechaba que él quería dejarme! Desde hace tres días su retrato falta de este cuadro!

Y cogiendo de encima de la mesa de laca el marco vacío, lo oprimió con tanta fuerza, que deformó el cuadro de metal, grabándose en, la mano un pedazo del adorno que lo enguirnaldaba. Golpeó con los tacones la alfombra, y su diestra iba tan pronto a la corbata como a alisar la masa compacta y tersa del cabello. Se veía que deseaba saber lo que Méndez iba a decirle, y que tenía miedo de escucharlo.

–Escúcheme, escúcheme, Aurelio... Nadie sabrá nunca esta entrevista; óigame: sepa totalmente su situación, no la agrave con suposiciones ni la empequeñezca con esperanzas. Yo no soy un juez que viene a juzgarle: soy un amigo... Miré: quiero repetirle las palabras de Míster Velist, que son las que han de tener más importancia, la importancia brutal de todas las cosas que deciden. «Yo tengo que abandonar a Aurelio –me dijo sin preámbulos–. Usted sabe cuánto yo lo quiero; así es que, para que no quede desamparado, y a condición de que no trate de seguirme, le dejo a usted este dinero, el suficiente para que mantenga durante algún tiempo la misma vida que ha vivido conmigo. Los muebles de la casa y todos los del estudio, se los regalo. Los contratos los he hecho poner a su nombre. Aquí tiene usted: yo creo que debe

dárselo en mensualidades. En seis meses hay tiempo de sobra... El puede encontrar fácilmente.» Ya ve usted, Aurelio: trajes, zapatos, teatros, coches, todo está previsto con una prolijidad que nadie supondría en un hombre vehemente vicioso. No es útil que le diga ahora el efecto que me hizo su sobriedad de hombre práctico y su cinismo de hombre rico. Como ya le he dicho, me reduje a estimar la parte de bondad que hay en su acción ; me alegré, por usted, de que me entregara este dinero, y comprendí que si no me exigía recibo porque lo creía difícil de redactar. Ahora hablemos de otra cosa, Aurelio: Yo, en lo fundamental, nada le aconsejo... Creo que no debe abandonarse a estériles desesperaciones; creo que, en todo caso, usted debe sufrir hipócritamente. Para la sociedad que nosotros frecuentamos, ni una confidencia, ni una queja indirecta, ni un reproche; que madame Luzis, que Natalia Roca y M. Argely, que todos los que van a las reuniones de los Craud, no sepan nada. Aquí se tolera todo menos el fracaso. Puesto que su vida exterior no ha de cambiar, ellos pueden muy bien ignorarlo; como sospechan ahora, mas que no tengan ninguna certidumbre... Respecto a su vida, tome usted su decisión, escuchando sólo a su deseo o a su conciencia. Nadie puede aconsejar, nadie debe aconsejar, Aurelio.

Hubo un silencio. Don Juan Antonio Méndez se había sentado. El sol de la tarde incendiaba los estores con su luz amarilla, realzando la cola profusa de un pavo real de oro que miraba en el biombo a una multitud de hombrecitos y de mujercitas de ojos oblicuos. La luz se atenuaba en los extremos de la habitación, y el espejo copiaba la estancia vecina, con su cama protegida por el vasto cortinaje gris, con el tocador cargado de búcaros, de frascos de esencia, de utensilios de higiene y de coquetería: la alcoba en donde debía haber una cálida atmósfera de pecado... Don Juan Antonio Méndez no hubiera querido hablar más; pero en los ojos de Aurelio había tanta gratitud, tanto dolor...

–Aurelio, hablaremos hoy de esto, y no volveremos a hablar nunca más. Quizá tenga razón Míster Velits. Seis meses son bastante tiempo ya para persistir en el camino en que estaba, ya para aventurarse en otro nuevo. Usted me ha dicho una vez que su madre está en Madrid, que ustedes nunca supieron entenderse y que ella piensa que usted vive aquí con el producto de sus cuadros; pues bien, Aurelio, acuérdese de esto que le voy a decir yo, el hombre

que ríe siempre, el que tal vez no volverá usted a ver conmovido como ahora...: No le dé usted a su madre el dolor de saber...

Y estas palabras sencillas desbordaron el sentimiento en el alma de Aurelio Zaldívar. Se irguió y cogió las manos de aquel hombre que cumplía con él la mejor de las obras de misericordia, la que no está preceptuada: saber disculpar. Y a la evocación de aquella madre lejana que conocía apenas, tuvo necesidad de que don Juan Antonio Méndez supiera que él no era un vicioso, que era una víctima, que merecía compasión, estímulos. Las lágrimas avaloraron sus palabras:

–¡Oh, déme las manos, don Juan Antonio! Le juro que no es rabia, que no es rencor contra Míster Velits lo que me hace llorar así; es el dolor de lo que he hecho. Yo quería, pero no tenía fuerza para abandonar esa vida... ¡Si pudiera explicárselo todo en un minuto!... ¡No le prometo nada, pero usted verá cómo soy digno de que usted me haya hablado así! ¡Mamá!... ¡Mamá!...

Tuvo una crisis nerviosa que se resolvió en llanto. Este grito infantil: «mamá», le recordaba toda su vida de pureza perdida, escenas de ternura y de inocencia, la visión melancólica de su pasado. Y se asía a él como a un talismán, porque a la vez le hacía sufrir y le hacía bien, porque sentía la necesidad de pensar que todavía quedaba en él algo de niño. «¡Mamá, mamá de mi alma..., mamá!» Y con la cabeza entre los brazos, recostado sobre una silla, sollozaba con largos sollozos.

Don Juan Antonio Méndez se puso en pie, y muy despacio, sin hacer ruido, salió.

Había encontrado un alivio en esa somnolencia que sigue a las crisis violentas de dolor. Recordaba. Y algunos de los episodios infantiles le hicieron sonreír con la cara aún mojada de llanto. Recordó sus años de escolar, llenos de desaplicación, de inteligencia y de tumulto; recordó el segundo matrimonio de su madre y la casa donde, al venir los hijos tardíos, fue teniendo un lugar cada día más indeterminado, fuera del cariño maternal, fuera de la organización de la vida; la casa en donde llegó a ser una cuña que hacía presente a toda hora el recuerdo del reemplazado. Y recordó cómo lentamente se fue alejando, ahuyentado por la cobardía de su madre

y por la indiferencia de todos. Estos recuerdos le separaban de la realidad, y sólo por eso le eran agradables. Los lejanos incidentes iban ordenándose en su memoria. Luego de pasar por aquel que debió ser su hogar, revivió la tarde en que el viejo pintor belga, que había conocido en Lieja a su padre, fue a visitarlos. Él era su acompañante en Madrid; al lado suyo fue muchas noches al Café Francés, a tiendas de anticuarios, a una iglesia de la Bombilla, en la que el anciano pintor pasaba horas y horas mirando los techos. Invirtieron las mañanas en el Museo del Prado. Iba detrás del pintor sin aburrimiento, observando, más que las escenas múltiples y las caras austeras de algunos retratos, cómo la gente casi andaba de puntillas y cómo él mismo, sin saber por qué, no se atrevía a hablar en alta voz. Una vez el viejo se detuvo, y arrastrando mucha la *r* al pronunciar su nombre, le dijo: «Ven acá, Aurelio, ¿de qué color ves tú este justillo?» «Verde», dijo él, y el viejo, luego de mirar largo rato: «Pues yo lo veo bermellón... «Ese **sorcier** de Antonio Moro!»

Algunos días antes de su partida, al salir del bar donde Aurelio había estado escuchando en silencio una discusión interminable sobre Alonso Cano, el pintor le dijo súbitamente:

–Si tu madre quiere, yo te llevo conmigo a Bruselas. Veremos si sirves para pintor.

Aquella tarde, mientras iban camino de su casa, sufrió crueles alternativas. Temía que su madre se opusiera al viaje, y un lúcido presentimiento advertíale que nadie había de oponerse. Le despidieron con correcta tristeza. Su madre hubiera llorado al besarlo, ¡pero el segundo marido tenía tan mal carácter..., era tan enemigo de las lágrimas!... Sólo la hermanita pequeña, a quien él llevaba todos los días terrones de azúcar, le tendió los brazos sonriendo en el momento de partir.

Aquí sus recuerdos se atropellaban por el deseo de sucederse pronto. Recordó sus hastíos en Bruselas, las cóleras del viejo pintor contra la pereza anuladora de sus condiciones sobresalientes de colorista, el proceso espiritual que fue elevando las aspiraciones de su alma sin multiplicar su fuerza de acción. Y en un instante, ya nublada por el arrepentimiento la grata tarea de recordar, pasó por la muerte de su protector; por su llegada a París, donde, poco a poco, sin saber cómo, gastó los tres mil francos heredados; por el encuentro fatal de aquel Míster Velist, tentador y fastuoso, que

rodeó de todos los lujos que le eran queridos, que se llamó un amigo al comienzo –¿acaso no tenía motivo él para creer en las protecciones desinteresadas?–, y una noche, también sin saber cómo, adquirió derecho para pasearle con la cínica autoridad del magnate que exhibe las lacerias doradas de su espíritu y de su cuerpo. ¡Oh lujo, el triste lujo que había gozado durante once meses! Sus miradas se pasearon, preñadas de amor y de rencor, por los muebles ricos, por los pálidos cortinajes que por sí solos incitaban al secreto, por las estatuitas de actitudes valientes, por el estante lleno de libros con bellas encuadernaciones, por los divanes, por los cuadros, por el torso quebrado y viril de un discóbolo... El rencor no lograba matar al amor que había en su mirada. Sentía bajo las raíces de todos sus dolores circunstanciales, la pasión del lujo. ¿En dónde habíase arraigado en él? Y otra vez volvió a retroceder por el camino de los recuerdos, y casi tuvo la memoria física de aquella tarde de carnaval en que el cielo de optimismo extendía su diáfano cobalto sobre la ciudad regocijada. Recordó:

Había llegado a Madrid con su protector, después de diez meses de ausencia, y en su hogar, en su madre, sólo halló esa ternura circunspecta que se establece entre los parientes cuyas vidas han cambiado de órbita. No le era grato estar en su casa ; todo en ella le parecía adusto, sórdido. Entonces conoció a una muchacha modelo, que fue su primer amor. Ella tenía una mantilla negra y un vestido que le delineaba muy bien el talle; pero no se lo ponía nunca, porque los pintores, que habíanse obstinado en copiarla en guiñapos de mendiga, opinaban que aquéllo le quitaba carácter. Hubo, como en todas las pasiones de adolescente, un lapso de ímpetus, de violencias y de furor erótico, que los hizo adelgazar. Durante las noches de invierno, en el estudio sin estufa, el amor fue, como en las casas de los pobres, una necesidad. Luego vinieron días de tregua... Y en aquella tarde de carnaval tan clara, tan tibia, Aurelio Zaldívar encontró el primer vestigio de su pasión por el lujo.

Fue a recogerla después de comer. Le había ofrecido una sorpresa. Ya habían convenido disfrazarse, pero cuando llegó vestido de levita, ella rió, y de pronto, viendo que él se enfadaba, le dijo: «Estás muy guapo, ¿sabes ?... Pero que muy pocos llevan la levita como tú.» El júbilo lo ganó otra vez y descendieron a la calle, donde los aguardaba un coche. En la casa de trajes la muchacha

tuvo un grato estupor al ver que en vez de vestirle un dominó o un bebé, le iban poniendo una camisa con encajes, un corsé color malva, un collar de perlas, una enagua blanca y bulliciosa, unos zapatitos, un vestido princesa de un tono lila, un sombrero color plomo guarnecido de una pluma, que tal vez fuera demasiado grande. Por el frondoso paseo los coches marchaban trabajosamente, y algunos caballos erguían de tiempo en tiempo las cabezas, excitados por las risas, por las voces aflautadas, por el murmullo gárrulo del gentío, por los papelitos de colores. Ellos iban en el coche corno si no fuese carnaval: rígidos, solemnes, sintiendo el derecho de protestar cada vez que un bando de *confettis* lanzado desde las tribunas iba a caer sobre sus trajes. Cuando Aurelio se ponía de pie para ver mejor la compacta fila de carruajes que se alineaban delante y detrás de su coche, sorprendíase dolorosamente de ver máscaras. Este espectáculo mermaba su goce. ¿Por qué no había tenido valor para salir así otro día ? Una vez que quiso la muchacha, por distraerse, contarle un incidente que le había ocurrido con un pintor, él le dijo con tan irritado acento: «¡Cállate!», que la pobre interrumpió su cuento sin concluir siquiera la palabra. Así pasaron toda la tarde, en silencio. Y deseoso de concluir, dio al cochero la dirección de aquella casa misteriosa y cara, que un amigo le había indicado. Los antifaces, que no se habían puesto, quedaron en el fondo del coche.

Ya en la habitación, él le prohibió desnudarse; ni siquiera le consintió dejar el sombrero. La sentó en un sofá y le habló con palabras rebuscadas y confusas. La imaginación enriquecía los muebles, que se multiplicaban indefinidamente en los espejos fronteros. Un ramo de geranios cargaba el ambiente con su perfume –todavía sentía Aurelio Zaldívar aquel perfume–. Debía haber en los otros días que no eran días de carnaval, citas parecidas, pero normales, en aquel gabinetito rosado. De pronto, vencido por todas las incitaciones, la tomó en brazos y la llevó a la alcoba. Y en ese momento en que una misma chispa degrada y hermana a todos los hombres, antes de curvarse definitivamente ante ella, que, descompuesto el traje y echado el sombrero hacia la frente, lo aguardaba azorada y feliz, Aurelio tuvo fuerza de voluntad para volverse a contemplar en el espejo su perfil dominador poseyendo a una mujer bien vestida... ¿Por qué no a una marquesa?... Los

detalles de aquella noche tenían tanta vitalidad como las cosas presentes... El edredón era muy leve y de color violeta; en el lavabo había dos grifos –el de agua caliente no funcionaba bien–; en la pared, rayada con un alfiler, leíase esta efeméride: «Lucía 1904 día de Santiago»; un loro tarareaba en un balcón vecino la Marcha real.

Al cambiar instintivamente de postura, dejó ir la mirada por el balcón. La férrea armazón de la Torre Eifel y el jardín del Trocadero, lo forzaron a volver a la realidad. Todos sus conocidos de París pasaron en tropel por su memoria: los pintores del Barrio Latino, que lo explotaban y lo criticaban; don Juan Antonio Méndez, a quien debía una respuesta; madame Luzis insinuándole todos los días que podía encontrar una mujer que lo sostuviese con lujo; Natalia Roca, que a pesar de tener un hijo y un misterio tal vez deshonroso en su pasado, suscitaba tanto respeto y tanta ternura. Otra vez quiso sustraerse al presente, pero ya no pudo. Los muebles, que antes habían permanecido sumisos a su anhelo de recordar, parecían ahora ocupar más sitio en la habitación. Había divanes obstinados en recordarle escenas dolorosas. Él hubiera golpeado a las sillas, al vasto lecho saturado de perfume, a cada una de las limas para pulir las uñas. En la luz suave del crepúsculo hasta las cosas más inofensivas se delineaban con contornos hostiles. Y nuevamente, exaltado por el arrepentimiento, apoyó la cabeza sobre los brazos y apoyó los brazos sobre una silla. Los niños de un matrimonio argentino que vivía frente de él, y que le llamaban «el señor español», vinieron a la ventana, como hacían muchas tardes. Aurelio se hizo el dormido. Uno de los niños dijo al otro:

–Mira, mira cómo está rendido el señor español.

El otro, el más pequeño, sugirió:

–¿Vamos a desirle que coja una almohada, pues?

–No hables alto, ché, no lo despiertes. Cuando a mí me despiertan no puedo volver a dormirme.

Y se fueron. Corno antes una sola frase le había recordado a su madre, ahora las palabras vulgares de los muchachos, el tono ingenuo, le recordaron toda su infancia. Volvió a llorar. Estaba pleno de ternura y hubiera llorado por cualquier cosa. Lloraba en silencio. Y hubiese dado lo mejor de su vida por que en aquel

momento su madre estuviese junto a él para darse a conocer a ella con una sola palabra, con un solo sollozo; hubiera dado lo mejor de su vida por que, siquiera, no lo hubiese dejado solo don Juan Antonio Méndez.

II

Si la Embajada es, en cuanto al aspecto oficial, la representación de España en París, en cuanto al aspecto íntimo lo era la casa de los Craud. Los Craud no eran españoles ni habían traspuesto nunca los Pirineos; pero la madre del actual jefe de la familia estuvo casada en primeras nupcias con un almirante español, y desde entonces arraigó en la familia el amor a España, que tuvo en la época de monsieur y de madame Craud –don René y doña Ivonne– un florecimiento esplendoroso. En el testero principal del salón, el almirante, con un gesto sutil de burla dibujado entre las fieras y clásicas patillas de lobo de mar, presidía las reuniones todos los sábados. Al hablar con monsieur..., con el señor Craud –hay que llamarle así para merecer su estimación–, y sentirle tan listo, tan untuoso, tan sagaz, algunos preferían creerle un filósofo sabedor de que ser extranjero en todas partes es ser respetado en todas partes, a creerlo maniático de una manía inofensiva y cómica. En el principio, temiendo a la dificultad de congregar en su casa a todos los nobles españoles dispersos en las gratas sinuosidades de París, los Craud pensaron en atraerse la única aristocracia que les era asequible, y reclutaron en el Barrio Latino algunos poetas, músicos, pintores y generales carlistas expatriados, que pusieron prestigiosamente en marcha la serie de reuniones ibéricas y les pidieron algún dinero. Ya después de algunos años, el contingente se había normalizado, y ante las patillas heroicas del almirante pasaban tres Flácidas horas los sábados por las noches todos los españoles distinguidos que ne tenían cosa más divertida que hacer. El señor Craud se jactaba de que, al trasponer el umbral de su puerta, todos los sectarismos se fundían en el generoso y colectivo amor a la patria. «Una vez estuvo a comer con nosotros Don Jaime de Borbón –narraba–, y ni siquiera quitamos el retrato de Alfonso XIII que hay en mi despacho. El rey es la personificación del país. Si alguna vez Don Jaime o Pérez Galdós fueran jefes de la Monarquía o de la República española, ocuparían el mismo sitio». Esta filosofía sabia, favorecida por algunas influencias, le valió la encomienda de Carlos III, distinción que halagó con exceso a unos y que encolerizó, también con demasía, a los más. Tal vez el único que se mantuvo

ecuánime al juzgar el acontecimiento fue don Juan Antonio Méndez quien aseguró que, si bien el Sr. Craud no había hecho nada para merecer la condecoración, tampoco había hecho nada para no merecerla. Estas palabras debieron convencer a unos y a otros, pero no influyeron en ninguno, porque cuando se trata de envidiar o de amargar una alegría, nadie hace caso de las frases sensatas. En París, el señor Craud tenía ya fama de hispanófilo, y los periódicos enviaban *repórters* encargados de sacarle con habilidad sus opiniones acerca de los cambios de gobierno, acerca de los monumentos artísticos, y acerca de los *toreadores*. Era seguro que las palmas académicas se las iban a conceder de un momento a otro.

De la situación económica de la familia nadie sabía nada. Como el señor Craud y su mujer no disputaban delante de gente, no cometían indiscreciones. Sus tés y sus comidas estaban servidas siempre con esa sobriedad que lo mismo puede indicar buen gusto que escasez. Cuando se rompía alguna taza o alguna copa de champagne en un brindis harto caluroso, no ponían muy mala cara. Vivían en Saint-Mandé, frente al bosque Vincennes, en un hotelito alhajado con un lujo bárbaro y luminoso; pero sólo tenían dos criadas, españolas las dos. Emilio Benítez afirmaba que, una mañana, al ir muy temprano a buscar al señor Craud para que le sirviera de testigo, halló a su esposa, envuelta en un trapo la cabeza, encerando el piso del vestíbulo, sujeta al pie derecho una pantufla de gamuza, que le daba un aire de patinadora. Pero esto, dicho por Emilio Benítez, adquiría una pátina de incertidumbre; su lengua era casi tan mala como su pincel. También calumnió a un pintor valenciano propalando haberle ayudado a ejecutar un cuadro que premiaron con mención honorífica, y luego se supo que el pobre hombre lo había copiado de una ilustración alemana.

Los más conocedores de la familia aseguraban que la señora Craud era rica y celosa, que él aguardaba una ocasión propicia para reclamar al gobierno español la herencia de ya no sabía cuál antepasado del almirante: herencia quimérica y elástica que tan pronto se contaba por miles como por millones. Y afirmaban también, que el señor Craud, injerto de egoísta y de escéptico, gastaba no poco de la renta de su mujer en trámites imaginarios que en vez de ser cobrados por el Consulado español, lo eran por lindas

muchachas empleadas en los almacenes. El egoísmo del señor Craud había sido formulado en una frase por su inseparable amigo Sebastián: «Si encima de la mesa hay dos chuletas y el gato se come una, el señor Craud dirá a su esposa: El gato se ha comido tu chuleta». Esta síntesis casi culinaria será comprensible en cuanto se advierta que Sebastián –todos le llamaban Sebastián; nadie conocía su apellido– sólo era sensible a dos promesas: la restauración de la República española y una mesa bien cargada de platos nacionales, pero abundantes. Sebastián era hombre de tanta fuerza de voluntad, que, en diez años de permanencia en Francia, había logrado no aprender ni una sola palabra en francés. Entre él y el señor Craud había siempre acuerdo; pudiera decirse que acerca de todas las cosas tenían iguales opiniones, si para historiar con más justeza no fuese preciso escribir que el señor Craud partía munificamente en dos su opinión, para darle la mitad a su amigo. Salían todos los días y muchas noches juntos, ornados los ojales de las solapas con las cintas de las condecoraciones, cosa que les permitía tutear a los empleados subalternos de todas partes y no ser tratados mal por los guardias. Iba a decir que Sebastián era el escudero del señor Craud; mas como en cuanto se arriesga la palabra escudero, la imaginación echa a andar por delante de ella a la escuálida y colosal figura de Don Quijote, forzoso es hacer una distinción: Sebastián era el escudero, pero el señor Craud no era el caballero. ¿Que esto es difícil de comprender? Suponed a Sancho Panza con escudero; digamos mejor aún, que el señor Craud y Sebastián eran escuderos el uno del otro. El matrimonio Craud tenía una hija de catorce años que soñaba a menudo con Sebastián, con la revolución francesa y con Mirabeau, haciendo de los dos personajes uno solo y colocando la Bastilla en la Plaza de Oriente.

Aquella noche los dos amigos llegaban con retardo. El señor Craud preguntó a Sebastián:

–¿Qué le diremos a mi mujer?

Sebastián, que tenía la cómoda costumbre de responder a las preguntas interrogando, dijo:

–¿Qué pretexto inventaremos para tu mujer?

–No se me ocurre.

–Hoy no podemos decir nada del cónsul; hace una semana que vamos a verlo todos los días, y concluirá por escamarse.

–Ya se me ha ocurrido.

–No hay hombre como tú.

–Hemos estado en la Embajada, y me han pedido quinientos francos para papel sellado.

Tomaron el Metropolitano para ir hasta la avenida Daumesnil. Sebastián se quedó de pie, deseoso de sentir de cuando en cuando los cuerpos fragantes de las obreritas que subían y bajaban apresuradamente, sin cuidarse de la manera como aprovechaba él los vaivenes del coche. El señor Craud se sentó porque una sabia degeneración le había llevado a no amar sino a las mujeres honestas.

Los sábados constituían una tregua en la vida de la señora Craud, que añadía a las tragedias cotidianas el encono de unos celos justificados y monótonos. Estaba contenta en sus reuniones, no porque le parecieran poco peligrosas las mujeres que recibía: por suponer que ninguna de ellas se interesaba por su marido. Además, en su concepto de los peligros humanos, todos los limitados por las paredes de un hogar le parecían menos terribles. Una criada guapa o una amiga bella, desgraciada y con necesidad de consuelos, jamás la preocuparon tanto como las desconocidas de afuera. Eran los almacenes, los cafés de los boulevards, las ferias, aquel Luna-Parc de quimera barata, tan propicio a los amores improvisados, y más que todo: las pérfidas calles de París, llenas de asechanzas femeniles, las únicas cosas que poseían virtud para excitar su fantasía. La palabra a«calle» era el nombre genérico de sus ideas de perdición; y cuando le preguntaba a su marido: «¿Te vas a la calle?», el señor Craud la interpretaba: «¿Te vas al burdel, al lupanar, a la orgía?»

Ciertamente que la belleza madura y dominadora de madame Luzis y la belleza lánguida de Natalia Roca eran temibles; pero su instinto decíale que una y otra, madame Luzis con su acometividad de mujer rica, y Natalia con su aspecto a la vez altivo y humilde, sentían por Aurelio Zaldívar un interés transparente hasta para las miradas menos suspicaces. En Francia, donde el amante tiene el aspecto de otro marido un poco menos legal, donde, como una obsesión familiar que concluye por no producir miedo, tiene un

lugar preferente en todas las comedias, en todos los libros que aspiran a ser populares, y donde las niñas de quince años ya saben, por lo menos en teoría, a qué atenerse respecto a él, Ivonne Craud tuvo casi derecho a suponer que el término de esa simpatía había de resolverse en alguna alcoba de alguna casa de la «calle». Y lo suponía sin malicia, siguiendo la norma de este adagio de Sebastián: «Mientras no tenemos pruebas de que una mujer es honrada, debemos suponer que no lo es». Sebastián era un hombre extraordinario, cuya brutalidad turbaban raras chispas de espiritualismo. A veces, sus asociaciones de ideas eran interesantes por lo lejanas; el día que veía un cadáver, le era imposible comer carne.

Ya a las nueve estaban en el salón de la casa todos los esperados aquella noche. En un sofá, debajo del retrato del almirante, don Juan Antonio Méndez y Emilio Benítez hablaban en voz alta:

–¿Y para qué ha ido a España? ¿Para sufrir el dolor de ver pasear a seres indiferentes por lugares queridos? Va nadie me conoce allá. De este modo, sin salir del destierro, me parece que mi patriotismo es más puro.

–Yo –dijo socarronamente Benítez–, no me explico dejar de ir a pasar una temporadita a Madrid sino por falta de dinero. Pero desde ahora, en cuanto me pregunten diré lo que usted.

–Dirá usted lo mismo, y como no lo sentirá, todo el mundo se llamará a engaño; y aunque lo crean... lo difícil es engañarse a sí mismo.

–¿Pero pretende usted hacerme creer que hay placer en privarse de una cosa agradable?

–Para mí sí, Benítez. Yo podría mañana mismo tomar el tren hacia Madrid. Estoy amnistiado desde hace mucho tiempo, y puedo ir a España cuando quiera; esto me basta. Cada quince días, cuando estoy muy aburrido, proyecto ese viaje. ¿Verdad, Natalia, que quien aseguró que el día más feliz es el de la «víspera» fue un sutil filósofo? Hay que colocar lejos la esperanza, hay que no lograr todas las cosas para ser menos desdichado.

Casi al mismo tiempo, madame Luzis y Natalia Roca comenzaron esta pregunta que sólo madame Luzis concluyó:

–¿Usted cree?...

Y don Juan Antonio:

–Sí; estoy casi seguro de que cuando no se es perfectamente ignorante, la única manera de no ser infeliz es ésa. Todos los hastíos están del otro lado de la posesión. Verdad es que hay quien se cansa de desear, pero... ¿Volvería usted a su país, Natalia?

Natalia Roca miró al techo, recordando; y detrás de su frente, que era noblemente abombada y tersa, la visión de la ciudad tórrida en donde la brisa, el ígneo azul del mar y la luz tan viva como un relámpago perenne tenían siempre dispuesto el cuerpo a todos los reposos, le hizo revivir con aguda realidad su pasado. Se agolpaban las memorias tristes; recordó su afrentoso matrimonio, el dolor de los viejos padres, a quienes los ultrajes que ella recibiera del marido procaz fueron poco a poco curvando, hasta hacerlos casi entrar naturalmente en la fosa; recordó la indiferencia irónica de la gente y su estupor de pobre muchacha ignorante de las asperezas de la vida, al ver que todo continuaba la ruta de júbilo sin detenerse a lamentar su desgracia. No, no regresaría nunca a su país. ¿A qué? Y su pensamiento aferrábase al hijo de cuatro años, lato que fuertemente la ataba a la lucha; lazo a la vez dulce e incitador que le hizo abandonar al mal hombre, venir a buscar la soledad a París, y ya allí, temiendo a los peligros de la introspección, abandonarse al trato de nuevas gentes con las que forjar la quimera de una nueva vida.

Todos escuchaban con respeto a don Juan Antonio Méndez. Era allí equivalente a uno de esos personajes que por comodidad o por necesidad crean los novelistas, confiándoles la misión de dar formas a los pensamientos que son corolarios de las acciones de los demás: eje espiritual alrededor del cual el giro de los otros personajes se hace armónico. Y tal vez fuese un personaje novelesco, porque en contra de lo dicho por monsieur d'Agerton en un libro de Alfonso Daudet, la vida es una novela. Don Juan Antonio Méndez, con el velo opaco con que sabiamente circuía los puntos capitales de su existencia, con el tono de continuo reidor, en cuyo fondo barruntaban los inteligentes recóndita hez de amargura que los resarcía de la envidia que algunas veces solía suscitar, tenía esa realidad inconsútil de los protagonistas de novelas. En una ocasión –todos los sábados se oponía tibiamente a las ideas de Emilio Benítez dijo: «En verdad que los ricos y los hombres de talento debieran tener siempre defectos físicos o carroñas morales. Hay una

satisfacción anárquica cuando se dice: El señor Ruiz es millonario, pero un cáncer en el estómago no le deja comer». O, «¡Si este poeta no tuviera piojos y se alimentara todos los días...!» Y sus palabras tenían la virtud de hermanar a todos los reunidos. Hablando con él, Emilio Benítez y el filósofo Ramiro Nors, enemigos lógicos y violentos, parecían buenos camaradas; madame Luzis no se atrevía a zaherir a Natalia Roca si él tomaba parte en la charla. Hasta la señora Craud adquiría, al conversar con él, un tenue reflejo intelectual: el que adquiere el hierro al golpear el pedernal y sacarle chispas.

Aurelio Zaldívar entró, disculpando su tardanza: había tenido que ir un momento al teatro. La pechera y el blanco chaleco de etiqueta acentuaban su palidez. Natalia Roca pensó que habría trabajado mucho, y madame Luzis que había estado todo el día de juerga. Al entrar, Aurelio miró suspicazmente a todos los rostros, tratando de darse cuenta de si sabían... Pero no; Sebastián y el señor Craud jugaban intranquilamente a las cartas, esperando el momento de la libertad; Nors trataba de convencer a Benítez de cuánta razón tuvo Bergson al decir que otra fuente de conocimiento es la intuición; madame Luzis y Natalia lo miraban sin ningún propósito nuevo, como siempre. Dándose quizá cuenta de las zozobras que lo atormentaban, don Juan Antonio Méndez dijo a Sebastián, para atraer hacia él la atención:

–Usted es de los que tienen la sustantividad y la fuerza de carácter necesarias para no ser absorbidos. Usted no será nunca ni un afrancesado, ni un germanizado; nada puede ejercer influencia en usted, porque usted tiene la condición divina de la inmutabilidad. En el fondo, Sebastián sigue viviendo en España; ha substituido las dimensiones, las formas, la grafía, las gentes.... pero su situación con respecto a las cosas, sigue siendo la misma. ¿Qué importa que una plaza se llame Place de 1'Opéra o Puerta del Sol? Es usted quien españoliza todas las cosas de París. Con unos cuantos millones de españoles como usted, la conquista pacífica de Francia sería un hecho.

Y Sebastián, en quien, dado su concepto poco heroico de todas las cosas, la palabra «conquista» no sugería ni la figura ciclópea de Pizarro, ni la del Cid, ni siquiera las victorias presuntas del almirante, sino las buenas, frescas y acomodaticias muchachas de

«Le Printemps» y de «Les Galeries Lafayette», sonrió con su sonrisa de sátiro ingenuo, permitiendo recobrar a Aurelio Zaldívar la calma. Cuando sonaron las once, don Juan Antonio Méndez comenzó a despedirse de todos. Aurelio quería hablarle, pero no quería salir con él. Sin prever ninguna indiscreción ni ningún reproche, un terror pueril le hacía temer la larga confesión ron sus detalles dolorosos. Sería otra vez, al día siguiente, pero no aquella noche; y en su espíritu se agrandaba el miedo a encontrarse solo con él, tal vez cogido de su brazo, en la soledad del paseo, muy distante del primer tranvía donde la gente pudiera ser obstáculo en el plano inclinado y resbaladizo de las confidencias. Al oírle decir a Zaldívar que se quedaba un rato para regresar luego con Sebastián y con el señor Craud, don Juan Antonio se puso los guantes, dispuesto ano acelerar ni retardar aquel momento necesario. Pero, de súbito, cuando ya tenía en la mano el sombrero, Aurelio, pretextando darle un recado, lo llevó a uno de los balcones.

–Quiero hablarle; quiero decirle mi decisión.

–Yo no necesito saberla, querido Aurelio.

–Sí, usted sí.

–De todos modos, no tenemos prisa; puedes esperar...

–No; prefiero que sea hoy.

–Habla.

Ante ellos el bosque Vincennes explanaba su extensión rumorosa y compacta, donde los caminos eran retorcidas líneas obscuras. En el estanque dos luces alargaban siniestramente los temblores de sus reflejos. El viento llevaba fragancias ásperas y ruidos de voces lejanas. No parecía que estuviese tan cerca la ciudad, y hasta una punzante desilusión penetraba el espíritu cuando allá, hacia la puerta dorada de Saint-Mandé, los focos de los tranvías empequeñecían la quimera de estar en un verdadero bosque, distantes de la civilización, entre las cumbres serenas, sedantes y austeras de las montañas.

–Habla.

–He decidido –si usted no se opone– vivir seis meses en París, en rentista; gozando por primera vez, sin la constante vergüenza de antes, el lujo que me es tan querido, y que acaso no vuelva a disfrutar nunca más. Ni seguiré la vida que me aconsejó Míster Velist, ni me martirizaré proyectando; viviré sencillamente como si

me fuera a morir de aquí a seis meses, o como si fuera a nacer otra vez... Luego, en tercera, al igual de los emigrantes, de quienes deseo ser compañero, iré a América a ganarme la vida... No suponga usted que el recuerdo del lujo debilitará mis esfuerzos; no, será más bien un premio anticipado, hasta un consuelo para el fracaso... Además, no he de fracasar; yo debo servir para alguna cosa.

–Pero...

–No crea que es un sueño de muchacho; le juro que lo he pensado mucho.

–¿Y has tenido en cuenta todas las circunstancias en contra y en pro? ¿Has calculado tus fuerzas y las que han de oponérsele? ¿Es una decisión, una línea de conducta bien meditada?

–Sí, sí.

–Pues entonces, síguela.

Los llamaron. Había en la voz de madame Luzis, al llamarlos, algo de encubierta violencia.

El señor Craud, Aurelio y Sebastián salieron juntos. Un tranvía los dejó en la plaza de la Nación, y de allí fueron hasta el bulevar Sebastopol en la imperial de un ómnibus. Tomaron cerveza en la terraza de un café. Luego anduvieron largo rato hablando con vivacidad de cosas inútiles, acerca de las que el señor Craud y Sebastián sostenían opiniones contrarias a las de Aurelio Zaldívar. Al pasar por una calle angosta, una mujer que paseaba lánguidamente por la acera, los llamó. Se acercaron.

Bajo el abrigo, el cuerpo perdía sus contornos; veíase nada más que era flaca, con esa precaria angulosidad que dan los excesos o las privaciones. Las ojeras artificiales pretendían atraer todo el interés hacia los ojos; pero, en contra de sus deseos, la boca larga y dolorosa se adueñaba de la atención. Porque por aquella boca pasaban cinismos impropios de ella; porque la palidez mal encubierta de los labios, hacía pensar en faltas de pan, en faltas de fuego, en anemias, en insomnios, en cosas graves e irremediables, mientras ofrecía el lecho tibio y el cuerpo que tantas veces no habría tenido otro calor que el efímero prestado por los amantes indiferentes. Y apenas entre una y otra frase atrevida quedaba un lapso de mutismo, los labios, juntándose igual que dos hermanos en

un momento de peligro, eran una visión de sufrimiento. Aquella mujer, sin hablar, habría inspirado una gran compasión. Tal vez sufría sin darse cuenta.

Aurelio Zaldívar la hubiese dado dinero a no haber ido con el señor Craud y con Sebastián. Hay hombres tímidamente buenos que sólo tienen la audacia de serlo cuando están solos. La mano velluda de Sebastián había ido a abismarse entre la amplitud del abrigo. Y la mujer charlaba y reía llena de esperanza, esquivando la mano de Sebastián para acrecentar con la resistencia el deseo. El señor Craud bromeaba con su amigo al servirle de intérprete. Aurelio, siempre temeroso de que su silencio con las mujeres fuera mal interpretado, le preguntó:

–Hoy no has tenido buena suerte, eh?... ¿Es muy difícil atraer a los hombres?

–Según –dijo ella queriendo hacer pícara la mirada de sus ojos cargados de sueño: A los viejos no se les mira ; se pasa delante de ellos y se sigue despacio, sin volver la cabeza; a los hombres maduros, que suelen ir pensando en otra cosa, hay que coquetearles: ceñirse bien la falda a la pierna, morderse los labios...; a los jovencitos se les llama, porque algunas veces son tímidos.

–De noche siempre. ¿Verdad?

–Sí. Los que dan citas para el día siguiente no acuden nunca. Ya sabe una que no les ha gustado; que darán citas a dos o tres más, y que concluirán yéndose la misma noche con la última que los aborde.

Aquella era una nueva ventana abierta a la vida, por donde Aurelio se asomaba con cándida curiosidad. El señor Craud sonreía, y Sebastián sonreía también, sin comprender, por imitarlo. Aurelio volvió a preguntar:

¿Y qué lugares son los mejores?

–¿Lugares? No se puede decir; los días de lluvia no son lo mismo que los días de sol; hay temporadas difíciles en que los hombres parecen estar de acuerdo. Es bueno situarse en la calleja obscura que esté más cercana a un teatro; a menudo los hombres salen de los teatros dispuestos a llevarse la primera mujer que encuentren.

Bajo la luz móvil del farol las sombras oscilaban y se fundían como si anticiparan el propósito de la mujer. Aquellas palabras dichas con descoco suscitaron en Aurelio Zaldívar una grave

emoción. El había visto a las mujeres llamadas alegres en la taberna Pascal y en el Panteón, y luego, cuando su florecimiento económico lo alejó del Barrio Latino, en los cafés elegantes del Bosque, en las tertulias y en los teatros. Las había visto sin preocuparse por la tragedia que hay detrás de sus proposiciones de amor, y esta pobre mujer, en un momento, queriendo ser ingeniosa, habíale revelado el dolor de todas las que viven de denigrar el acto a que deben la vida. Y aquello fue como uno de esos versos leídos innumerables veces de modo maquinal, que un día, a favor de un crepúsculo iniciativo, a favor de una tristeza, a favor de un poco de alcohol, nos muestran la totalidad de su sentido.

Sebastián se hubiese ido con ella, pero el señor Craud no quería continuar solo el paseo. Cuando la mujer vio perdido su tiempo, se enfadó. Algunas palabras ásperas se cambiaron; Sebastián la llamó flaca y bruta, y ella, sin comprender bien los insultos, le llamó *salop*. Los denuestos perdían su dureza en la noche casi luminosa, tibia como una caricia, digna de tolerancia y de paz. Se separaron. Aurelio, con el pesar de no haberse atrevido a socorrerla, la vio marchar un rato con el aire fiero y fácil hasta perderse en el tumulto del bulevar.

Siguieron largo espacio en silencio. Tal vez el señor Craud y Sebastián habían ya olvidado la aventura, cuando Aurelio preguntó a este último:

–¿Y se hubiera usted ido con ella así, sin conocerla, sin saber siquiera su idioma?

–Naturalmente... No necesitábamos hablarnos.

Aurelio imaginó el cuarto cerrado y a Sebastián y a la pobre mujer, sin la menor comunicación espiritual, entregados al amor violento y sudoroso, al amor con toda su furia, con toda su agresividad, que en vano tratamos de suavizar con frases de larga vibración infantil. Y esto era para él incomprensible y tan repugnante como un delito. Si hubiese dicho en alta voz sus escrúpulos, el señor Craud y Sebastián se hubieran mofado. Él tenía necesidad de la inteligencia, del preludio, de la ilusión de creerse enamorado definitivamente para poseer a una mujer. Sebastián, no; a su carne le era lo mismo la hembra que no se ha visto nunca y que no se e pera volver a ver. Y Aurelio se indignaba con ese santo romanticismo de los jóvenes y de los viejos de noble ancianidad,

con el calumniado romanticismo cuyo engaño nos resarce de tantas inmundicias axiomáticas. ¿Cómo no comprendía Sebastián las náuseas de poseer a una mujer así? Aurelio era todavía muy niño e ignoraba que la mayor parte de la felicidad está precisamente en eso: en no comprender.

III

Durante quince días Aurelio Zaldívar se aletargó en una vorágine de excesos. Sentía la necesidad de demostrarse que era hombre, sentía la voluptuosidad de cumplir en el lecho muelle y acusador, la armónica ley de la naturaleza. En el transcurso de aquellos días, más de veinte mujeres lo acompañaron. Hubo modistas que entraron con aire de temor y que poco a poco se iban atreviendo a registrar todo; y hubo actrices que arrojaron desde el primer día los abrigos sobre la mesita de té; y hubo infelices mujeres de la calle que penetraron con recelo, y a las que después era necesario hacer callar porque reían a carcajadas.

La portera proyectaba todos los días hacer a Aurelio una observación. Sabía ya la observación de memoria y también el gesto en que había de apoyarla: «Señor Zaldívar, usted ha olvidado la honorabilidad de esta casa... Si siquiera se ocultara usted de los vecinos... Yo siento mucho tener que hacerle esta reconvención...» Pero siempre, al dudar entre la dignidad de ese gesto y el ademán filosófico y afanoso de coger las propinas, su mano fue más rápida que sus labios.

Se levantaba al medio día, y a veces la mujer habíase marchado ya. En ocasiones no la sentía irse, y algunas mañanas, en ese estado que es un delicioso paréntesis entre la consciencia y el sueño, veíalas caminar de uno a otro lado, con el deseo de no despertarse. La ducha no era suficiente a aligerarlo de una pesadez que no estaba sólo en su cuerpo, sino en su espíritu, en su visión de las cosas presentes y pasadas. Largo rato quedábase sentado en el borde de la cama, colgantes los pies y apoyados en la almohada los codos, y le era necesaria una flexión violenta de la voluntad para salir de aquel estado, mitad meditativo, mitad somnolente. Ante el espejo comprobaba su delgadez y las ojeras que ponían en su rostro una sombra morbosa. Luego de los primeros días se dio cuenta de que todo era inútil, de que nada bastaría a quitar a su casa la personalidad alucinante que le diera su vida anterior. Podían pasar todas las mujeres de París por entre los dos cortinajes de la alcoba; pero él, al verlos descorrerse con esa solemne gravedad de las telas ricas, vería siempre, a pesar de la realidad, la silueta de Míster

Velist. Tuvo instantes de desesperación en los que, abandonándose a la cólera lógica y ciega que a veces nos impele contra lo inanimado, pensó golpear las paredes y disparar las seis cápsulas de su revólver contra el marco de aquella puerta, donde las figuras presentes tenían menos vitalidad que las figuras viciosas y correctas que deseaba borrar de su recuerdo. Y llegó a odiar la penumbra de la habitación, y llegó a odiar al Amor, porque para él, en aquellos momentos, el Amor era símbolo de encubrimiento, de ventanas cerradas a la luz del día y al silencio amable de la noche: sombra, secreto, misterio culpable, rubor espiritual que se pone máscara de cinismo, ojos que no se atreven a mirar cara a cara.

Al salir, la luz le parecía más blanca, y más anchas las calles. La brisa que agitaba con movimientos paralelos las dos filas de árboles del bulevar, ponía en su frente una caricia incitadora y fresca. Y entonces sentíase vacío, pesaroso, y el alma se le subía a la garganta en una náusea de la vida de sensualidad. Hubiera gritado sin sospechar la ilustre coincidencia: «¡Más luz, más luz!» Cosas puras y sin nombre germinaban en su pensamiento; hubiera llorado... Y de esta complejidad de ternura y de contrición surgía al fin, concreta, el ansia de ser casto y de amar con un amor en el que no tomasen parte la sangre y los nervios a todas las cosas claras que se muestran sin miedo a la luminosidad del día.

Por entre la indiferencia de la multitud paseaba, hasta sentirse rendido, y entonces iba en coche a su estudio, que estaba en el bulevar Peraire. En vano quería trabajar; la mano, indócil, engendraba sólo líneas duras, sombras graves. Creyó haber perdido la soltura del trazo, la gracia y la agilidad que habíanle valido algunos elogios y muchas envidias. Además, el pensamiento se negaba a circunscribirse al trabajo, y, escapándose por el ventanal, iba tan pronto a Madrid, tan pronto a casa de Natalia Roca, como a fijarse en algún conocido que luego de haber estado mucho tiempo olvidado, se interponía en el camino de su memoria con tanta inoportunidad como persistencia.

El pensamiento se negaba a encerrarse en los límites del movimiento material. Hubiera pintado un cuadro, escrito una carta a su madre o a Natalia Roca, dado comienzo a una nueva vida; pero los pinceles, la pluma y la acción le estorbaban. Y prefería estar quieto y solo, realizándolo todo sin moverse, añadiendo o quitando

detalles con sólo pensar otra vez; sin tener necesidad de borrar o de volver la espalda a un hecho que, como uno de aquellos talismanes con maleficio, se obstinaba en estar siempre delante de él. Y allí, ante el caballete, donde una silueta de mujer esperaba los colores que le diesen vida, sentíase bien, porque la luz era cenital y alumbraba todo, porque los muros claros del estudio nada le reprochaban. Veía con medrosa complacencia que iba sabiendo secretos de la vida: no era ya un niño. Y esta afirmación producíale un sentimiento opuesto al que, al ir a salir de la infancia, hiciérale pensar a cada momento: «Ya soy un hombre».

Cuando algún compatriota venía a interrumpirlo, decíale casi con violencia que iba a salir, o le daba el papel, los tubos de pintura o los francos que viniera a pedirle, sin complacerse, como antes, en verlos elogiarle con sordidez hasta caer en una espiral comparable a un vuelo de ave de rapiña, sobre su bolsillo o sobre sus objetos. Se hubiese dejado robar a condición de que el ladrón se marchara en seguida. Hasta el pintoresco monsieur Argely, silencioso amigo de los artistas que recorría diariamente diez u once talleres, permaneciendo cordial y mudo en todas las tertulias, le daba la sensación de un obstáculo. Y todo esto para no hacer nada, para recordar: porque se obstinaba en asirse a sus recuerdos lancinantes, como otro cualquiera más práctico se habría obstinado en vivificar un recuerdo de alegría.

El rutilar de las estrellas o el frío de las noches brumosas de París, le hacían abandonar su refugio. Y otra vez comenzaba la peregrinación, el afán de retardar el momento e entrar en su habitación, los cafés sin deseos de beber y los teatros con la imposibilidad de divertirse. Una noche llegó a su casa, y al abrir la puerta, una idea vulgar hirió su deseo con tal certeza, que tuvo que decirla en voz alta: «¡Si fuera a dormir a un hotel!» A partir de aquella noche siguió durmiendo en diferentes hoteles de distintos barrios, según donde le rendía la fatiga. Al fin decidió venderlo todo y abandonar la casa. Hombres indiferentes desclavaron los cuadros, la estantería cargada de libros y barros graciosos; el diván que, como otro lecho, ocupaba todo un testero del saloncito. Cuando vio por el suelo los cojines, los retazos de Damasco y las maderas sin pulir por el lado que habían estado clavadas a la pared, sintió alegría y sintió deseos de pisotearlo como se pisotea lo que

injustamente nos ha tiranizado con una apariencia de fuerza. No quería reservarse nada, ni el más pequeño búcaro. La portera, al descolgar unos grabados de Rops, le dijo, sin sospechar que le hacía daño:

–Estas estampas puede llevárselas el señor al taller.

Pero él se las dio a uno de los cargadores, que las enrolló pausadamente mientras pensaba qué podría hacer de ellas.

No quiso guardar nada, nada. Una estatuita de formas ambiguas y cara en la que una tranquila sonrisa ocultaba un volcán de depravaciones –mármol que pudo ser obra y recuerdo de uno de aquellos artistas del buen tiempo italianos–, estuvo largo tiempo en un bolsillo de uno de los hombres, golpeándose contra todas las cosas. Las polveras, los estuches de formas irregulares, los frascos de esencia, todo, fue repartido con prodigalidad. Una criada del piso vecino que acudió al reparto, tuvo que limpiarse las uñas para justificar el regalo de una lima de plata.

Al trasladar los muebles, de sobre un armario cayeron varias cartas de amor...

La noticia de su mudanza de fortuna se difundió pronto. En una tertulia de españoles que se reunía algunas noches en el café Steimbach, se comentó el hecho, y aunque nadie pudo afirmar nada, en el tono de todos hubo algo insidioso, algo espurio. Un joven pintor aventuró la primera censura:

–De esa manera no se puede vivir mucho tiempo.

Y otro, un caricaturista a quien sin duda los espejos incitaban a tomar venganza, acentuando las irregularidades físicas de los demás, completó:

–¡Veremos si se atreve todavía a presumir!

El señor Craud, al ser interrogado, aseguró no saber nada. El recibía en su casa a Aurelio Zaldívar, porque, «como nadie había dejado aún de recibirlo»... Aseguraba no saber, pero su gesto parecía desmentir su frase. Y en todos los espíritus quedó la certidumbre de la verdad, pero de una verdad entrevista al través del prisma de la antipatía o del prisma turbio de la indiferencia.

Guillermo Aders, acariciándose largos bigotes gascones, para poner fin a aquella conversación que le impedía ser el centro de la

tertulia, dijo con su voz melosa, mirando al techo:

–Mientras Zaldívar quiera vivir así, lo pasará mejor que los que hacen antesalas de dos horas en *Le Rire* y los que pintan horrores para la casa Garnier. Tiene una cosa que le impide vivir miserablemente: es generoso.

Y cambiando de tono, confidencial:

–Yo fui quien le presentó a Míster Velist. Me han dicho en el «Napolitani» que el inglés no está ya en París.

Habló después de sus duelos y de sus queridas. Hablaba bien, con palabras plenas de color y desmayo. Veíase que no estaba contento sino cuando era escuchado, cuando era el más fuerte. Al llegar Ricardo Nors, su charla languideció, y fue al fin a sentarse junto a un grupo de franceses, en el que, al poco tiempo, llevaba la guía de la conversación, nombrando con familiaridad a los artistas más ilustres de Francia. Los pintores españoles del «barrio» lo adulaban, ya sometidos por su supremacía intelectual, ya en espera de una mención elogiosa en cualquier periódico. Como hacía todos los días un artículo, decía casi todos los días una tontería. Y los pobres pintores confiaban en eso. Eran mezquinos, estrechos de espíritu, parcos en necesidades morales. Tal vez sus almas habían sufrido el contagio de sus cuerpos faltos de higiene cotidiana.

Ricardo Nors saludó a todos sin darles la mano. Aun sin hablar imponía su superioridad, y su mirada seca daba la sensación de una atención siempre vigilante. Guillermo Aders lo estimaba secretamente, pero no lo quería; Nors quería a Aders sin estimarlo. Desde una mesa a la otra se saludaron; Aders en alta voz, Nors en voz baja:

Por la calle, dominando el estrépito de los *autobus*, pasaban con tumulto esos pobres bohemios obstinados en mantener viva la triste y bulliciosa época de Murger. A veces, vistas desde el interior del café al través del marco de la ventana, en la noche límpida iluminada por la luna, las parejas de melenudos vestidos con trajes anacrónicos, y de mujercitas ajadas, pintadas y flexibles, hacían pensar en el teatro. Porque aquello tenía un aire inevitable de ficción, de parodia tal vez; porque se sabe que el alma de aquel tiempo se fue, y que es inútil pasear las cabelleras, los rostros cetrinos e impertinentes, los ampulosos sombreros, las pipas. La bohemia profesional de hoy tiene la tristeza, a la vez macabra y

grotesca, que tendría una momia articulada.

A la tertulia llegó el señor Polo Lara. Era una de esas personas a quienes la experiencia permite decir las vaciedades con autoridad. Desde el año 70 estaba en París, pero siempre con carácter transitorio, sin decidirse a poner bien su casa. Se interesaba apasionadamente por las cosas de todo el mundo, y en cuanto presentía a un español se acercaba a él, se por sí mismo y comenzaba a hablar de Madrid. Pero como citaba todas las calles con sus nombres antiguos y mezclaba en la conversación nombres de gentes muertas, daba la impresión de un superviviente de otra edad. Para él los apellidos no existían: Cánovas era Antonio; Margall, Pí; la Lamadrid, Carlota. Vivía en París de profesiones heterogéneas: comerciaba en vinos, transmitía noticias telegráficas a un periódico y había traducido un libro de cocina, que, en vez de llevar el poco reverente título «No sólo de pan vive el hombre», tenía esta portada tan inverosímil como elocuente: «Manual del perfecto salchichero, traducido directamente del francés por Santiago Polo Lara, doctor en Teología». A pesar de esto, era muy aficionado a la literatura: tenía en su casa algunos pocos libros y todos los había leído.

Al verlo Guillermo Aders vino, deseoso de reír, a ocupar el sitio que Nors dejó vacío. Y comenzó a hacerle narrar sus aventuras con los apaches y las múltiples amenazas de muerte que diariamente recibía.

–¿Cómo se arregló su asunto con López?

–Hombre, verá usted...

Y aquí el señor Polo Lara, doctor en Teología, lanzábase en una tortuosa narración, según la cual López era un desagradecido, un canalla, un provocador y un cobarde. Probablemente en aquel momento López contaba en algún otro café de las cercanías la misma historia con cargo a la honorabilidad, a la gratitud y al valor del Polo Lara. Sir Gualter Raleigh rompió su *Historia de la Humanidad* al ver que dos testigos de un mismo hecho no podían acordar sus testimonios; Guillermo Aders, manos concienzudo, se adhirió a los juicios contra López con la misma vehemencia con que se hubiera adherido a las opiniones de López sobre Polo Lara. En principio se adhería a las opiniones en contra de todo el mundo. Durante media hora el señor Polo Lara era divertido. Su espíritu

experimental manifestábase en un detalle que, comenzando por ser gracioso, concluía siendo abrumador: guardaba en su cartera los trámites epistolares de todos sus asuntos y los leía implacablemente, mirando por encima de las gafas que sujetaba a la punta de la nariz. Aquella noche leyó tres cartas de López y el borrador de una suya que «casualmente» tenía en el bolsillo. Poco a poco todos fueron desatendiéndole y la conversación general ahogó su voz. El se dio cuenta al comenzar una carta de dos pliegos, pero continuó la lectura.

Mientras Polo Lara leyó, Aders bebía cerveza. Sin que tuviese necesidad de pedirlo, un camarero obeso y confidencial le iba cambiando los bocs en cuanto los vaciaba. Su querida llegó a buscarle, y, como todas las noches, le riñó por su manera de beber. Aders, como todas las noches, respondió que el alcohol era un sedante para él, y lo decía en francés y en castellano, para que no quedara nadie sin comprenderlo.

Pidió una copa de coñac, y señalando el vaso de limonada que Nors tenía ante sí, le preguntó:

–¿No le excita a usted eso? Yo no puedo resistir a los ácidos vegetales; son los músculos los que se me emborrachan. Si bebiera sólo medio vaso me ponía nervioso.

Y Nors, puesto ya el sombrero para irse:

–A mí me sucede igual que a usted: me pone nerviosísimo; pero necesito estar así para trabajar.

Como su querida, que venía aún con la pintura con que saliera a escena, en los párpados, en los lóbulos de las orejas y en las uñas, tenía que cenar, Aders se despidió. Al salir, cuando ya se había empezado a hablar mal de él, volvió, e inclinándose por el ventanal:

–Aquí tienen ustedes a Aurelio Zaldívar– anunció.

En el grupo de pintores hubo el pensamiento unánime de tomar revancha. Las manos se ocultaron bajo la mesa y los rostros se fruncieron en un gesto de desdén. El caricaturista propuso:

–Lo que es hoy hay que hacerle saber que somos más que él... No tiene vergüenza el que lo salude.

Fue la primera vez que el señor Craud y Sebastián no estuvieron de acuerdo. Sebastián recordó que una noche, soliviantado por una chanza de madame Luzis, estuvo a punto de dejar salir antes las patillas heroicas del almirante, una de esas frases de cuya

genealogía netamente española pudieran dar fe los carreteros de todas las épocas, y que Aurelio Zaldívar, yendo en su ayuda, lo evitó. Con la simplicidad de los hombres fuertes decidió su actitud. Su voz compacta de coloso hizo volver las cabezas a todos los que estaban en el café:

–¡Aurelio, Aurelio... Venga a tomar con nosotros un boc!

Y mientras Aurelio se acercaba, dirigiéndose en tono bajo y duro a los pintores:

–Todo el mundo tiene que saludarlo... ¡Al que le eche la menor indirecta, le rompo los morros!

Las manos que esperaban negarse a la de Aurelio Zaldívar, volvieron a colocarse encima de la mesa, y en los rostros se deshizo el gesto de desdén. Sebastián poseía las dos principales cualidades hijas de la memoria: era rencoroso y agradecido.

Aurelio se sentó. Su mirada lejana, su rostro desmejorado por las vigilias, hacían pensar en la tristeza. Miraba vagamente todo aquello, como algo indeterminado que se ha soñado. Estaba allí, sin estar allí. Era su alma desunida, y no sus ojos, los que miraban.

Los pintores pudieron regocijarse, creyendo que su conjuración de hombres honrados no le había pasado inadvertida. Y no era eso: lo que había en el rostro de Aurelio Zaldívar era extrañeza. Aquella había sido su reunión durante mucho tiempo, y, súbitamente, nada de aquello le interesaba. Veía todo con sorpresa y con desvío. Y era la primera vez que no le interesaban las cosas exteriores, porque era la primera vez que sentía que pasaba algo dentro de él.

Había recibido por un mandadero estos renglones de Natalia Roca:

> «Amigo Aurelio: Le ruego venga a verme en seguida que tenga un momento libre. Puede usted hacerme un gran favor. He escrito a Juan Antonio Méndez, pero está hoy en Trouville. Gracias de su desolada amiga, Natalia.»

Estas palabras vagas y apremiantes, vinieron a revelarle un secreto: amaba a Natalia Roca. Era el juicio de ella el que más temía. Muchas veces, en los momentos en que al ver derrumbarse su casa y sentirse solo, rotos los lazos que le ligaban al ayer, frente a

un porvenir duro e incierto, fue ella quien le impidió no dejarse coger otra vez por los tentáculos de la vida viciosa que lo solicitaban. La impresión del júbilo que lo poseyó al comprender que en aquellas frases ella le decía que su ayuda era capaz de substituir la de don Juan Antonio Méndez, hízole recordar todos los detalles de sus relaciones. Si ante las demás mujeres siempre había sentido el deseo de parecer físicamente bien, ante Natalia Roca se esforzá, por anhelo involuntario del instinto, en mostrar cualidades morales. Los cinismos y los escepticismos morían hasta en su pensamiento cuando el recuerdo de ella estaba próximo. Aquella mirada suave mandaba en su vida más que todos los tratados de moral.

Recibió la carta muy temprano, y mientras se vestía, las interrogaciones tomaron por asalto su intranquilidad. ¿Qué podría ser? ¿Estaría enfermo el niño? ¿Para qué podría necesitarle? Y sobre todas estas dudas, dominando la incertidumbre, su alegría hubiera querido decir esta frase: «Sea para lo que sea, ella ha tenido necesidad de ayuda y me ha elegido.»

Vistiéndose con aceleración, tuvo que hacer casi todo dos veces: el nudo de la corbata quedó torcido, dos botones de un chaleco fueron saltados, con la punta de una bota rompió el dobladillo del pantalón. Cuando ya estaba vestido, sintió detenerse un coche frente a la puerta de la casa. Tuvo el presentimiento de que en aquel coche venía alguien a impedirle ir inmediatamente a verla, y se sentó a esperar. Al sentir el crujido de los últimos peldaños de la escalera y el ruido del timbre, se levantó a abrir, sin sorpresa.

Era un joven de Madrid, a quien conocía vagamente. Su madre le enviaba con él una de esas cartas con que todas las madres, hasta las más incultas, saben conmover a los hijos, y al fin, luego de dulces reproches y consejos que lastimaban la carne viva de su conciencia, rogábale que acompañase por París a aquel muchacho que, de paso para Londres, había tenido la amabilidad de llevarle una carta.

Cuando hubo concluido la lectura se volvió dolorosamente hacia el importuno:

–Estoy a su disposición –ofreció.

–Gracias. Su mamá me dijo que usted me enseñaría París.

–Sí, lo que usted quiera.

–Yo vengo decidido, ¿sabe usted?, a verlo todo. Usted conocerá bien los rincones de París: Montmartre, los bulevares, el Jardín de Plantas, alguna casa de cocotas lujosas, los Museos. Tengo dos días libres... Ahora voy a Londres a aprender el inglés, para irme más tarde al Brasil.

Sí, mamá me dice... ¿Quiere usted que salgamos?

–Dejaré aquí esta maletica. El equipaje grande está en la estación. No me hace falta nada... Tiene que perdonarme. Hoy le cojo a usted por mi cuenta... Hay que verlo todo.

Salieron. Aurelio tenía la seguridad de que lo dejaría en cualquier sitio para ir a casa de Natalia. Tomaron un coche, que los llevó por los Campos Elíseos hasta la Plaza de la Concordia, y luego por la calle Royal. El muchacho, sin querer confesar su sorpresa, preguntaba poco, y cuando Aurelio le mostró el Arco de Triunfo, los Inválidos, el Palacio de Borbón, el Obelisco y las columnas esbeltas y austeras de la Magdalena, decía: «Sí, sí», con aire de conocerlo todo.

Sólo en la Plaza de la Opera, al detenerse junto a ellos un automóvil que venía a gran velocidad, encogió el cuerpo y dejó escapar estas palabras casi bíblicas: «Me parece que todo ha concluido». En esto fue lo único en que París no defraudó sus ilusiones.

Para no desesperarse, Aurelio pensó que era mejor no ir en seguida a casa de Natalia Roca. Darle una impresión de prontitud era, al mismo tiempo que dársela de adhesión, de holganza. La carta debía haberle encontrado trabajando o tal vez fuera del estudio. Y esta suspicacia le servía de consuelo.

Decidieron dar una vuelta por El Louvre, y Aurelio, resuelto ya a dejar a Julio Nieto durante el medio día, le ofreció llevarle por la noche a recorrer las estaciones de la cuesta fascinadora de Montmartre: *El bal Tabaran, L'Abbayie Theléme, Monicau, Le rat mort y El Royal.*

En una de las salas de pintura encontraron a Ricardo Nors, que enseñaba el Museo a una comisión de obreros catalanes de paso en París. Comprendiendo Aurelio que Nors podía ser un recurso para el abandono de Nieto, se dispuso a esperar que concluyera. Estaban ante el Paraíso de Brughel, y mientras Aurelio oía la última parte de la conferencia, Nieto se asomó a uno de los balcones para ver la

vasta plaza y las perspectivas luminosas del Jardín de las Tullerías.

Nors hablaba con lentitud y con seguridad. Hay elocuencias que al penetrarnos profundamente nos hacen pensar en el clavo que desgarra al empuje del golpe; la elocuencia .de Ricardo Nors tenía la metódica tenacidad de un tornillo.

–Sí, hay retratos, como el del hombre del guante, del Tiziano, que acabamos de ver, que nos sirven de documento físico de una época, descubriéndonos, más que la indumentaria y los modos de pergeñarse, las actitudes de los hombres frente a las cosas y la dirección de sus deseos–: casi todos los hombres se retratan como quieren ser vistos por los demás. Los cuadros sagrados, y sobre todo los prehistóricos, son documentos de las representaciones gráficas de los mitos religiosos. Y comparando uno a otro género de pintura, nos damos cuenta de cuán poco ha cambiado lo substancial. Sin duda la Ciencia y la Religión son dos paralelas que se encuentran en el infinito. Reparen ustedes que la Ciencia no ha podido destruir más que ciertos ornamentos excesivos, pero que ha respetado, no ya el esqueleto de todas las religiones, sino hasta los velos con que una fantasía antigua y sobria los cubriera. Hay tal fuerza en la ingenuidad con que los primitivos pintaron el Paraíso, que los innumerables pintores que lo han imaginado después, se han limitado a alterar, sin gran osadía de inventiva, la disposición de las figuras, la expansión del paisaje, la clara benignidad del cielo. En las representaciones del Paraíso y del Infierno hay en los cuadros, como en los libros, una respetuosa monotonía. Los pintores, prisioneros de la necesidad de no ser originales, no se atreven a multiplicar o interpretar la naturaleza. El Paraíso de los pintores es un jardín en donde nada da la sensación de que se pueda vivir en él sin trabajo. Ninguno se ha preocupado de poner en el rostro de Adán el bastante candor o la bastante pesadumbre. Yo les suplico que piensen un momento en Adán. ¿Cuál de sus hijos, aun el más desgraciado, puede competir con él en desdicha? Sólo a él le ha sido negada la ventura que hemos disfrutado todos los hombres: Adán no fue niño; a los pocos días de nacer, sin la preparación de la infancia, sufrió ya los dos venenos que le segregó la serpiente: la consciencia y la necesidad. Adán debió ver acibarada su vida al saber que en cada uno de sus instantes estaba «sentando un precedente». Las puertas del dolor, que se nos abren poco a poco, se

abrieron súbitamente ante él; tuvo que mirar al mismo tiempo hacia todos los horizontes. Su vida sensual tuvo que tener la intensidad de una llama, porque, dormitando en la nada las verdades que la inteligencia ha arrancado después al Universo, sus sentidos eran su única guía en el camino abrupto. Por eso nada más que los pintores profundamente místicos –Patinnir, Vander-Veyden, Pietrus Cristus–, han sabido poner inquietud innata en la carne de Adán. La sensualidad es otra ventana de la comprensión y el misticismo es una sensualidad del espíritu. Tal vez ustedes encuentren extraña esta manera de ver el Museo. ¿No es verdad? Pueden decirme con franqueza que cuanto les he hablado podía haberlo dicho igual aquí que en el Bosque de Bolonia o en la Rambla de las Flores. Interesarlos con el aspecto anecdótico de los cuadros, es fácil y no es noble; aburrirlos con apreciaciones técnicas que les dejaran de esta visita a un santuario de belleza un sedimento de aridez, lo creo inútil. Al fin, el supremo interés de una obra de arte material está en las cosas ideológicas que nos sugiera... Mañana continuaremos viendo.

Nors accedió a la petición de Aurelio Zaldívar. Quedaron citados para almorzar en un Duval, cerca de Cluny; allí aguardaba a Nors su mujer, una jovencita insignificante que ponía todo su orgullo en el deseo de ser tomada por francesa. Descendieron. Los pasos tenían ecos solemnes en las galerías, donde los sátiros de bronce y las ágiles dianas de mármol eternizaban sus actitudes bajo la luz del sol, que ponía un medio punto ígneo en el suelo por cada uno de los ventanales.

Nors, Nieto y los obreros siguieron por el puente de la Cité hacia el Museo del Luxemburgo, que se proponían ver sucintamente. Aurelio Zaldívar subió a un coche, y mientras se acercaba a casa de Natalia Roca, iba pensando: «Si hubiera tenido trabajo en el taller, en quitarme la blusa y vestirme hubiese tardado el mismo tiempo.»

Inmediatamente notó que la calma con que lo recibía Natalia Roca era esa fatiga que sigue a un gran dolor o un gran temor. Salió a abrirle ella, llevando al niño de la mano; aún había en la cara del niño huellas de lágrimas, y el brillo de la mirada de su madre y la curvatura de su cuerpo, decían que aquel llanto no era el llanto pueril de un niño de cuatro años. La impresión fue tan fuerte, que ni siquiera intentó Aurelio explicar su tardanza. Y comprendiéndolo

Natalia, se adelantó a las preguntas que anunciaban sus ojos y tenían miedo de decir sus labios:

–Me ha de perdonar, Aurelio... Felizmente, ya no lo necesito... Siento haberle molestado en vano.

Aurelio se había sentado sin darse cuenta. El niño, junto a él, miraba de tiempo en tiempo hacia el pasillo, guardando en las claras pupilas verdosas algo del pasado terror. Aurelio le pasó el brazo por detrás del cuello y le besó en la frente con un beso largo. Natalia comenzá a hablar de cosas fútiles, con nerviosa aceleración. Sin mirarla, interrumpiéndole una frase, él le dijo:

–Natalia, dígame lo que le ha pasado.

Ella se detuvo, sorprendida por aquella interrupción que estaba esperando. Varias veces quiso negar, pero las mentiras se delataban al salir de su boca, y cuando las falsas explicaciones parecían tener más apariencias de verdad, la súplica tenaz de Aurelio las vencía:

–Dígamelo, Natalia... ¿Para qué me llamó?

–Le aseguro que era sólo un pequeño servicio, Aurelio... Nada importante, de verdad.. Si otra vez lo necesito, lo llamaré.

–Dígamelo, Natalia.

–Pero si le aseguro que no...

–Dígame lo que le ha pasado.

Había tanto interés en sus ojos, tanta sumisión en el tono de sus palabras, que ella comprendió que era inútil negar. Mandó salir al niño, y cuando estuvo sola con él, siempre de pie, sin lágrimas, pero con un sollozo trémulo en la voz, confesó:

–Y bien, sí, Aurelio... He estado a punto de sufrir una horrible desgracia. Al pensar en pedir socorro, me acordé primero de usted y luego de don Juan Antonio Méndez... Le mandé a buscar a él; no está aquí... Tenía que ser usted quien viniera.

Se detuvo. Pero Aurelio no volvió a preguntar. Sentía que no hacía falta, que en aquel momento lo iba a saber todo.

–Me amenazaron con -quitarme el niño y pensé confiárselo a usted. ¿Verdad que usted me lo hubiera cuidado? Si me lo quitaran me moriría...

–¡Oh... Natalia!

–Felizmente, por ahora, todo ha pasado. ¡Cuánto he sufrido, Aurelio!

Volvió a detenerse. En un instante pasaron por la memoria de

Aurelio cuantas cosas había oído decir del matrimonio de Natalia, del marido jugador y desalmado, que luego de explotar su resignación al recibir en silencio los golpes, al verle dilapidar su fortuna, la encontró al fin firme para defender la exigua herencia de su hijo. Desde el día de la separación, su vida tuvo la intranquilidad del pastor que teme al ave de rapiña invisible y próxima; fue una existencia de cotidiana abnegación; una de esas heroicidades humildes que no son la explosión del miedo o de la temeridad, y que no necesitan para producirse que ocurran cosas extraordinarias. Ella le dijo todo con la mirada, y comprendió cuanto la indiscreción de los Craud le habría hecho saber. No fueron necesarias muchas palabras: las precisas para apoyar los puntos débiles de la explicación y la comprensión.

–Era él, ¿verdad?

–¿Y está usted segura de que, al menos por algún tiempo, no hay peligro?

–Sí.

Hubo una pausa, en la que los dos miraban al suelo. Ella se había sentado, vencida. Aurelio titubeó varias veces antes de formular la última pregunta:

–¿Le tuvo usted que dar dinero?

–Sí.

No hubiera podido añadir nada. Con la cabeza baja sufría la vergüenza de su marido. Aurelio se puso en pie y quiso salir con el mismo sigilo generoso con que días atrás de su casa saliera don Juan Antonio Méndez. Natalia le tendió la mano. Fue una despedida muda, pero plena de esperanza, de gratitud. Una mano que aprisiona puede decir más que una boca que habla. El niño, reflejada en los verdes ojos, muy abiertos, la sensación de lo anormal, condujo a Aurelio hasta la puerta.

Por la noche, después de una cena excesiva, Aurelio acompañó a Julio Nieto en una excursión por Montmartre. Entraron un momento en la taberna «Le neant», cuya descripción lúgubre había leído Nieto en una revista. Aurelio accedió a todo, y si Nieto hubiera estado en condiciones de observar un solo hombre, cuando sus ojos se fatigaban con el cinematógrafo alucinante de la ciudad,

el diferente estado de ánimo de Aurelio, habríale hecho pensar que también él, a pesar de vivir mucho tiempo allí, era sensible a la influencia del París nocturno. Decididamente la realidad era más pálida que la descripciones; las fotografías tenían mayor encanto. Pagaron veinte francos en «Le rat mort» por una botella de champán. Y allí, entre el ruido de la música y el de la gente, deslumbrados por la luz que rebrillaba en las paredes pintadas de blanco, Nieto y Aurelio se abandonaron cada uno a sus pensamientos. Nieto, a las desilusiones que no se quería confesar; Aurelio, a dar formas concretas a las cosas inauditas que estaban ocurriendo en su espíritu. La decepción de Julio Nieto crecía: encontraba a París poco francés; hacíale daño oír hablar español a los músicos, a las bailarinas que pedían ser invitadas a una copa; a dos muchachos sudamericanos que pegaron a una florista después de insultarla con voces a la vez melosas e iracundas. Aislado en el alocamiento del *cabaret*, dos verdades, una sombría, la otra luminosa, se revelaron a Aurelio: el plan que Se había trazado no podía torcerse. Cuatro meses más de vida descuidada, y luego a América, al fracaso, a la tarea ruda, a la inquietud, al triunfo tal vez: al alejamiento de Natalia de cualquier modo. ¡Pero ella lo quería ! Esta era la segunda verdad. Su instinto le hacía ver sin engaño la cruel disposición de los hechos: era preciso que renunciase a ella para no renunciar a ser querido. La idea de llegar a ser despreciado por Natalia le punzaba el espíritu, y la certidumbre de que ese desprecio llegaría, si renunciaba al sacrificio, acrecía el dolor de la herida. Y pensaba: «Soy muy desgraciado; la encontré, y tengo que alejarme... ¡Pero ella me quiere, me quiere!» Y la alegría que le daba esta verdad parcial era tan viva, que, esclareciendo todo el primer término de su consciencia, hacíale olvidar el fondo de su vida, su pasado, su porvenir. Y aunque el júbilo de saberse querido cegaba sus ojos para todas las demás cosas, seguía diciéndose: «Soy muy desgraciado, muy desgraciado», por esa terrible costumbre que tenemos de jugar con las palabras importantes.

Julio Nieto cumplió casi todos sus deseos, porque no hay realizaciones absolutas. Vio el Jardín de Aclimatación, estuvo en todos los *restaurants* de Montmartre, cenó en un café del bulevar, entró por una puerta del Museo del Louvre y salió por Otra ; pero

no pudo gustar la miel del amor en la boca de una francesa. La única mujer que se ofreció, ya al fin de la noche, cuando todas las esperanzas habíanse ido poco a poco marchando del brazo de otros más afortunados, resultó ser española, de Oviedo; y Julio Nieto tuvo que aceptarla, por no ir a dormir solo al hotel, y por patriotismo.

IV

Paris, 4 de mayo de 1910.

Amigo Aurelio: Ya estoy del todo tranquila y puedo darle las gracias por la parte que quiso tornar en mis sufrimientos. El sábado no me encontraba aún bien, y no pude ir a casa de los Craud. Don Juan Antonio Méndez, que vino tan generosamente como usted a prestarme ayuda, me dijo que en la reunión se extrañaron de mi falta y que usted propuso que enviaran a ver si estaba enferma, Gracias otra vez.

Hablamos mucho de usted, y don Juan Antonio me dijo que usted piensa hacer un viaje a América. ¿Cómo no me ha dicho usted nada? Yo creo que hace bien, que debe irse de aquí. Usted tiene derecho a ser feliz. ¡Quién pudiera estar en el mismo caso! No piense que fue curiosidad ni indiscreción lo que me hizo indagar acerca de su vida. El no me hubiera dicho nada, a no haber comprendido que era sólo interés, y ya ve usted: me dijo todo cuanto podía decirme... Váyase, Aurelio.

¿Por qué no ha vuelto usted por acá a vernos? Le agradezco infinitamente los juguetes que le mandó al niño. Ya están todos rotos, y ahora, con los pedazos, se divierte mucho más que antes. Venga, siempre que tenga un rato de tiempo... ¿Sabe ya su mamá lo del viaje? Quizás ella no se lo aconseje; pero... Me llaman, y quiero que reciba usted hoy esta carta. Gracias aún otra vez. ¿Hasta pronto? Bien sabe lo de veras que lo estima su amiga,

NATALIA.

8 de mayo.

Querido Aurelio: Al empezar esta carta he tenido la misma duda que tienen las niñas cuando escriben a su primer novio. ¿Cómo encabezarla? Y al fin he decidido ser sincera, porque, en nombre de esa sinceridad que nos debemos,

quiero hablarle, quiero disuadirle. Sí, querido Aurelio. Lo quiero, y su carta de ayer me ha hecho mucho bien y mucho mal. Las vicisitudes de mi vida tienen la culpa de que esté ya en ese estado en que los. amores no necesitan ser correspondidos; lo que me ha hecho mal de su carta es ver que usted me quiere, y presentir que me quiere con todas esas terribles exigencias materiales que entre nosotros no han de existir. Le aseguro que en mi cariño nada hay de maternal; si en vez de vivir yo aquí, estuviera en América, y usted llegase y encauzara su vida y no tuviera ante sí el problema moral que ahora tiene, probablemente yo me refugiaría en todo el bien y en todo el mal de su cariño, con la impetuosa desesperación del que lo ha perdido todo; pero ahora no... Yo siento no poder hacerle comprender: usted puede decir que soy su amante; las gentes que nos conocen pueden creerlo: me es igual. Si cuando usted se vaya oigo decir que he sido su querida, tendré una alegría suave, se lo juro... Pero no quiero serlo. Usted se irá, usted ha de ser fuerte. Hay algo más importante que el momento; y le aseguro que al decirle esto hago un sacrificio, porque para mí todo es pasado y para usted todo porvenir. ¿Se lo diría si fuera egoísta? Podemos romper todos los lazos con el ayer, pero no con el mañana, pues se corta lo que se conoce y no puede cortarse lo que escapa a nuestros sentidos, aunque exista. El momento pasa y el porvenir lo forman una sucesión de momentos por los que debemos tener un religioso interés. Cada uno de esos instantes, tan principales como el presente, tienen, además, el valor que les da estar más cerca del fin, cuando ya no se puede rectificar. Hay que trabajar sobre nosotros, ennoblecernos. Del mismo modo que por la educación nos de las fealdades rudimentarias y nos hacemos sensibles a las bellezas del pensamiento, o del ritmo, o de la forma, o del color, la cultura nos eleva y lima las aristas del espíritu: nos hace buenos. Debe ser por cultura y no por instinto, por lo que no robarnos aun sabiéndonos impunes, por lo que no matarnos, por lo que no despedazamos a la rival que nos disputa con vil propósito lo que al entrar en nuestro corazón, por sólo estar en él, nos lo hace parecer

inmenso. ¡Oh, si no fuera por lo que yo misma pudiera pensar de mí! Y la cultura primordial no es la que nos permite completar o repetir cuanto dicen los libros que leemos, sino la que nos da fuerzas para rectificar la dirección de nuestras ansias. En el sacrificio hay tanto valor como en la conquista; son dos movimientos homogéneos del alma: uno deja la fatiga de lo que se hizo, el otro la energía almacenada de lo que pudo hacerse. ¿ No lo cree usted así, Aurelio? Yo sé que esto tal vez le parezca desagradable, que madame Luzis sabría hablarle de otra manera.

No quiero hablarle de mi desgracia, porque la desgracia aumenta el amor. Tal vez si usted no fuera desgraciado... No, de todos modos creo que lo hubiera querido. Usted necesita darse bien cuenta de que no es feliz; le hace falta no engañar su infortunio para hallar en él las fuerzas que necesita, si quiere redimirse. No me pregunte cómo, pero todo lo sé. Los que le quieren bien y a «los otros» me han dado detalles suficientes para reconstruir justamente la historia.

No sé cómo escribirle lo que quiero. ¿Verdad que es terrible que las verdades profundas del alma se tengan que decir con las mismas palabras con que se dicen las mentiras, las vulgaridades? Debiera haber palabras santificadas y claras que sólo se pudieran emplear en esos momentos en que todo en nosotros quisiera subir hasta el nivel de nuestra facultad más alta; debería haber palabras que por sí sugirieran a quien las lee toda la confraternidad de pensamientos que conmueven a quien las escribe. Yo le pongo aquí: «Querido Aurelio», y querría que se penetrara usted del sentido a la vez puro y apasionado de esas palabras; yo le he insinuado mi odio hacia madame Luzis, y quisiera que en esa insinuación comprendiese usted que yo le daría gustosa lo que ella desea, si, al dárselo, no le encadenara a esta vida que es para usted de ignominia, de parásito, de mal hombre. ¿Comprende? No, sé que me explico mal, que soy confusa, y, sin embargo, agoto todos mis esfuerzos en tratar de ser comprendida, porque hasta que no lo sea no acepto la felicidad que con su cariño me ofrece. Hay algo superior a quererse, a encontrarse, a ahitarse:

servirse uno a otro de báculo para sortear los pasos difíciles, servirse de sostén en las desesperaciones y en los desmayos, ser la guía y el estímulo, el refugio, el sedante que nos tonifique, cuando las asperezas del camino nos hagan demasiado mal. Usted se irá, Aurelio. Aquí su pasado le traza el camino de su porvenir; porque si el día más feliz encontrara una sonrisa irónica en el rostro de un viejo conocido, esa sonrisa bastaría para acibararlo, y caso de que no la encontrase, el temor de hallarla le impediría el sosiego que necesitamos para no ser desdichados; que aunque todas las felicidades tienen una base movediza, sólo cuando nos damos cuenta de la dificultad del equilibrio, caemos. Y este temor usted lo tendría siempre.

Quiero todavía decirle otra vez que en mi decisión las gentes que nos rodean no tienen ninguna influencia; soy yo la que estoy dispuesta a imponerle el deber y a imponérmelo a mí. El amor, como el fuego, es sagrado; pero cuando sirve para hacer caer, disculpa la caída; y cuando sirve para reelevar, no tiene que perder nada de su integridad aceptando la merced del perdón. En la resistencia, en el deber, hay también un goce por lo menos tan intenso como el goce de la materia, ya que el espíritu, a semejanza de un arco siempre tenso, nunca posee bastante. Recuerde usted la frase de don Juan Antonio: «El hastío está más allá de la posesión». Yo sé cómo se odia a la persona que penetra furtivamente en nuestra vida y la malogra. No, Aurelio, no quiero nunca ser odiada así; no quiero que cuando la carne se fatigue, el espíritu tenga el rubor, la desolación de haberse dejado vencer por lo que vale menos en nosotros. Quiero verle venir a mí, tranquilo. Que su amor no se rebase, que tenga el reposado nivel de las aguas vivificadoras ; nuestras vidas son los campos amenazados. Sirvan las aguas del amor para favorecer la germinación de la buena semilla.

Y usted me conoce bien: no soy beata ni hago ostentación de mis creencias, como si fueran un mérito o un escudo. Desgraciadamente, mi educación religiosa se reduce a esas minucias del Catecismo, que cortan las alas al alma y reducen el amor de Dios a un formulario. Pero cada día

siento que mis obligaciones para conmigo son mayores, que mis actos tienen trascendencia. Mi familia era protestante, y cuando tomé, con otras niñas, la primera comunión, el pastor nos regaló a cada una un ejemplar de la Biblia, que tenían, copiados por él, en la primera página, sendos versículos apropiados al carácter de cada una. Contingencias violentas alejaron a mi familia de las prácticas religiosas, extirpando en ella el protestantismo, que era, mejor que una necesidad espiritual, una herencia de mis abuelos. Yo he guardado esa Biblia, sobre todo porque mi madre proyectaba comenzar a leerla todas las noches, sin que pudiera jamás pasar de la historia de José. Hace unos días, revolviendo viejas cosas, la he encontrado y he leído el versículo que escribió con temblorosa letra aquel pastor, cuyo rebaño habrá corrido tan diversas suertes. ¿Por qué me puso este versículo? «Pasad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espaciosa la vía que conducen a la perdición, y muchos son los que la siguen»... ¿No le dice a usted nada esto; Aurelio?

Venga a verme tranquilo, sin deseos bastardos, seguro de mi cariño y seguro del suyo; venga a verme sin ese mal sobresalto hijo del deseo. Merezcámonos confianza. Hablaremos de nuestro amor sin zozobras, y ya que a todo amor le es precisa una voluptuosidad, démosle la que sin duda han tenido en la abstención cuantos han preferido sacrificarse, sabiendo que siempre hay desilusiones al adquirir. Yo creo que, en el fondo, el sacrificio tiene, además de la conveniencia moral, su revancha.

Hablaremos del porvenir, haremos juntos su equipaje espiritual. Usted me prometerá que mi recuerdo le dará ánimo, y yo le juraré que si alguna vez alguna tentación o alguna ocasión de venganza se me ofrece, será usted quien me impida tomarla. ¿Acaso esto no ha ocurrido ya? Cuando apenas usted me conocía, yo seguía su vida con interés y odiaba casi tanto a quien lo arrastraba que a quien deshizo mi existencia. Venga usted a verme y le diré que le quiero, sin arrebato, con el firme reposo de las convicciones; como, después de dejar pasar un largo minuto de reflexión antes de escribirlo, le escribo al final de esta carta: le quiere todo

cuanto puede querer,

NATALIA.

Día 15.

Querido Aurelio: Decididamente tengo que recurrir a mi autoridad maternal y reñirle: su carta está llena de frases violentas, de cosas indignas de usted, porque lo revelan un poco vanidoso y amigo de atenerse al juicio que se hace sobre las reglas generales. Cada persona es una excepción de una regla general que no existe. He dejado pasar tres días para contestarle, porque quería encontrarme tranquila, segura totalmente de mí, para convencerle de que no existen en mí esas ideas contradictorias que reprocha ami carta. No soy, como dice, unas veces cariñosa y otras fría y seca. No, Aurelio; mi pensamiento es para usted siempre cariñoso, y cuando le parezca más severa mi palabra, más grande es la indulgencia que desea vencer. Hoy me encuentro bien para escribirle. Ayer, con la tempestad, se descargó la atmósfera; la noche es hoy límpida; desde mi ventana –ya es muy tarde– se ve la calle desierta; el niño duerme delante de mí; la luz que ilumina el papel donde escribo es azul, como debe ser el color de la calma; todo es apacible, y estos elementos de serenidad me hacen bien. Siento que hoy voy a escribirle cuanto quiero.

Tal vez hubiera en mi carta anterior la turbación que usted ha notado; pero de ella, como propósito fundamental de ésta, quiero recoger una idea: «Usted se irá, Aurelio, porque necesita irse: hay que pasar por la puerta estrecha». Voy a decirle las mismas cosas, tal vez con palabras más persuasivas. Si le aburro, puede economizarse el mal rato de la lectura.

Hay en su carta, encubierto bajo el tono afectuoso, un acento de protesta contra el dejo *místico* de algunos de mis párrafos, y esa protesta me parece venir más del ambiente, de las ideas comunes que ha oído acerca de las mujeres, que

de usted mismo. La violencia con que me acosa me hace pensar que usted juzga casi un refinamiento de histerismo mi proposición, que piensa, a favor de un momento de ternura o de sorpresa, derrotarme. Así me perderá irremisiblemente. Y nunca como al decirle esto, he lamentado no valer mucho para que el temor de perderme le contuviera. ¿Por qué ha de obstinarse en no comprender? ¿Por qué ha de quererme catalogar entre las mujeres que conoce, en lugar de dejarme entre las desconocidas que son como yo soy? Y esto no es un reproche. Si no le creyera capaz de desasirse de esas creencias, no tendría usted cartas mías, y no tendría mi corazón.

No quiero tener que decirle cosas duras. Creo que si se enfadara conmigo, iría a adularle, a besarle los pies, a hacerle quizá promesas, para, una vez de nuevo atraído, decirle las mismas cosas duras, negármele con igual náusea, sentir el mismo desprecio por su mezquindad de comprensión. Ya ve si le quiero y si mis decisiones son firmes.

Hasta ahora no le he hablado de nuestra diferencia de edades, porque ella no es un obstáculo, mientras nuestro amor se conforme a no mancharse con viles exigencias que lo menguarían, que lo harían perecer. El contrasentido que pretende ver en mi carta, no existe; yo reúno todos mis esfuerzos para extirpar en mí la ponzoña de los celos materiales. Si le veo con cualquier mujer, no sufriré. No debe venir a buscar en mí lo que cualquier otra puede darle, sino aquello que le es hoy más menester que todo. Si he insistido acerca de madame Luzis, es por la manera como le quiere: Usted bruto, feliz, depravado, le sería lo mismo. Ella quiere hallar en usted una represalia de haber sido pagada tanto tiempo. La herencia que le dejó el barón ruso por cuidarle en su lecho de muerte, necesita emplearse en pagar un lacayo amoroso. Y aún sobre los atractivos de su persona dominan en ella la elegancia con que usted viste, la prodigalidad con que ha derrochado el dinero. Sebastián dice todo esto con una frase más grosera, pero más gráfica: «Madame Luzis quiere conquistar a Aurelio, porque da cartel». ¿Se resignaría

usted a caer de nuevo, aunque fuera en una sima de apariencia algo menos horrible?

Me dice que tenemos la monomanía de hacer del amor una cosa triste, y hay en esa protesta mucho de afirmaciones leídas, o un alejamiento punible de la realidad. Todo cuanto para defender su aserto pueda decirme, lo sé. Sé que en la mitología griega los dioses del Amor eran regocijados, y que los escultores perpetuaron sus rostros risueños. ¿No puede venir esto de una equivocación de nombres? ¿Le hace falta a usted amor para encontrar una *midinette* bonita e irse a cenar con ella? ¿Haría falta amor al artista que esculpió una estatua de Eros o de Cupido, para llevar a su taller a una jovenzuela hallada al azar? Ni él ni usted han sentido la preocupación del porvenir de aquella que estuvo junto a ustedes y compartió de una manera eventual el pan de sus mesas y el calor de sus lechos. Al día siguiente no les preocupó si ese pan para el cuerpo o para el alma falta, porque otra advenediza ocupa el puesto que ella dejó vacío. Y ellas ríen, y ustedes ríen y piensan: «El amor alegre como antes de que el cristianismo lo amargara; es alegre como era en los decamerones, en los buenos tiempos en que el chasquido de un beso no era algo nefando»; y se equivocan, Aurelio: eso no es amor. Siento carecer de sabiduría para ponerle ejemplos. Pero estoy segura de que en Grecia, antes de que Jesús recorriera el mundo, hubo mujeres a quienes el amor hizo inclinar las frentes con dolor, y hombres a quienes el amor ensombreció la vida; estoy segura de que las hubo en Alejandría y en Roma y en Bizancio. Porque hay cosas en nosotros sobre las cuales las civilizaciones apenas han ejercido influencia: centros inmutables del sentimiento, sobre los que accionan con pujanza, igual hoy que ayer, las fuerzas del dolor, de la alegría y de la inquietud. La simpatía moral o física no es el amor, son caminos que van hacia él. Cuando se dice «amar con locura», se expresa implícitamente algo de la falsedad de la palabra. El amor no debe tener necesidad del paroxismo, como la religión no debía tener necesidad del milagro. Cuando no se puede amar con cordura, es que no se ama. Y como en el amor se resumen, elevadas a grado

superlativo constante, todas las momentáneas fiebres –ternura, deseo, interés– que da la hora pasional, de aquí que en él, como en la vida, haya una cuantiosa parte de tristeza. En la hora febril se olvida todo, los sentidos triunfan, no hay pasado ni porvenir: los nervios dominan. Y cuando la hora pasa, si no hay amor, no hay preocupación de librar al otro de esos dolores que en todo momento nos acechan. La sensualidad, mejor dicho, la materia, ha querido robar para sí sola el nombre a Amor», en el cual no tiene sino una pequeña parte. No pretenderá usted que lo que siente una madre hacia su hijo no es amor, y en él hay tristeza; no pretenderá que no es amor el que siente un hermano hacia otro, y en él hay tristeza; no pretenderá darle otro nombre al amor que yo le tengo, y en él hay tristeza, mucha tristeza, Aurelio. Hay tristeza siempre, porque querríamos hacer llover sobre el amado todas las bendiciones, apartar de su ruta todos los peligros, someter a su voluntad las cosas vivas y las cosas inanimadas; hay tristeza y hay dolor, porque amar es hacer de la angustia y de la incertidumbre un estado normal. Se besa a un hijo, se besa a un amante, se besa a un hermano: por eso es el beso sagrado, por ser la caricia suprema, la expresión instintiva de todas las formas del amor.

No es que yo abomine de la materia, no es que caiga en la estéril mojigatería de negarle lo que le es debido. Es que en nuestro caso la materia tiene que ser sacrificada. Si usted se queda... ¿Qué pasará si usted se queda, Aurelio? No, usted seguirá mi consejo. Mire si París le es adverso, que a la primera persona que le habla con desinterés y altitud, teme venir a verla. Tiene usted razón, no venga a verme aquí; aquí, donde no sabría usted ser pobre, trabajador y bueno. La semana próxima no iré a casa de los Craud; esta vez no sorprenderá: me creen enferma. Usted sabe el proyectado viaje a Trouville. ¿Me habría yo sumado a ese veraneo colectivo, a no ser por usted? Sin anunciarles nada, váyase a El Havre. Allí, frente al mar, ante la novedad de los parajes, nos haremos la ilusión de una vida nueva; somos dos personas que se conocen en un paseo, casualmente; nuestro

pasado ha desaparecido. Y nos esconderemos de ellos para hablar de cosas nobles, seguros de que nuestras entrevistas serán mal comentadas. Y un día, sin decírmelo, sin dejármelo sospechar, Aurelio, usted partirá... y hasta me olvidará también. ¡Y le juro que no querría ser olvidada! Este grito es del alma, que se aferra al deseo de oponerse a la corriente devastadora de la vida... Partirá usted y me olvidará, porque la predisposición al olvido es el mejor don que debemos al cielo... ¡Yo he olvidado tantas cosas que no creí poder olvidar nunca!

Y mire cómo mi amor no es maternal, mire cómo hay en él esas nimiedades que creemos hijas de la ingenuidad de los pocos años... He pensado que nuestra primera conversación no debe ser delante de gente, y he comprado una guía de El Havre. ¡Si me viera curvada sobre el plano, leyendo los de las calles desconocidas! Es muy difícil darse cuenta; una mancha azul, no sugiere el mar; dos líneas paralelas que ondulan, no pueden evocarnos una calle de árboles. Y aquí hay una franja que dice: «Boulevard Maritime». La guía explica que uno de sus lados lo forman una multitud de hotelitos que escalan la pendiente, y que el otro mira a la playa. ¿Quiere que nos encontremos ahí, en ese paseo, en el lado que toca el mar, el miércoles, a las cinco de la tarde?... El niño tose; vuelvo en seguida, Aurelio.

Al arropar al niño he visto el reloj y la luz gris del alba que clarea en los cristales. ¡Cuántas horas escribiendo esta carta que usted va a leer en algunos minutos! En la calle se sienten los primeros ruidos del tráfico; en un balcón de la casa frontera hay una luz amarilla que disuena en la naciente claridad del día. ¿Qué pasará? Ojalá que no sea nada malo... Estoy extenuada y tranquila. Mire si el amor que usted juzga extraño y hasta indigno de llevar ese nombre, fuerte y es puro, que escribo a mi amante enfrente de la camita de mi hijo, y escribo sin remordimientos, casi con orgullo.

¿Hasta el miércoles? Aun le escribiría más, pero es preciso ser razonable.

NATALIA.

En el sentimiento de Aurelio vibraban estas palabras de Ricardo Nors:

–Las cartas son tal vez el documento psicológico más importante; más importante aún que el «Diario», porque el «Diario» es un pleonasmo, un narcisismo, y las cartas son una superabundancia. El «Diario» es consignación del pasado; las cartas tienen el vivaz movimiento del presente. Una carta es algo que sale de un espíritu expresamente para otro espíritu. Carece del carácter de meditación o improvisación que otros géneros de escritura. Casi todos decimos más en una carta que diríamos en una plática. El papel es como un interlocutor atento. A veces, cuando entre un renglón y otro, entre una y otra frase, entre dos palabras, hay un espacio irregular, el que no sabe ver piensa: «Es nerviosismo, desigualdad irreflexiva de la caligrafía». No; es que el interlocutor ha hablado, que el otro a yo» vivo en cada uno, opuso su pensamiento a los que bajaban del cerebro al papel.

Las cartas que se imprimen son como las flores que se desecan: gana con ello el conocimiento humano, pero hay algo perdido, y eso que se pierde, ya en la flor, ya en la carta, es lo que más vale: fragancia, frescura, lozanía. La carta no tiene la pretensión de lo que se escribe para muchos, ni el descuido de lo que sólo ha de ser leído por nosotros. Debemos amar, sobre todas, esas cartas amarillentas que aparecen de tiempo en tiempo en el fondo de un cofre, olvidadas. Momias de deseos, momias de ternuras, momias de bellas inquietudes que, merced a una alquimia maravillosa, guardan el alma impresa sobre la lívida amarillez de la piel.

Y Ricardo Nors decía estas palabras con acentos persuasivos, mientras Aurelio pensaba en aquellas cartas que se proponía conservar siempre, hasta que el tiempo pusiera sobre ellas un sudario amarillo, hasta que fuesen momias del sentimiento de Natalia Roca al escribirlas y de la confusa agitación suya, al leerlas.

V

–¿Entonces usted también es desgraciado?

–No; pero mi felicidad tiene el defecto de ser cotidiana. Casi siempre que deseamos ser felices pensamos en una felicidad original, y eso nos pierde. Los filósofos no se han preocupado de los estados intermedios, que son como los puntos muertos en la Mecánica. Ser feliz no quiere decir solamente no ser desgraciado. Hay entre la dicha y la infelicidad un espacio donde el júbilo y el sufrimiento se neutralizan. Quizás en ese lugar estoy yo.

–Sin embargo... Entre todas las gentes que conozco, la mayor parte me parecen no darse cuenta. Sólo usted y don Juan Antonio Méndez me producen la impresión de hombres que saben que son felices.

–¿Cree usted... bueno producir esa impresión: los pequeños envidian, y los caídos capaces de alzarse toman ejemplo. Si todos pareciéramos lo que somos, los problemas se Simplificarían o se complicarían, no sé. Es posible que o comparado con el prototipo de hombre infeliz –que para los más es el agobiado por males tangibles–, los hombres con ecuaciones morales por resolver, den la sensación de hombres serenos.

–¿Usted cree que don Juan Antonio...?

–No sé... Me parece demasiado feliz. Hay formas curiosas de la voluntad, hipocresías estéticas, máscaras espirituales, egoísmos para guardar sus sensaciones en el triunfo y en la adversidad. He conocido hombres con caretas de intranquilos, de emotivos, de impasibles y hasta de crueles. Yo no creo en los aspectos de las cosas.

–Pero... ¿por qué ocultar la desgracia como se oculta una deformidad? ¿Es, acaso, una deformidad del espíritu?

–Y aunque lo fuera...

–¿Debe sentirse vergüenza de la desgracia?

–Si todos padeciéramos estrabismo, un hombre de mirada perfecta sería deforme. Deforme quiere decir diferente de la forma común. ¿No es verdad? Ser deforme no debe significar ser inferior.

–Según eso, la deformidad del alma debe ser la felicidad, y puede que así sea, ya que casi todo el mundo tiene rubor al

confesarse feliz. Pero si no hay verdadera relación directa entre esos dos estados, ¿por qué mostrarnos como somos? Yo no digo gritar a los cuatro vientos nuestras penas o nuestras alegrías; pero sí dejarlas salir de nosotros en la amistad, en la intimidad... sobre todo las tristezas.

–Porque el que cuenta tristezas busca, o una ayuda de esfuerzo para vencerlas, o una ayuda la compasión. de capacidad para soportarlas: la compasión. El hombre que menos necesita de los demás es el más fuerte. Y, créame usted, casi nunca somos irreparablemente infelices. El error viene de no querer reconocer el estado neutro de que le he hablado; en él viven esos que, según su frase, parecen no darse cuenta. Es la vida blanca, la carencia de color. Además, nuestra falta de memoria nos ha impuesto un léxico exiguo que nos enyuga al carro de la hipérbole, y llamamos dicha a una pequeña alegría, y desdicha, a una contrariedad. Siendo nuestra vida en el tiempo un segundo, ese segundo es mil veces modificable; podemos ser muchas veces felices o malaventurados. Como de modo implícito ha dicho usted, la desgracia es una deidad terrible y atrayente: su historia y su tradición son ilustres. No todo el mundo puede ser muy desgraciado.

–Dicho así, tal vez... Pero no se necesita ser irreparablemente desgraciado para no sentirse bien en la vida.

–No hay que hacer del sufrimiento un vestido de lujo; no hay que sufrir con ostentación.

–Cada cual sufre como puede.

–Esa respuesta sólo podría justificarse con un dolor cuya intensidad no se imagina. Coquetea usted... presume.

–¡Oh, no! bromea usted casi en serio, como de costumbre. ¿Cree que hay quien emplea la fantasía en aumentar su desgracia? ¿Cree que se trata de un asunto de imaginación?

–Puesto que quiere que le hable en serio. sí, creo que es un asunto de imaginación, de falta de imaginación. La imaginación es el atributo más precioso y más calumniado del espíritu; hasta las verdades matemáticas nos han venido en el dorado vehículo de la imaginación. Si pudiéramos imaginarnos constantemente los dolores de los precitos y los goces de los poderosos, seríamos menos inconformes. Esta mañana he estado en un hospital a presenciar varias operaciones. Un niño de tres años con un cáncer en el pecho;

un nombre a quien no pudieron anestesiar para extirparle un tumor, injuriaba a los médicos y pedía a los practicantes que lo sujetaran bien; a una muchacha le amputaron una pierna gangrenada a consecuencia de un parto clandestino, y el padre veía, como yo, saltar las esquirlas de hueso, y oyó romperse la sierra con un áspero crujido inolvidable; otro niño a quien su madre tuvo que tomar en brazos para que aspirase el cloroformo, no volvió a despertar. –¿Imagina usted la angustia de la madre, que estaba esperando verlo volver en sí de un momento a otro, y la de los que sabíamos que el niño no abriría los ojos otra vez?– Vi caer sobre el mármol con un temblor de carne fofa un seno que dejaba espantosamente incompleto un cuerpo joven... Al pasar por las salas oí lamentos, percibí caras cárdenas, brazos enflaquecidos, frentes calcinadas por la calentura, pobres gentes que para morir del todo sólo necesitaban quedarse quietos... Es seguro que en otras salas habría paralíticos, sifilíticos, leprosos, enfermos de males sin esperanza... Y todo esto en una sola hora, en una sola manifestación del dolor humano... Yo sabía que todo eso existe, y hoy me sorprendió. ¿Por qué no tenemos suficiente imaginación para ver en todo instante los males de que estamos libres? Las tintas de la felicidad no son tan intensas como las del dolor; ya habrá observado usted que el verde del Paraíso y el azul del cielo casi se desvanecen junto a la potencia luminosa del rojizo amarillo de las llamas infernales. La constante representación del tormento no padecido nos permitiría envidiar menos la dicha.

–Es verdad; probablemente tiene usted razón.

–Seguramente. Hay que respetar el pesimismo de la especie y hay que abogar por el optimismo individual. Noes un contrasentido. Cada minuto que no tenemos consciencia concreta y apremiante de nuestra desgracia, debíamos pensar: «Somos felices». El dolor depura; si no tenemos la abnegación de desearlo, debíamos tener la de sufrirlo en silencio.

–Cuando lo oigo me parece que dice la verdad... y cuando me recojo para prescindir de sus palabras... No se encuentran buenos argumentos para defender aquellos de que estamos profundamente convencidos.

–¿Todavía pretende ser desgraciado?

–¡Oh, si usted supiera!; si...

–Hablando hemos andado más de prisa el camino. Casi estamos ya en casa de los Craud.

Ya al final de la avenida se veía la puerta dorada de Saint-Mandé. El aliento del bosque entraba en la angostura urbana; aire puro, olor de retoños, tierra húmeda, oxígeno que penetraba como un grito de vida en la atmósfera densa de la ciudad: primavera. Aurelio había querido vaciar su secreto en un confidente que uniese a la bondad de don Juan Antonio la fraternal compasión de la juventud, pero Ricardo Nors cuidó de encauzar el diálogo entre linderos abstractos cada vez que la confesión quiso concretarse. Al verlo un poco encorvado, torpe en los ademanes, apuntado el rostro por una barba rala que daba a su fisonomía algo de resignado o claudicante, era difícil suponer la confianza que podía irradiar; sólo en la dulce persistencia de su mirada, resplandecía el fuego de la disciplina interior, la suerte de misticismo profano gracias al cual los varones fuertes, por descreídos que sean, juzgan los hechos desde un observatorio que irradia unción de templo. Junto a Ricardo Nors, Aurelio sentíase más seguro. ¡Ah, si en lugar de caer en el desamparo hostil de París hubiera hallado la amistad de Nors!... Hay hombres jóvenes que parecen tener la experiencia de todas las vicisitudes que no han sufrido; hay árboles jóvenes que parecen poder resistir al huracán lo mismo que un árbol añoso.

Ya la influencia de Natalia Roca había germinado en su alma. Se despedía de París sin pena. Hubiera cerrado los ojos para no decir adiós a la ciudad; ninguna perspectiva, ningún edificio, ningún rincón lograba sugerir ese recuerdo –dulcedumbre, melancolía–, que sugieren los parajes lejanos en donde nuestras alegrías y nuestras tristezas se mezclaron en un mismo lapso de tiempo. Ni siquiera las calles íntimamente relacionadas con su vida, inspirábanle el deseo de saber cuál era la última vez que había pasado por ellas. Y todo el sentimentalismo de la ausencia tomaba cuerpo en Ricardo Nors. Sin el miedo a la extrañeza de él, a la extrañeza de las gentes, al despedirse aquella noche lo hubiera abrazado con un abrazo largo y conmovido: igual que antes de separarse para un viaje muy largo se abraza a un hermano mayor a quien tal vez no se vuelva a recobrar nunca.

El retrato del almirante estaba cubierto con una gasa muy tupida; los muebles, dispersos y enfundados. La señora Craud decía a cada uno de los que llegaban:

–Esto parece un campamento.

Como si fuera el orden de los muebles lo que impusiera la corrección, todos estaban sentados con abandono. Sebastián, cabalgando en una silla, apoyaba el mentan en el respaldo, y cada vez que oía hablar del viaje, echándose hacia atrás lo mismo que si quisiera retener su montura, exclamaba:

–¡Va a ser un verdadero tren botijo!... ¡Para que rabien los franchutes!

Y sus palabras se perdían en el vocerío que alzaban los otros. Sólo la hija de los Craud, que sintió siempre hacia él una inclinación no exenta de sorpresa, le escuchaba con su cobarde interés de muchacha de quince años... Y este sentimiento era correspondido por otro que hacía musitar frecuentemente a Sebastián: «¿Por qué no será esa chiquilla hija de otras gentes?» Aunque hablaba sin pensar casi tedas las veces, jamás pensó sin que su pensamiento y sus palabras dejaran de ser simultáneos.

Madame Luzis fue a sentarse junto a Auvelio Zaldívar, y le dijo:

–Escúcheme y no crea que lo que vengo a proponerle es por cortesía: le invito a pasar el verano con nosotros... Le aseguro que no lo pasaremos mal... Nadie tiene necesidad de enterarse.

Algo confuso, él respondió:

–Gracias... Créame que se lo agradezco... Sí; probablemente nos veremos durante el ve- rano.

–¿Puedo tomar eso como una promesa?

–Tengo casi decidido el viaje; se lo aseguro.

Todos se sentían expansivos, y los coloquios a media voz se hacían difíciles. Alegrada por la esperanza, madame Luzis se lanzó a la conversación general. Las conversaciones entre muchas personas son comparables a las escaleras que en los cuentos de hadas nacen en el fondo de las grutas: se saben de dónde parten, pero no hasta qué maravillas deben conducirnos. Hace falta mucha tenacidad para seguir un cauce sin extraviarse por las infinitas sendas que lo surcan; el camino ancho se ve siempre ante el caminante, y la vereda ofrece inesperados recodos... Aurelio, siendo niño, se distraía con salir de la sala donde estaban sus parientes para regresar al

poco rato a darse cuenta de lo lejos que hallaba la conversación del punto donde la dejara. Hablaba don Juan Antonio Méndez:

–Reparen ustedes que, las personas que con más asiduidad y fervor van a la iglesia son las muy ricas y las muy pobres. Los acomodados, aquellos a quienes su trabajo reporta lo suficiente para vivir, van menos, aunque sean creyentes. Y esto prueba que la Santa Madre Apostólica armoniza en su recinto las más opuestas ansias, pues los ricos rezan por conservar lo que tienen, mientras los menesterosos piden adquirir algo de lo que los ricos no quieren perder. Dios los oye a todos, y sin cambiar el orden de las cosas, para no ser tachado de parcial, da temor al que está contento y esperanza al triste.

Era una de esas horas en que se está dispuesto a encontrar todo bien. Si don Juan Antonio Méndez hubiese dicho lo contrario, lo habrían aprobado con la misma efusión. Lo que se aprobaba en sus palabras eran las gestiones hechas durante su viaje de exploración a Trouville, para encontrar un alojamiento que permitiera la convivencia y la autonomía. Sebastián había redactado un programa que hizo traducir a Nors al francés, para enviar sendos ejemplares escritos en los dos idiomas. Era una orden del día minuciosa donde estaban marcadas hasta las cosas imprevistas. Comenzaba como una arenga: «¡A las siete hemos de estar todos dispuestos!»; y si no hubiera sido tan prosaica, podría decirse que tenía algo de himno.

Nors, que tenía su viaje a Heilderberg prefijado, manifestó su sentimiento de no asociarse a una excursión cuyos auspicios tan bilingües como metódicos eran una promesa, una garantía. Sin modestia, con la ingenuidad de los hombres capaces de empresas tremendas, Sebastián repetía entusiasmado:

–¡Un verdadero tren botijo... Verán ustedes!

Madame Luzis recogió las últimas palabras de don Juan Antonio:

–A propósito de iglesias... Quiero contar a ustedes una historia que me han contado hoy. La protagonista es una dama muy rubia, muy linda y muy beata... –no me pregunten el nombre porque me obligarían a decirlo y he jurado callar–, y ha sido ella misma la que me ha hecho la narración. La simplificaré para no aburrirles... Ella, como les he dicho ya, rubia, beata, linda y casada hace poco tiempo; él, antiguo novio rechazado por la familia, buen tipo, mala

cabeza, fama de pródigo y de afortunado. ¿Adivinan ustedes el resto? Claro, pero en los detalles está lo pintoresco de la historia. Cuando ella se casó, hizo, naturalmente, voto de no faltarle a su marido y de olvidar al otro, lo que equivalía a recordarlo todos los días y, lo que es peor, todas las noches...

La señora Craud tosió para que su hija no se enterara. La niña hizo que la mirada húmeda y curiosa fuese a escudriñar un pliegue de la falda, donde coincidió con la mirada de Sebastián. Y su madre quedó tranquila; la niña no había comprendido. Madame Luzis rectificó:

–...Hizo voto de olvidarlo, lo que equivalía a recordarle una vez más. verdad que es desesperante tener que decir «ella» y «él» cuando se conocen los nombres?–, él, hizo también otro voto: buscarla por todas partes; y como el diablo, que es mejor amigo de la equidad de lo que se piensa, se pone siempre al lado del que hace el voto más sincero, la encontró ayer en la calle, casi la primera vez que salía sola. Figúrense... Se estableció una verdadera persecución: Boulevard Hausmann, Chaussé d'Antin, calle de Provence, calle de Richer... Ella buscaba calles concurridas, pero la fatiga de su cuerpo y de su voluntad crecían, y al fin, tuvo una idea de salvación: pensó refugiarse en una iglesia; ya dueña de la idea, sin saber cómo, tuvo el instinto de perfeccionarla: decidió refugiarse en la iglesia donde se había casado, porque en ella las imágenes, los confesonarios, hasta el ambiente, le recordaban su deber. Entró. Eran las seis, la hora de la salve... Aquí, humo de incienso, cánticos, bisbiseo de viejas, la música adormecedora del órgano... –Es lástima que no haya venido madame Roca: nos tocaría una de esas piezas bien aburridas de Bach, para que se formasen idea– A la mitad del tercer padrenuestro él se aproxima, y ella, aunque mira delante del altar el sitio donde estuvo arrodillada junto a su esposo el día de la ceremonia nupcial, siente al otro junto a sí, presiente su gesto, ya suplicante, ya imperativo, siente su mano que audaz, pero blandamente, le toma una suya... Y la música, los rezos y el humo lo llenan todo. «¡Déjeme!» «¡No, no; te adoro!» «¡Déjeme!» «No te dejaré; hemos de hablar.» «Te lo suplico, déjame... Van a fijarse en nosotros; el vicario me conoce... Te hablaré otro día...» «¡No, no!» «¡Por Dios, vete!» «¿Cuándo hablaremos?» «Otro día; hoy no.» «¿Mañana?» «Bueno, déjame...» «A las cuatro en *Boulogne sur Seine*,

al bajar del tranvía.» «¡Oh!... ¡Me parece que todo el mundo nos mira!» «Júrame que irás. » «¿Por qué me mortificas?... Déjame. Todo el mundo se fija...» «No te dejaré hasta que hayas jurado.» «Sí, te lo juro, vete.» «Nos debemos una entrevista; hablaremos de cosas viejas. ¿Te acuerdas?... No tienes nada que temer... ¡Te adoro, te adoro!» «Vete ya, por Dios.» «Me lo has jurado... Pon la mano en este crucifijo o no me voy.» Había colgado de la columna un crucifijo; estaba allí oportunamente, pero aunque no hubiese estado habría sido igual: ella sabe que Dios está en todas partes, y que el último juramento que se hace es sagrado. Juró, y él se fue; ella también se fue en seguida; la vista del escabel donde había estado arrodillada con su marido, el humo del incienso, todo aquello la ahuyentaba, Va a la cita decidida a decirle que no, que hay entre ellos un Sacramento... Yo la acompañé a comprar unas medias color amaranto... Esta tarde deben haberse visto.

Todos rieron ; hasta la niña. Emilio Benítez cumplimentó a la narradora:

–Madame Luzis tiene mucho *sprit*. Y a ella sí que no puede decírsele que se decide a ser espiritual cuando ya no puede ser corporal.

–¿Cree usted?... Eso debía someterse a votación. Las mujeres no votan, ¿eh? ... ¿Cuál sería su voto, amigo Aurelio?

Otro motivo de charla se sobrepuso. Emilio Benítez y Ricardo Nors discutían, por no faltar a su costumbre ni la postrera noche. Habitualmente discutían aislados, pero hoy todos estaban dispuestos a hablar con todos. Benítez, siempre de buen humor, era uno de esos hombres que serían mediocres si no guardaran un repliegue anormal. Su conversación era vulgar, lo era su pintura, su concepto de la vida; mas tenía su originalidad, una Originalidad divina con respecto a la cual se mostraba intransigente: había concebido un arquetipo de belleza humana que difería del de Dios en casi todos los órganos primarios. Sería, según él, más práctico y más hermoso. La complicación de sus planos y la serie de transmutaciones graduales precisas para llegar al estado de forma ideado por él, era tan complicados, que no se podría dar de ellos noción sino tras una explicación larga y prolija. Trescientas cincuenta páginas nutridas, con muchas notas. El hombre de Benítez, distintamente del hombre de Dios, tenía el aspecto de una

gran ánfora inteligente; no andaría, se deslizaría, pues la marcha bípeda, al hacer cambiar a cada paso el centro de gravedad, altera la estética del cuerpo. Cuando Benítez comenzaba a hablar de *eso*, un viento de temor soplaba sobre la tertulia, y hasta la madre de la señora Craud, que no le dejaban hablar casi nunca, rompía la consigna para rezongar que aquéllo eran *brujerías*. Nors opinaba que eran los únicos momentos en que Benítez era razonable... Como Benítez hablaba de su criatura en presente: «Mi hombre anda así, mi hombre se presenta de este modo...», pensábase ver aparecer al hombre-ánfora detrás de una puerta, y esa suposición daba miedo a los que no hacía sonreír.

–¿Y acerca de las mujeres no tiene usted pensado nada, amigo Benítez? –interrumpió madame Luzis, deseosa de expansionar su alegría–. Hay en su proyecto de reforma de la especie humana, muchos detalles que no comprendo y que no deseo comprender. Seguramente la amiga de quien hablé antes se habrá alegrado esta tarde de que la reforma de Benítez no se haya realizado aún.

–Ustedes se ríen... Bien, yo no me enfado. Todos los reformadores han sufrido el escarnio de los incrédulos.

–Y Benítez es paciente, ¿verdad? Su galantería le exime de la fama de hoscos que tienen todos los grandes inventores. Da gusto un genio así... Y además, como también se burlan de su pintura y de su impresionismo, le queda el recurso de pensar que es por sistema o por animadversión a todas las formas de su talento...

–Le queda otro recurso mejor, don Juan Antonio: hablar mal de todo el género humano. Yo creo que si él lo quiere reformar es porque como ya lo ha ultrajado en todas sus formas, tiene que sostener su criterio.

–¡Eso de andar con una sola pierna!... ¡Vamos, que Benítez no nos cuela esa! –finalizó Sebastián, haciendo crujir el respaldo de su sillón.

Benítez y el hombre de Benítez sufrían un fracaso. Dios no lo sufrió porque no existía nadie antes que él. Ricardo Nors quiso dar el último golpe de piqueta:

–Lo que no me explico es la falta de cuidados de Benítez para su criatura. Jamás nos ha hablado de sus condiciones anímicas, de la capacidad de bien y de mal, de su sentimiento, su comprensión, su medida de inteligencia. No sé por qué se me figura que el nuevo

arquetipo de la humanidad va a ser un poco socialista y muy demócrata.

–¿Acaso es partidario usted de la aristocracia –dijo ya con violencia de estallido Benítez.

–Sí; soy ferviente partidario de una aristocracia cuyos pergaminos se revalúen cada generación –contestó Nors.

–Eso es ser demagogo con antifaz... Demagogo Y bien demagogo.

Demagogo era la palabra suprema de Benítez. Después de dicha sólo había que añadir hechos. Además, allí no era posible hablar de nada; ni siquiera de un asunto tan trascendental. La señora Craud se acercó a don Juan Antonio, que escuchaba sonriente, y le preguntó:

–¿Me quiere usted dar el secreto para ser feliz?

–Si no se lo da él –añadió madame Luzis–, nadie podrá dárselo. El barón, que en Faz descanse, decía que don Juan Antonio no debía tener camisa, como el hombre del cuento de Grinn.

Luego de adoptar un gesto solemne, el hombre feliz dijo con lentitud, suspirando entre la primera y la segunda parte de su respuesta:

–¿El secreto de la felicidad? Así, de pronto, no puede revelarse ese gran secreto. En fin, por ser a ustedes, les diré la parte más importante: para ser feliz lo principal es no decir que se es desgraciado.

–Repítale eso a Aurelio Zaldívar, don Juan Antonio –solicitó Ricardo Nors.

Aquella noche tuvo Aurelio Zaldívar la misma sensación que noches antes entre los contertulios de la cervecería Steimbach: las gentes, las conversaciones . que hasta ayer habían formado parte de su vida, parecíanle extrañas y lejanas. ¿Eran las cartas de Natalia Roca las que habían obrado el milagro? El misticismo de ella había caído en el propicio surco de su descontento, y le impidió ver lo que, de hallarse en situación serena, hubiera visto en aquellas cartas. Sólo don Juan Antonio conocía sus propósitos; los demás esperaban que se decidiera a ir con ellos. El temor de que la disgregación de personas desluciera su tren botijo, intranquilizaba a Sebastián. Al salir, advirtió a cada uno que recibiría al día siguiente la hoja donde estaban detalladas las disposiciones y el itinerario. «El lunes, a las ocho en punto, en la estación de San Lázaro; –gritaba–;

tradúzcaselo a los franchutes, Aurelio, hágame el favor»; y aunque hablaban todos el español, fue preciso gritarlo en el idioma de *Chantecler*.

A pesar de que iban a realizar juntos la excursión, se despidieron con más ceremonia que de costumbre. Salieron de la casa reunidos. Antes de cerrar la puerta de hierro de la verja, Sebastián volvióse para mirar a la hija de los Craud que, desde el balcón del entresuelo, tendía el brazo alumbrándoles con un velón, y todas sus ideas de orden se turbaron. Fueron hacia la puerta dorada de Saint-Mandé andando por grupos. De tiempo en tiempo, de uno a otro cambiábase una palabra relativa al viaje. Si alguien hubiera pasado por la avenida, habría pensado, al oírlos, que eran viajeros que abandonaban la tierra cómoda para ir a descubrir un Polo. La estrella polar y algunas otras parpadeaban en el cielo; nadie sabe si atentas, si indiferentes.

A las cuatro y veinticinco minutos partió el tren. En el tren Aurelio Zaldívar comprendía un poco el complejo engranaje de la humanidad. «Todos los días –pensaba–, mientras yo he estado quieto, un tren corría por esta vía hacia el Havre». Y una idea tan sencilla, servíale para imaginar todas las ciudades en donde había vivido, todos los trenes en que había viajado. Detalles menudos acudían a su memoria: el aspecto de una calle de Madrid o de Florencia, un paraje visto de manera fugaz desde la ventanilla, el rostro de cualquier desconocido. Y le sorprendía y lo contristaba, porque hubiera querido suprimir las cosas al alejarse de ellas. Y cada alejamiento servíale para darse idea de que todo seguiría su curso cuando la definitiva ausencia llegase. Pensaba en esto con los ojos cerrados, al pasar bajo los túneles de la estación y ante los pueblecillos que poco a poco va absorbiendo la urbe. Cuando el paisaje suburbano cesó, y estuvo seguro de no tener esa emoción algo opresiva que sentimos ante lo que no se atreve a ser ni campo ni ciudad, quiso examinar a sus compañeros de viaje. Eran un sacerdote, un caballero de barba puntiaguda y una señora que tenía en el regazo a un niño. Pensó en Natalia; volvió a cerrar los ojos y se adormeció, obsesionado por el ritmo del tren que se imponía, obligándole a ajustar a él sus ideas. Cuando despertó, la flecha

airosa de la catedral de Rouen mostraba sus líneas sobre un cielo gris; el Sena, ancho y tranquilo, se sometía bajo los puentes; el trepidar del tren al entrar en la marquesina de la estación, el vaivén de gentes aceleradas, de muchachos arrastrando carritos con pasteles y bebidas o vendiendo periódicos, lo aturdieron. Sus ojos volvieron a cerrarse, y así estuvo largo tiempo, hasta que el tren, al detenerse súbitamente, lo despertó con sobresalto. Salió al pasillo creyendo que había llegado ya. Una voz fatigada anunció:

–¡Breauté-Besville; cambio de tren para Bolbec, Fecamp, Etretat, Lillebonne!...

Y el hombre de aque11o voz fatigada decía todo con tan escasa convicción, que se adivinaba que le era lo mismo que se fueran a otros lugares los viajeros. Viendo el gesto de Aurelio al sentarse decepcionado, la dama que iba frente a él le dijo:

–Todavía faltan quince minutos.

En ademán de gracias, Aurelio tendió la mano y acarició al niño, y entonces ella comenzó ahablar, a preguntar. Aurelio le respondía a todo que sí. Era oficial sudamericano, e iba a al Havre para asistir en los talleres de Schneider a unas pruebas de artillería. ¿Para qué oponer a esta suposición dicha más con tono afirmador que interrogativo, la verdad? Sería largo de explicar, y además las gentes aceptan como un elogio el saber que no se han equivocado. La idea de que pudiera ser algo de cuya existencia jamás había tenido pensamiento, le hizo sonreír. El niño, aplastada la naricita contra el cristal, tendía los brazos hacia los focos eléctricos de la estación, que se veían cada vez más próximos. Hubo un estrépito largo y horrísono; el pasillo se llenó de viajeros que portaban maletas. Había llegado.

Descendió, y luego de mirar con un poco de cólera, sin saber por qué, los rostros curiosos de los que esperaban, encontróse en la salida de la estación. Tenía necesidad de un coche, de un hotel, y le exasperaban las múltiples ofertas de los cocheros y los enviados de hoteles que obstruían su marcha insinuantes o apremiantes. No quiso recoger su equipaje, y echó a andar como si supiera adónde iba. Una emoción extraña de tristeza y de encono contra algo que no sabía bien lo que era, le hacía marchar de prisa, con el semblante hosco y los dientes apretados. En una mano llevaba la maleta, en la otra, sujetos con correas, los bastones y el paraguas.

Muchas veces había llegado solo a una ciudad desconocida ; pero nunca había sentido como esta vez la soledad, y es que las otras veces iban junto a él su entusiasmo y su inconsciencia. Se encontró en el extremo de un bulevar. Tres filas de luces trazaban tres líneas amarillas que se aproximaban a lo lejos. Anduvo hasta recorrerlo todo, hasta que la línea recta de su marcha estuvo entorpecida por un terreno pedregoso primero, y cortada por un malecón en seguida. Allí estuvo largo rato sintiendo el mar sin verlo, adivinándolo en la extensión obscura, en cuya lontananza algunos puntos luminosos hacíanle dudar si estaban en el cielo o sobre el agua. Ni fosforescencia, ni espuma de olas que se rompen, ni barcas; dijérase que el mar estaba recogido, en acecho, y que el vasto rumor era su gigantesco aliento que en vano pretendía contener. Bastaba aquella sensación de misterio para turbarlo; ningún otro elemento de incertidumbre tenía que emplear la noche para sobrecoger su pobre alma, y, de súbito, la neblina que era tan sutil como la sombra de un fantasma, se hizo densa y envolvió todo con su gasa sobrenatural, deformándolo, amplificándolo. El aire oloroso de yodo y de salitre entró por sus pulmones como un alimento harto fuerte en la boca de un extenuado. Era allí, al borde del mar, donde su nueva vida comenzaba. V la tenebrosa y torva lejanía tenía toda la potestad de un augurio. Una luz roja destelló a lo lejos... Sin pensar en nada, Aurelio encogióse de hombros y emprendió de nuevo el camino que le había traído a aquella atalaya del arcano Las luces del bulevar eran, en la indecisión de la niebla, tres rayas amarillas que parecían juntarse al final... ¿No le había parecido antes, que allí, en el malecón, las luces definían el vértice de un ángulo, el término estable de una jornada?... Y ahora era allá, donde creyó ver el comienzo. ¡Engañosos mirajes de la Naturaleza donde palpita la verdad! De todos los puntos parte un camino; nuestras almas sufren de igual tormento que el cuerpo del judío legendario, y aun del punto en que, al cerrarse para siempre los ojos y detener la sangre su marcha y la materia su acción, pensamos: «Todo ha acabado ya: ¡quién sabe las rutas que se abrirán hacia horizontes infinitos!...» Así, inclinado sobre el malecón como sobre su fosa, tuvo Aurelio el presentimiento de la acerbidad que le aguardaba.

Desanduvo el camino, se hizo guiar por un arrapiezo al hotel, no

quiso cenar, y subió en seguida a su cuarto. El frío de las sábanas le hizo mal; pensó en todos los viajeros que habrían reposado en aquel lecho, e inevitablemente, la sensación de miedo se sobrepuso a la sensación de repugnancia de la suciedad. ¿Habría muerto alguien en aquella cama? Nunca esta idea habíale asaltado en ningún hotel. ¿Por que venía hoy a completar su hiperestesia? Y buscó en las paredes los trazos de alguna inscripción. Nada... A pesar de estar tapizado de claro, tenía el cuarto un ambiente sombrío. Aurelio, sin querer, pensaba en el pasillo, en todo lo que podía venir por él a sorprenderle con sólo una presión sobre la débil cerradura. Se levantó a cerciorarse de que estaba bien echada la llave. Al buscar, tactando, la cama, tocó el espejo y supo que, a pesar de los escalofríos que lo agitaban, tenía fiebre. Quiso coordinar sus pensamientos y no pudo; quiso asilarse en sus recuerdos, y no pudo; quiso convencerse de que nadie había de venir cauteloso y adverso por el pasillo propicio al drama, y no pudo. Le era imposible pensar en otra cosa que en eso: en lo que no tenía nombre ni forma, ni materia tal vez: en lo que era crujido en los muelles, aliento en el viento, opacas pisadas en la alfombra, forma abstracta pero terrible en su imaginación. Sus ojos clavaron la mirada en la puerta por donde iba a venir *aquello*, en la puerta que se iba a abrir sin ruido... que quizá habíase abierto ya. Se cubrió todo con la sábana e inclinó la cabeza resignado a recibir el golpe... Un niño comenzó a llorar en el cuarto vecino. Aquel llanto gangoso, casi símbolo de la impotencia, devolvió a Aurelio la confianza. Ya no se sentía desvalido... Con todas las fuerzas de su fervor pidió a Dios, no que detuviera el designio del enemigo que le atisbaba, pidió que el niño no se callase. Aurelio no supo a qué hora el llanto había cesado. Cuando el sueño cerró sus ojos, era media noche, tal vez más...

VI

Todos los años coincidía con la llegada de los primeros veraneantes la apertura de la covacha de monsieur Valnert, que reparaba relojes y escribía a sueldo cartas elocuentes. Cuando los vientos impetuosos del otoño soliviantaban el mar, ahuyentando a los turistas de la población, la covacha volvía a cerrarse y monsieur Valner perdíase durante el invierno en profesiones misteriosas y humildes. Pero al año siguiente reaparecía.

Su clientela era regular; los mismos *chauffeurs* y los mismos lacayos rompían los mismos relojes; las mismas criadas solicitaban las mismas cartas de amor. Lo único cambiante eran los hombres a quienes las cartas se dirigían. Desde hacía seis años, era un cochero italiano quien inauguraba la estación.

–*Buon giorno*. ¿Todavía usted aquí? –decíale al entrar, y él:

–Todavía. Cada año me parece que ya no puede envejecer más; la lupa se pone cada día más turbia, y a veces las ruedecillas de los relojes tiemblan en el fondo de la caja, y creo que la maquinaria ha comenzado a andar sola... Tengo ya setenta y cuatro años... La cuerda se acaba..., se acaba.

Entonces, el italiano, después de una gran risa, interrumpíale:

–Pero el corazón no se hace viejo, ¿eh? Conozco yo una *ragazza* que daría su alma, y algo más, por recibir cartas tan lozanas como que usted sabe escribir.

Y el oírse llamar joven por aquel mocetón, rejuvenecía a monsieur Valnert hasta resarcirlo de sus achaques. Si una mañana, al abrir su tienda luego de los meses de invierno, no hubiera entrado el italiano a decirle con su habla cantarina que tenía juventud en el corazón, monsieur Valnert habríase sentido irreparablemente viejo, y hasta habría pensado en morir. Caduco, inclinado, no se sabe si por el exceso de años o porque la espina dorsal se habituara a la posición del cuerpo, siempre arqueado sobre los relojes o sobre el papel, el buen hombre aguardaba a que el azar guiase hasta su puerta a alguien necesitado de medir su tiempo o de palabras catequizadoras. Cierta vez habíasele oído contar sus hazañas en la guerra de 1870, sus desventuras en la vida familiar; mas esto fue al comienzo de ejercer su profesión; luego

renunció a todas las expansiones confidenciales, sabiendo que, para hacerse dueño de la confianza de los que necesitan ayuda, es mejor no dejar ver ninguna debilidad. Cuando no tenía trabajo, para no parecer ocioso, cosa que depreciaría sus servicios, desarmaba y armaba indefinidamente un viejo reloj de cuco, o escribía cartas muy largas, sin saber para quién, con una letra parsimoniosa que debió ser gallarda algún día. Si el Destino le hubiese deparado una persona en circunstancias iguales a las que ensombrecían el amor de la mujer inexistente, por la cual escribía aquellas cartas, hubiera sido feliz; pero al Destino le desagrada que se confíe en él, y monsieur Valnert, fatigado de esperar, quejábase melancólicamente de que ya todo el mundo supiera escribir. Esta queja la exteriorizaba cada mañana antes de ponerse al trabajo, cuando concluía de limpiar la lupa o de sacar de entre los puntos de la pluma algún pelo intruso, nunca antes. Porque en su duple profesión había aprendido, de las cartas, a ser soñador, y, de los relojes, a ser metódico. Era cojo, y tenía un par de muletas nuevas, que sólo usaba los días de fiesta.

Como todos los hechos se repiten en una sucesión sin fin a lo largo de la espiral de la Historia tuvo que sobrellevar por su modesta sabiduría la fama con que invistieron las multitudes ignaras a otros sabios de la antigüedad. Susurrábase que poseía fórmulas sobrenaturales, ensalmos decisivos, mágicas palabras que abrían al amor los corazones, igual que la voz de Alí-Babá abría la roca socavada y llena de tesoros. Al comienzo aceptó la gloriosa suposición con repugnancia, para no quebrantar su negocio; luego, familiarizado ya con ella, llegó a no preocuparse de su falsía, y a poner al final de algunas cartas, en el lugar de la rúbrica, ciertos trazos cabalísticos que, si costaban cincuenta céntimos más, bien los valían, pues imposibilitaban de toda resistencia al amante reacio. Sus cotidianas relaciones con los magos, de quienes solicitaba sortilegios para las criadas, aguzaron su facultad imaginativa, ya despierta a causa de su torpeza muscular. Y solía sucederle a menudo –y esto consolidaba su prestigio de nigromante–, que un cliente le sorprendiera en coloquio con la mujer aristocrática, para quien sus cartas iban a ser específico espiritual; y como el vulgo niega la existencia de todo aquello que no ve, al no ver la dama en la covacha del viejo, aseguraban que hablaba solo... El esperaba un

poco impaciente, pero seguro; su fe decaía todas las noches Fara reanimarse al siguiente día. Por eso, cuando aquella mañana turbó el tic-tac de sus relojes un libidinoso crujido de sedas, y ante su mostrador, real, decidida y turbada, frisando esa edad que la galantería llama ocaso de la juventud, vio el señor Valnert a madame Luzis, se puso en pie y se dijo a sí mismo, mientras inclinó la cabeza en un saludo ceremonioso: «Al fin ya está aquí...»

–Usted es el señor Valnert... ¿Verdad?

–Señora...

–Lo conozco por mi criada, una rubita que se llama Enriqueta... Sé que usted escribe cartas, y necesito sus servicios... No me importa el precio... ¿Sabe usted?... Es preciso que esa carta lo venza, lo fuerce a aceptar... Me han dicho que usted posee recursos.

–Sí, sí; señora...

Monsieur Valnert desapareció un instante bajo el mostrador, en busca de algo. Madame Luzis, con su credulidad de mujer a quien el azar ha levantado desde el arroyo, al través de situaciones casi inverosímiles, muchas veces rezaba a Dios y a numerosos santos, pero creía en la infalible virtud de los oráculos y de algunas hierbas. Para ella, el siete de espadas seguido de una sota o del cuatro de oros, decía tan indudablemente que una desgracia se avecinaba, como un calendario anuncia los eclipses... Sobre el borde del mostrador, una de las manos de monsieur Valnert atrajo su interés; era blanca, pura de líneas, sin arrugas ni vello. De pronto, la mano enrojeció al ayudar al cuerpo a incorporarse. El viejo puso ante madame Luzis un paquete de cartas, y bajó los ojos, con modestia.

–Lea..., lea usted, señora... Eso es lo que usted necesita.

Y yendo hacia ana muchacha que entró y le saludó familiar:

–Perdóneme un momento... Es una criada que viene a recoger dos cartas que me encargó anoche... Hay que trabajar para la plebe... Las necesidades... La maldita cuerda de la máquina...

Madame Luzis quedó hojeando aquel incomprensible breviario de un amor de quimera. Su romanticismo no daba la medida vasta de aquel fervor con que el viejo suplicaba, loaba, consolaba las dolencias del amante; y las frases henchidas de ternura, escritas con un estilo que sugería la visión de un abate con peluca empolvada y casaca, le hicieron pensar en el teatro. Margarita Gautier debía escribir cartas así; ella también, teniendo cuidado de no dejar salir

de la pluma ninguna frase picaresca o audaz, hubiera podido... Entre los papeles del barón ruso que la hizo su heredera, se encontraron varias cartas suyas escritas en tono mayor... Pero no, no era eso lo que le hacía falta... Si él sospechaba de ella antes de ir a la cita, disminuían las probabilidades.

El viejo pensaba que era su elocuencia lo que ella había venido a buscar, y era el signo mágico cuyas líneas formarían los hilos de una red donde la voluntad de Aurelio Zaldívar debía quedar inerme. Al fin, monsieur Valnert comprendió: aquella era una criada como la que acababa de salir; la misma alma con diferente ropa. *Ella*, la aristocrática, la doliente, la que vendría temblorosa como una llama a que él le diese nueva vida con su epistolario de pasión, no llegaba aún. No es que monsieur Valnert perdiera la esperanza de recibirla; sabía bien que las dichas más deseadas llegan tarde, cuando apenas queda tiempo para reponerse de la sorpresa de haberlas poseído... Y guardó sus cartas y escribió la que madame Luzis quiso dictarle. Luego, queriendo agotar la largueza de la suplantadora que no había de volver a entrar en su covacha, le contó su historia; devanó el ovillo de sus miserias domésticas; exageró la maldad de su mujer y la fealdad de sus hijos. Fue verídico por falta de imaginación. Y, despreciándola, casi odiándola por haber venido a hacerle creer que era la esperada, logró obtener una moneda de oro por sus renglones y el signo grotesco que puso al final. Al salir ella, monsieur Valnert miró la moneda de oro con la lupa. ¡Tal vez la otra no pagase así todas las cartas de amor donde había él puesto tanto de su tiempo, tanto de su espíritu!

Madame Luzis fue a pasear a la playa. Estaba contenta, y su esperanza y su júbilo tenían un marco digno en la mañana. Las brisas eran fluidas; el aire tan límpido que se veían a gran distancia juntar sus dos azules al mar y al cielo. El azul del cielo era claro y profundo; el del mar, vario, veteado de gris, ígneo, turbio, a lo largo de la playa, donde la espuma –espejo de Penélope– tejía y destejía una greca de encaje. El sol encendía todo con benignidad, haciendo refulgir los tonos vivos de las sombrillas, la arena de oro, las tiendas de lona, las esculturas húmedas de las bañistas... Era una mañana de optimismo. Tres muchachas, cogidas por las manos, venían del mar en busca de una brazada de flores que un galán les ofrecía en la orilla... Las formas iban surgiendo del agua armoniosamente; ya las

tres ánforas emergían casi por completo, cuando un destello de la mirada lujuriosa vendió al galán, e hizo comprender a las muchachas la estratagema... Los cuerpos se hundieron unánimes, y las flores volaron hacia ellos y cayeron a medio camino sola intranquilidad de las olas, que las dispersaron, las deshojaron... Aquella escena pareció la resurrección de un mito risueño. Fue así, sin duda, como un fauno ingenioso atrajo antaño hasta el lecho mullido del bosque a tres ninfas.

Madame Luzis se sentó sola. Vio a lo lejos a don Juan Antonio Méndez y a Sebastián que hacía con un bastón en la arena hoyos que la marea creciente iba inundando poco a poco. Se sentó sola, y un momento pensó en el viejo que escribía fríamente cartas apasionadas, en el pobre viejo, una de cuyas manos había servido a un escultor para modelar una diestra de Cristo; su corazón, fácil a todas las conmiseraciones, llenóse de piedad para aquel hombre que tuvo la suma desdicha de tener hijos feos y de reconocer que lo eran. Este recuerdo la importunó muy poco, Su veleidad y su piedad eran iguales... Alzó la cabeza, pensó en Aurelio, y su mirada, luego de atravesar la transparencia de la mañana, fue a fijarse distraída en un vapor que, mancillaba el impoluto azul con una línea de humo: línea sorprendente, sinuosa y cabalística como el signo que había puesto en su carta monsieur Valnert.

Muy de mañana, la luz hizo casi transparentes los estores, dando a Aurelio Zaldívar el buen día y una sensación de bienestar. Vistióse con presteza, igual que si alguien lo esperara. Al lavarse cantó una vieja tonada infantil; ignoraba saberla de memoria, y el recordarla le produjo melancolía. Salió al balcón, abierto sobre una plaza cuadrangular. La neblina daba una uniformidad gris a la ciudad y al cielo; pero el sol, que comenzaba a disiparla, doró súbitamente la cúpula de una torre que fulgió maravillosa y lejana como un milagro. Era una plaza grande con dos estatuas y muchos kioscos donde se vendían flores. El perfume vegetal entraba en su cuarto llevado por un viento marino que, nostálgico de las velas de algún bergantín, obstinábase en henchir los cortinajes del lecho. El mar penetraba hasta el corazón de la ciudad por canales donde se reposaban los navíos de sus largos viajes. Desde el balcón Aurelio pudo ver ante sí, desdibujados por la bruma, los *yachts* de los becerros de oro. Surtos junto al acantilado, aguardaban el capricho

de sus amos o la bonanza del tiempo, arduo ese mes para los navegantes. El mozo que le llevó el desayuno le fue identificando casi todos los *yachts*. Aquél, el de chimenea blanca y porte de trasatlántico –indicaba–, es el de Rothschild; el pequeño pintado de azul, el de sir Gordon Benet; el que está a la izquierda con dos mástiles y una cenefa roja en la parte baja del casco, es de Menier, el fabricante de chocolate, ¿sabe usted?; el que tiene un águila de oro tallada en la proa, es del Príncipe de Mónaco; aquel otro anclado más allá del puente de hierro, de un millonario inglés... Y poco a poco, como al llamado de la enumeración, iban los buques surgiendo de la niebla hasta mostrar distintas, esbeltas, sus siluetas finas de aventureros. Al mirar a uno de los balcones contiguos al suyo, Aurelio vio a una señora con un niño en brazos. ¡Con cuánta gratitud hubiera ido a besara a aquel niño!

Encontró la carta de madame Luzis en el hotel, de regreso de un paseo matinal. Obedeciendo a un certero instinto, madame Luzis le cita que pudiera ser un indicio, segura de que en la sorpresa era más fuerte. Mientras comía, Aurelio releyó la carta. ¿De quién podía ser? Iba a dejarla ya, sin curiosidad, cuando la idea de que fuese de Natalia entró en su espíritu. Volvió a leerla Fara convencerse de que ni la escritura ni la forma tenían nada común con las cartas que guardaba en el bolsillo interior de su chaleco. Y, sin embargo, estas observaciones no extinguieron la duda. Natalia Roca se había mezclado de tan insólita manera en su vida, que él, semejante a un niño que entra en un laberinto encantado, estaba dispuesto a no sorprenderse. Ni siquiera un instante fue a su pensamiento la sospecha de la verdad; no hubiera creído a madame Luzis apta para ninguna precaución, para ninguna de las ambigüedades de aquella carta donde, esfumando el concreto hecho de la cita, el velo de un pudor o de un temor tentador, tendíase... Sin saber que la experiencia es inútil para esta clase de tentativas, tuvo confianza de que a madame Luzis le sirviera para comprender la esterilidad de sus esfuerzos.

Al empezar a comer, había adoptado la decisión de no ir; pero aún el segundo plato no estaba en la mesa, y ya la curiosidad le aguijoneaba. Durante la comida cambió varias veces de propósito. Salió del hotel, decidido a olvidar la cita inoportuna. Lentamente llegó al muelle, de donde partían los vapores. Allí titubeó de nuevo:

«¿Y si fuera ella?» De todos modos, el día era muy largo, y ya el tedio comenzaba a ganarle... Hasta el día siguiente no era la cita... ¿Y si algún incidente la hubiese obligado? Estas reflexiones las hizo ya sobre la pasarela, cuando el vapor había soltado las amarras que lo retenían. Llegó a Dauville media tarde. Dos muchachos le guiaron hasta la calle que deseaba encontrar; era una vía sombreada por dos filas de castaños y por dos hileras de hotelitos que se escondían tras de diminutos jardines. Aurelio iba sin aceleración, para decirse que iba sin entusiasmo. En verdad, tenía miedo de ir a aquella cita, y hubiera deseado recibir una burla. ¿Qué decirle si la encontraba allí, sola, en el fondo de una alcoba tibia, tal vez vestida de claro y descotado el pecho? Desde que puso el pie en la escalerilla, casi cubierta de floridas enredaderas, tuvo la certeza de que no era Natalia Roca. El miedo al ridículo le impidió dejar la aventura; tuvo temor, un cobarde deseo de volverse atrás. Sin la luminosa cordialidad de la tarde, aquello hubiera tenido algo de imponente... Al descender –el jardín estaba a inferior nivel que la calle–, la puerta de hierro desperezóse con un herrumbroso quejido de aviso, la arena del jardín crujió bajo sus pisadas, y las ventanas de la casita, inmutables, parecieron mirarle con fijeza y hostilidad. Cuando iba a oprimir el timbre, un criada anciana le abrió, y con sigilo, haciéndole señas para que no pronunciase las palabras que él no pensaba pronunciar, lo condujo a una habitación del piso segundo. Allí estaba madame Luzis, que le tendió las dos manos, los dos brazos, para recibirle. El sólo tomó una de las dos manos.

La entrevista fue tempestuosa. Aurelio sentíase defraudado y no pudo reprimir el primer gesto de sinceridad. Madame Luzis quería quemar su último cartucho; de aquella entrevista sólo dos salidas podrían evitarle pasar por la del ridículo: la puerta del triunfo o la de la violencia. Como en los comienzos de su vida, antes del hallazgo del barón ruso, el dinero había sido el único obstáculo entre el deseo y la realización de todos sus caprichos, ni un momento dudó de la victoria. Y ahora, la actitud inconcebible de Aurelio la desconcertaba, la llevó a extremos de humillación y de frenesí. Se arrodilló ante él, lo insultó, le ofreció dinero; sus pies coléricos rasgaron una piel de tigre, y sus manos, al golpear una consola, hicieron caer a dos pastorcitas de porcelana, que pasaron del minué a la muerte confundiendo sus restos con los de un búcaro

de Sevres.

Ante él, correcto y distante, ella fue, alternativamente, rastrera y altiva; profirió injurias contra Natalia Roca, y casi tuvo entre los labios un epíteto para abatir la soberbia de Aurelio. Pero no lo dijo... ¿Para qué? La impasibilidad de Aurelio la anonadaba. Todo era inútil... Luego de la crisis quedóse enervada largo rato, bajo el golpe de la primer derrota. Nada hubiese reconocido la mujer soez del momento anterior. El se esforzó para dulcificarle... ¡Todo era inútil... Ella comprendía..., comprendía bien. Con voz sollozante:

–¿Para qué ha consentido que yo sufriera esta vergüenza –dijo.

E impulsada por una fuerza nueva, confesó cómo había pasado por la vida de cortesana tras un anhelo de reivindicaciones, consolada por la esperanza de hallar al fin alguien de quien recibir consagración recíproca, alguien a quien poder acariciar sin remordimientos ni inquietudes: un amor tan íntimo que purificase el pasado, que no diera tiempo a pensar en él... Ella carecía de las cualidades necesarias al papel que representó en su vida... A veces el éxito nos hace creer lo que no somos... Todas las noches, al acostarse, pensaba: «Mi vida no es ésta; ya vendrá la hora de vivir para mí»; y la vida se le había pasado sin saber... ¡y era tarde ya! ¿Acaso sucedíale a él algo análogo?... Sí; lo decían su silencio meditativo, sus miradas de inconformidad, el pliegue torvo que a veces nublaba su frente...

Un instante, al efecto de sus quejas, Aurelio se conmovió y ella tuvo esperanzas... Pero en cuanto el triunfo quiso sobrevenir, de nuevo la impasibilidad le obstruyó el camino. La entrevista fue larga. Al fin ella le hizo confesar que también él... Y no se pudieron poner de acuerdo, porque ambos deseaban lo mismo.

Aurelio guardó de esta entrevista un recuerdo penoso. De regreso a El Havre quiso entretenerse visitando el puerto, y guiado por un grumete, pensando en Natalia, paseó su hastío por los puentes giratorios, por los almacenes llenos de sacos de café y de pacas de algodón. Cruzóse con una cuadrilla de carboneros que venían de la descarga de un buque, e instintivamente cedióles la acera para no tropezar con ellos. En seguida se reprochó... ¿Hasta cuándo iba a continuar la idolatría de las falsas posiciones? ¿No eran aquellos carboneros, seguros sobre la negra solidez de su oficio, más dignos que él, desorientado, parásito, carne perfumada y

gangrenada de la sociedad?... Hubiese querido volver a pedirles perdón; hubiese querido poner en todos los actos de su vida, hasta en los más pequeños, su alma íntegra, su voluntad de bien. Súbitamente sus ojos se humedecieron; por su recuerdo pasaron, agolpándose, las hazañas que había oído contar de sus mayores; la familia lejana parecíale mejor y más digna de que su prestigio fuera respetado... Y a esa tristeza sucedía el júbilo de sentirse distinto. Su alma era pequeña para contener todas sus ilusiones en la vida que comenzaba. Y hubiera querido que las gentes estuvieran contentas; hubiera querido oír venir de afuera las voces que cantaban en su interior.

El camarero le indicó durante la cena, con aire confidencial, un teatrucho donde podía pasar divertido la noche. Temiendo las horas tediosas en su cuarto o en el salón de lectura, siguió el consejo.

El teatro se llamaba «Brasserie National», y no estaba lejos del hotel. Debía seguir la calle de París, y casi al final, a mano izquierda... Y el camarero guiñaba un ojo, satisfecho de su utilidad.

Aurelio fue. Era una sala llena de humo y de emanaciones alcohólicas, en cuyo fondo alzábase un escenario, en el que se exhibían mujeres y hombres lamentables, ante la lujuria metódica de los marineros. Las canciones, ya melodramáticas, ya cómicas, satisfacían el gusto embotado del público. No era lo triste, era lo truculento; lo picaresco suplantado por lo obsceno; las frases no se insinuaban, se concluían. Y ya al final, para hacer creer en un poco de idealismo, una mujer estrujó entre sus labios pintados un aria de ópera.

Aurelio salió entre la multitud, revueltos el estómago y el espíritu por una misma náusea. Todavía en su cuarta», tuvo que abrir el balcón, porque el a tabaco, a carnes sudorosas y los perfumes fuertes persistían. Mientras se desnudaba recordó que una de las actrices estaba encinta, y recordó también a un hombre que se descoyuntaba como un ofidio, mientras el público permanecía quieto, trémulo y placenteramente aterrorizado, en espera del ruido anunciador de que una vértebra se había roto. Quiso apartar de su memoria todo cuanto pudiera impurificarla, y luego de permanecer un rato abstraído, pensó en Natalia, en su cita del día siguiente. Se durmió tarde y tuvo sueños monstruosos.

El día siguiente amaneció claro. Tenía prevista la angustia de esperar; pero la mañana se fue rápidamente. Cuando concluyó de vestirse, ya eran las doce. La hora que precedía a la de la cita sí le pareció larga...

El camarero, que ya se interesaba por él, le dio con tal justeza la dirección del «Boulevard Maritime», que anduvo perdido largo rato, y gracias a eso no llegó con demasiada antelación.

El paseo era tal como estaba escrito en la carta de Natalia; uno de los lados, abierto al mar, tenía en toda su longitud una baranda que separaba la acera de un talud al comienzo, y de la playa rocosa después. La avenida era pendiente, y desde lo alto, por la acera asoleada, vio Aurelio deambular a los paseantes; las muchachas de gráciles siluetas, los burgueses ventrudos de andar lento y largo discutir; las criadas arrastrando cochecitos con niños; toda la multitud sensible a la alegría de un día de sol, en un país donde el invierno dura diez meses.

Pasó un cuarto de hora..., diez minutos, porque su reloj tenía cinco de adelanto... De todas maneras... Se desabrochó el chaleco para cerciorarse en la carta de la hora y del día de la cita... Sí, era el miércoles, ya debía haber venido... Si venía al fin..., ¿cómo vendría? ¿Sola?... ¿Adónde debía de llevarla? ¿Con qué frase la debía acoger? ¿Hasta dónde debían llegar sus timideces? Ella había escrito que en aquel paseo se encontrarían como por casualidad, como si no se conocieran. Eso era lo mejor... Pero no es fácil imitar a la casualidad, no es fácil olvidar las pocas veces que la casualidad no nos rige. En cuanto sabemos, nos traicionamos... La incertidumbre le angustiaba, le torturaba... Casi hubiese preferido... No; eso no. Volvió a mirar la hora: «Diez minutos, doce minutos más... Si no viniera!» De pronto, allá abajo, entre la fila de gente la vio avanzar llevando al niño de la mano.

En la quietud de la tarde adquiría cada elemento del paisaje un valor substantivo. Sobre la arena correteaban los muchachos, y una paralítica tomaba el Sol hundida en una silla de manos. Ondulábase el mar a partir de tierra, cual si fuera aquella playa el lugar de su nacimiento; y sus tonalidades de color se degradaban con la distancia, igual que las tintas de un recuerdo se decoloran a medida

que los días se suceden. El sol esplendía; el mar resplandecía como debe resplandecer la luz en fusión. Por ambos lados las montañas eran barreras del paisaje; pero hacia el fondo, la extensión prolongábase desafiando a la vista, que hubiera querido ir más allá, penetrarlo todo, curvarse sobre la redondez del mundo. Las barcas se inclinaban con gracia; el triángulo de las velas hacía pensar en el Mediterráneo, y el viento, al hincharlas, daba el temor de una zozobra en medio del acorde de vida que todas las cosas entonaban. Tal vez aquellas velas, vistas de cerca, tuvieran los estigmas del trabajo –suciedad, costuras–, pero perdidas en la lejanía, parecían alas de palomas. A la derecha, casi en el confín del horizonte, una niebla de oro se alzaba desde el mar hasta el cielo, velando perspectivas de nácar, de cobalto, de alabastro, de esmalte. Algunos navíos encaminábanse al puerto, que los esperaba con los dos brazos de mampostería que forman su entrada, tendidos en un ademán de protección. Las estelas-linderos para demarcar propiedades que nunca se han de ver en parecían señalar el camino a los buques que ser sus huellas. La tarde estaba saturada de júbilo. Todo consumía un instante de plenitud. El aire embriagaba como una caricia. El espejo del agua no podía copiar toda la profundidad del cielo.

Desde el balcón, mientras el niño jugaba en la mesa con los terrones de azúcar que sobraron del té, Natalia y Aurelio contemplaban en silencio el paisaje. Ella tenía las manos juntas detrás de la cintura, y él pensó que quizás era inoportuno dejarlas allí„ acariciándose la una a la otra, lo mismo que dos hermanas que esperan... Iba a arriesgar su diestra, cuando Natalia volvióse para preguntarle:

–¿Por qué no me ha contado lo que le dice su mamá en la carta? Esto lo maniató, lo redujo. Súbita, una nube se tendió sobre la ciudad, sobre las montañas, sobre todo, arrastrada por un viento vehemente. El mar tornóse turbio y colérico, y las olas golpearon impetuosas los malecones, como si quisieran escapar del furor que las impelía. Un turbión oblicuo veló el horizonte. Los buques desaparecieron tras la cortina de la lluvia; el cielo tenía toda la gravedad y la color del plomo; el agua parecía pastosa; el ambiente era gris, color de angustia. El huracán hacía cambiar de continuo la dirección del chubasco, suscitando remolinos. Y la tarde gloriosa del

momento anterior, sentíase irreparablemente extinta, separada de aquella desolación por algo más duradero que un minuto, más denso que una nube preñada de lluvia.

Algunas personas entraron a tomar té, forzadas por el aguacero. La camarera iba de un lado para otro, poniendo en un rincón los paraguas, que anegaban el piso. Natalia y Aurelio miraban adolecidos el fracaso del día. De pronto, la lluvia vino hacia ellos y los hizo entrar. Las gotas eran gruesas y tibias.

Aurelio comenzó a dibujar sobre el mármol el retrato del niño. Las líneas fueron poco a poco superponiéndose, complementándose, y masas de sombra que cayeron sobre ellas acusaron dimensiones y relieves; la faz ingenua quedó fijada; luego vinieron los ojos, y fue preciso que el niño se estuviera quieto hasta que la clara mirada, encendida de curiosidad y ya con un desmayo de melancolía, animó con luz de vida el rostro. Natalia seguía la obra atentamente. Su elogio fue sobrio y entusiasta. Era la primera vez que un elogio proporcionaba a Aurelio una emoción más turbadora que la complacencia.

–¡Admirable! Eso no se enseña en las Academias... Si nos vendieran este mármol.

–¡Ah, que usted no ha visto ningún dibujo mío!

El niño se obstinaba en llevarse cl retrato, y se hizo menester toda la dialéctica de Aurelio para convencerlo de que le Tintaría otro mejor, con colores, y de cuerpo entero, montado en un caballo. La oferta del caballo lo venció. A manera de prenda, Aurelio le hizo una pajarita con la servilleta de papel... La nube tempestuosa pasaba... Primero fue un borde azul, luego se agrandó, fue reconquistando instante a instante su predominio, pero no era ya el azul fulgente; la nube, al pasar junto a él, le había quitado su resplandor; y ahora era un azul mate en el que el gris había dejado mucho de su alma. En el mar, borroso, el sol iba a ponerse sin fausto. Apenas si las aguas tenían un leve rubor. Aurelio propuso al niño, que todavía miraba el retrato:

–Pon el gallito cara a la ventana... A ver si cree que va a amanecer y canta su kirikikí.

–Papá, una vez, me compró uno que cantaba y que tenía plumas... ¿Verdad, mamaíta?

Ella lo miró fijamente. El niño depuso la mirada lleno de

turbación, consciente de haber delinquido. Hubo un silencio. Natalia dijo entreabriendo los labios en una sonrisa de perdón:

–Acaba de contar... Aurelio te estaba escuchando...

Y él, repuesto ya:

–No... –continuó–; este gallo no canta. Además, los gallos saben mejor que nosotros cuándo empieza el día.

Salieron. Unas muchachas que los espiaban, se acercaron a la mesa para ver el retrato del niño.

De cada una de sus entrevistas con Natalia Roca salía Aurelio como de un baño. Fue un mes inefable. El concluyó por no hallar anormales aquellos paseos en compañía del niño, aquel platonismo animado por preocupaciones éticas, en el fondo del que, a veces, sentía hasta un físico bienestar. Era un licor de gusto extraño que tenía las heces dulces. Los primeros días, Aurelio quiso luchar, desentrañar el misterio de la mujer, para convencerse de no estar siendo juguete de un refinamiento. Luego se abandonó a la aventura, renunciando a la ilusión de guiar su barca. Si Natalia acrecía su resistencia y elevaba su concepto del deber para gozar la voluptuosidad de agrandar el pecado, podía hacerlo con impunidad. Toda audacia de pensamiento la desarmaba ella con el ingenuo abandono de su trato. «¿Vamos por el camino de Etretat hasta que sea de noche? El último vapor sale a las nueve. Tenemos tiempo»– le propuso una tarde. Y fueron, y al regreso, cuando la sombra bajaba de los montes a ungir la tierra con su silencio de intimidad, ella le cogió por el brazo, le habló de su amor, y de la urgencia de la separación; y las inflexiones de su voz maniataban al demonio de la lujuria; para él no eran incitadoras, eran sedantes. Sumiso a su influjo, Aurelio llegó a poseer la certidumbre de que aquella mano, aquellas palabras, eran una guía que Dios le había deparado para que no volviera a extraviarse. Y se dejaba conducir con la misma confianza que los caballeros en los palacios encantados: sin ver las manos que sujetaban las antorchas, y sin saber de quién era la voz que en los instantes de titubeo les decía: «Este es el camino».

Fue un mes inefable... La Naturaleza es{aba florida como sus almas. Perseguidos por las sospechas de los amigos de Touville, se vieron casi todos los días. El iba a esperarla, y siempre llegaba mucho antes. Cuando veía el vaporcito entre los dos faros de la entrada del puerto, situábase primero en el extremo del malecón,

para verlo pasar, y corría luego para llegar jadeante al muelle antes de que atracara. Ella, desde el puente, alzaba en sus brazos al niño para que lo saludase, y a veces, sin preocuparse de la curiosidad suspicaz de las gentes, se hablaban a gritos, cuando aún el vapor estaba en marcha.

–Tardábamos... ¿Verdad? –preguntábale ella haciendo bocina con sus manos; y Aurelio:

–Mucho. Creí que no iban a llegar nunca. Al desembarcar, él tomaba al niño para besarlo, y Natalia sabía que aquel beso no era sólo para su hijo. Esto un día tras otro, sin decaimiento en el placer de esperar ni en el temor de que llegara la hora de separarse. Un día, Natalia quiso subir a su cuarto, y Aurelio dudó; otro, llegó sola diciéndole que el niño pasaba la tarde con unos amiguitos, y Aurelio volvió a dudar. Pero aquellos días pasaron como todos. Cada tarde, el mismo sol sobre los mismos paisajes tenía un hechizo nuevo. Proyectos... silencios henchidos de compenetración..., blanda monotonía; monotonía fugaz de la realidad, investida a veces con toda la dignidad de la poesía. No hubo rincón pintoresco del Havre que no los viera pasar. Ya tenían encuentros familiares: gentes que les sonreían al cruzarse en el paseo; una tarde oyeron comentar en un grupo ante el que habían pasado:

–Debe de ser una viuda que se ha vuelto a casar.

¡Si esas palabras hubieran tenido la fuerza de un vaticino! Al magnetismo de ellas marcharon largo rato en silencio, ensoñando. Desde donde estaban, la ciudad veíase muy abajo, y era un montón de techos rojizos del que se destacaban algunos campanarios, y, hacia la parte del puerto, las chimeneas de los buques que parecían surgir de la tierra. Natalia sacudió la cabeza. ¿Desechaba una tentación?

–¿Oyó usted? –dijo.

–Sí, oí.

–¿Le disgusta?

–Me disgusta porque no puede realizarse.

–No tiene usted fe; tal vez no tiene usted suficiente voluntad. Yo creo que la mayoría de las cosas que no conseguirnos, es que no las hemos querido bastante.

–Voluntad... Bien lo sabe... Si con la voluntad que me sobra pudiera adquirir fe...

–No es cosa de hacerle otro sermón sobre la fe. Ya he agotado mis argumentos... ¡Incorregible!

El se detuvo para argüirle:

–De todas sus palabras me acuerdo. De las que me hieren, según usted para estimularme, y de las que me acarician con la promesa... Usted me ha dicho que la fe no nace poco a poco, que es necesario despertarse un día lleno de fe... Pero yo sueño una noche tras otra que ese milagro va a cumplirse, y luego me despierto incrédulo... ¿Tengo yo la culpa?

–Es que no cree que va a despertarse con fe.

–Si lo creyera, ya tendría fe y el milagro se habría cumplido antes de dormirme... Pago harto caro mi inconsciencia... Quisiera poderme engañar con el bien como estuve antes engañado con el mal... Usted me ha dicho que es más probable que me espere que que yo me decida a volver. De su boca he sabido verdades crueles, y no lo eran por ser su boca la que las decía... Me iré, Natalia; no tenga miedo... Quiero ensayar el olvido de lo que pasó, renunciar o merecer esa ansia de aristocracia que me ha perdido... Pasaré un año o dos, y volveré después.

–Y si no vuelve...

–Sí, ya sé lo que va a decir; si no vuelvo, usted habrá hecho una obra de caridad... Pero volveré; me quiero ir porque quiero volver... Volveré habiendo roto este pedazo de mi vida que voy a extirpar como un miembro insano. Mi vida será de este modo más corta, pero será mejor... Bien sé que no haré fortuna allá... No, ya sé que eso no le importa. Y cuando vuelva, sabré afrontar todas las esclavitudes del jornalero... El tiempo habrá pasado... Yo seré otro, y puesto que la fórmula establecida no es lo que la cohíbe, viviremos juntos, y usted confiará a mi trabajo el capital ya que para ganar dinero se va haciendo preciso tenerlo–, y me lo confiará segura de no poner algo del porvenir material de su hijo en manos de un hombre que para parecerse a su marido.

–¡Calle! ¡Calle!

El hubiese hablado más ; su elocuencia era balbuciente, pero tenía la llama de la voluntad, la llama del corazón, y esto la hacía persuasiva. En esos momentos hubiera querido partir, llegar al país distante ¿qué iba a hacer allá La incertidumbre obligábale a detenerse. Veía ante sí las rutas de todas las profesiones como

brazos abiertos, y, sin pensar que a veces esos brazos oprimen hasta dejar exangües a quienes a ellos se confían, el movimiento de acogida con que se le representaban aquellos brazos dábale arrestos nuevos. Y, exaltado, sintiendo en su alma la fuerza de un sugestionador de destinos, hablaba, hablaba... hasta que, de pronto, el timbre de su voz sonaba extrañamente en su oído, y, turbándose igual que ante un testigo inoportuno capaz de desmentirle, tenía que callar.

Una tarde Natalia no llegó. Aurelio estuvo en el muelle hasta ver atracar dos vapores después del que debía conducirla. Desde el extremo del malecón veíase Trouville albear sobre la costa. El mar apenas estaba rizado; el aire tenía la ternura de una caricia maternal; los vapores traían más viajeros que habitualmente. Todo cantaba una invitación al viaje, y las barcas, sobre el bruñido azul de la bahía, balanceábanse con la intranquilidad de un deseo... Mientras esperaba, Aurelio iba rechazando todas las hipótesis, una a una, luego de torturarse con cada adversa suposición. Entre la llegada de uno y otro buque, iba al sitio más eminente del muelle para escrutar la lejanía. Trouville recibía imperturbable la interrogación de su mirada. Un pesquero entraba suavemente; la vela, flácida, no lo impelía ya, y un marinero, de pie en la popa, hacíalo avanzar con un solo remo; los peces rebrillaban en el fondo de la barca, cubiertos por la red; sobre un rollo de cuerdas ladraba un mastín a la tierra cercana... Nada en la tarde podía permitir un mal presagio; el aire, ilimitado, era tan claro como un brillante... Y algo debía, sin embargo, pasar allá; alguna traba muy recia debía retenerla, cuando ni en los dos días de mal tiempo faltó a la cita. Allí estuvo tres horas sin agotar la esperanza de verla llegar, sospechándola en cada mujer que se inclinaba sobre la borda de uno de los buques que venían de Trouville. Los viajeros y los marineros lo vieron toda la tarde en el muelle. Una vez quiso regresar al hotel, y ya a medio camino se reprochó su escasa paciencia; fue otra vez a medir con sus pasos la longitud del malecón. Perdió la esperanza cuando Trouville se difuminó entre la bruma del crepúsculo. En el hotel halló una carta. El niño estaba enfermo, y ella, al mismo tiempo que lo tranquilizaba, decíale la inconveniencia de ir a verla. «Serían un par de días, tres o cuatro acaso, de separación, y tras ellos, la vida normal volvería a

comenzar otra vez. ¿Acaso no era favorable un aprendizaje de separación» Por la insistencia del ruego comprendió Aurelio que algo más de lo confesado ocurría. Enfermo de temor, no tuvo fuerzas para suponer nada. La luz comenzaba a decaer cuando se embarcó. No iba dispuesto a entrar en la casa... Sí, sabría conformarse... No subiría de ningún modo... Sentóse en uno de los bancos de cubierta, lleno de intranquilidad y de cólera; de vez en cuando, él mismo pretendía calmarse, pero la mirada fulguraba siempre con el mismo rigor, y el mentón voluntarioso echado hacia adelante hacía dura su fisonomía. Hizo el viaje junto a dos cocotas que iban a perder con los caballitos del Casino lo que habían ganado con los hombres. Las oyó hablar alto, insinuar una demanda de alianza... Una de ellas fingió mareo, pero él no llevaba frasco de sales ni buen humor.

Desde lejos, Aurelio vio las luces de Trouville rutilar, y lentamente el muelle de hierro, semejante a una tela de araña rectilínea tendida sobre el mar, fue destacando sus dos pisos. Cuando desembarcaron ya era de noche... La estela del vaporcito fosforescía; el haz de luz del faro giratorio de El Havre obligaba a pensar en una mirada luminosa que fuera recorriendo uno a uno los puntos de una inmensa circunferencia; luces rojas destellaban a lo lejos, sobre el puerto, sobre el mar. Con el temor de ser visto, subió la escalera mezclado a un grupo de viajeros. Acodado en la baranda, cerca del extremo del muelle, Sebastián estaba solo, tan distraído, que no vio a Aurelio pasar ante él. Un momento, Aurelio fluctuó entre solicitar su ayuda y pasarse sin ella... Ya era inútil: Sebastián venía a pasos resueltos hacia la salida. Tuvo que hablarle:

–¿Qué hace usted tan solo en esta obscuridad?...

–¿Usted por aquí ? Usted será, al menos, mi amigo.

–¿Yo?... Sebastián... Precisamente en nombre de nuestra amistad, quiero rogarle que nadie sepa que estoy aquí.

–No, no.

–Nadie... ¿verdad? Confío en su hidalguía de español.

–Nadie, Aurelio... Además, no tendría a quién decírselo ...Ya no tengo amigos; me han abandonado, me han calumniado, querido Aurelio... Al fin, toda esa gentuza son franchutes... nada de señor y señora Craud: *musié* y *madama* Craud a secas... Unos cualquieras, Aurelio... De usted hablan pestes; y han pretendido que yo, yo que

casi he visto nacer a la niña... ¡Si no fuera porque!... los despachurraba. Un español es incapaz de eso, y yo soy español. De mí se han reído porque en la estación de Burdeos pedí una botella de Rioja.

Aurelio sacó de estas palabras, desengañadas y vibrantes, una historia que pudo completar después. Supo que habían sorprendido a Sebastián en la escalera acariciando a la hija de los Craud, y que la señora, indignada ante la pretensión del marido que intentó en el primer momento disculpar, propuso, implacable, este dilema: a Renunciar a la amistad del *sal tipe* de Sebastián, o a toda ayuda pecuniaria para proseguir la reclamación de la herencia del almirante. Ella estaba segura de que Sebastián era el instigador de su marido, quien lo lanzaba a todos los horrores de *la calle*. Monsieur Craud puso en la balanza de su egoísmo la vieja amistad de Sebastián, sus diez años de correrías a caza de modistas, su discreción, la ayuda de sus puños rotundos como dos argumentos, la aureola de españolismo con que su compañía lo nimbaba..., todo. Pero en el otro platillo de la balanza cayó la perspectiva de una vida sórdida, y Sebastián fue sacrificado. Al día siguiente de la ruptura, monsieur Craud pensó enternecido de conmiseración en Sebastián; lo supuso solo, sin saber una palabra de francés e incapaz de aprenderla –pues era débil de carácter y testarudo; lo vio descentrado, perdido, sin otro recurso que vivir en la hostilidad de París o retirarse al único sitio donde ya no podría ser español con la misma exuberancia: a España. Y entre el amargor de este recuerdo y el de dos vasos de cerveza, monsieur Craud, para quien la Filosofía tuvo siempre incentivos casi sensuales, pensó que el infeliz Sebastián, perdiendo en un segundo de arrebato concupiscente la muelle existencia de diez años, era un símbolo a la vez dramático y grotesco de la humanidad.

–*Cet Sebastián c'est une parabole, une fable*, dijo; y en seguida, acordándose de que debía ser español: –Es lástima que mi mujer se haya puesto así...

Y siguió bebiendo.

VII

–No, no debió venir.

–No debí venir, y he venido... Perdóneme.

–Siempre la duda.

–La duda no, Natalia.

–Sí.

–El ansia de verla... de ver al niño. ¿Por qué su carta no fue más explícita?

–Explícitamente le dije que no debía venir.

–Quizás hizo mal en decírmelo.

–¿Ve usted cómo es la duda?

–¿Es un reproche?

–Una súplica... y un reproche si quiere...

Usted me ha hecho descubrirme y usted se esquiva; usted me levanta, me hace suponer que cuando me haya redimido seré digno de poseerla, y ahora que empiezo a sentirme limpio de alma, me escribe enigmáticamente, me recibe con despego... Lo que me ha hecho hoy no está bien.

–No, ahora miente a sabiendas: con despego, nunca. Por nuestro bien, no debió venir.

–Me iré... me iré. Verla así, fugitiva, extraña, es peor que no verla.... Me iré; déjeme besar al niño y me voy.

–Siéntese... Hablaremos bajo para que no se despierte; tiene fiebre... El también le ha echado a usted de menos... Siéntese, y no dude de mí. Tal vez cuando más lo lastimo, es cuando lo quiero más.

–Y me lastima bien, con saña... ¿Por qué me lastima?

–¿Acaso podría hacer otra cosa?... No me obligue a hablar; dispénseme de la mortificación de revivir mis sinsabores al contarlos. Hoy he vuelto a sufrir..., a temer. Estoy loca... Bástele esto. Si puede suponer lo demás, no me obligue a decírselo... ¿Qué importa un detalle más o menos?

–Sí... perdóneme... No quiero saber.

–¡Gracias!... ¿Por qué no es usted siempre así? Muchas gracias, Aurelio.

–¡Oh!, si usted supiera cuánto me he mortificado abajo, mientras

esperaba, queriendo adivinar cuál era su balcón, queriendo adivinar qué ocurría tras de los cuadros amarillos e impasibles de las ventanas... Le juro que, cuando vine, no pensé subir... No tengo disculpa. Al subir, sé que he hecho mal, y he subido despacio, repitiéndome en cada uno de los escalones que no hacía bien.

–Bueno, ya está aquí... Le disculpó, casi se lo agradezco...

–La duda es arma de dos filos, Natalia, que hiere más a quien la esgrime que a quien la provoca.

–¡Pchs!... Hable bajo; la puerta de este saloncito da a la escalera... Mejor es que pasemos a la alcoba. El niño no se despertará.

Al entrar en la alcoba, Aurelio fue estremecido por una sensación carnal. La alcoba de una mujer joven es siempre brasa donde se encienden los deseos. La temperatura era tibia como un aliento. Junto a la cama de madera, separada de ella por la mesa de noche, estaba la camita del niño. Sobre la mesa había un libro abierto y una cuchilla para partir las páginas.

Aurelio se sorprendió al no ver ninguna enseña piadosa: las paredes estaban desnudas; ni estampas, ni imágenes, ni siquiera la forma austera de un crucifijo. Los ramos de flores que repetían en el papel de los cuatro muros, simétricamente, sus fragancias amortiguadas por el tiempo y el polvo, eran más luminosos en un trozo de muro donde debió haber mucho tiempo un cuadro. Todo era sencillo, casi humilde; todo hubiera tenido el ritmo sosegado de la respiración del niño, si la cama de ella no estuviera allí proclamando cínica que todas las noches recibía su cuerpo, que guardaba tal vez el recuerdo plástico de su forma, con la misma voluptuosidad de la almohada, donde la huella de su cabeza tenía el incentivo de una insinuación... Quizás fuera fascinación de los sentidos; pero aquella cama emanaba un efluvio, punzante como una mordida, que emponzoñaba deliciosamente todo, obligando a abrir las manos, a entornar los párpados, a vibrar las aletas de la nariz... Tuvo que hacer un doloroso esfuerzo; los músculos de su voluntad se congestionaron... Alcides no superó nunca la flexión que hizo Aurelio Zaldívar al inclinarse sobre la camita y poner los labios resecos en la frente del niño.

–¿No es verdad que parece un ángel?

–Es el Agostino di Duccio de Donatello.

–¿Y es bonito ese ángel?

–Mucho... Si tuviera papel aquí...

–No. Un retrato así me daría miedo.

Contemplaron largo rato al niño, que se movió, como si sintiese las miradas. Impetuosamente, pero tímidamente, Aurelio preguntó:

–¿Y las amenazas han sido que la otra vez, Natalia?

–Más concretas; razonadas casi.

–¡Oh, si yo pudiera!... Cuénteme, cuénteme.

–¡Aurelio!

–Sí... Acabo de decirle que no quiero saber, y la curiosidad me sale a los ojos y a los labios... Es la indignación... es la ira, Natalia.

–No quiero verlo así... Serénese... Hablemos bajo, que pueden oírnos.

–¿Tanto miedo tiene?

–Nuestros paseos son comentados. Él lo sabe todo; mejor dicho, él no lo sabe todo, y eso es lo peor. Algún amigo tiene en la casa. ¿Monsieur Craud, Sebastián? No sé. Conoce su nombre, Aurelio, y nos espía. Usted no sabe de cuánto es capaz... Debe hacer ya tiempo que está aquí; sin duda hemos pasado muchas veces cerca de él... ¡Tengo miedo, Aurelio! Miedo de perder a mi hijo. Hasta hoy no ha tenido pretexto para exigírmelo; el día que lo tenga...

–¿Y para qué querría quitárselo?

–Para reducirme a perder a mi hijo o a unirme a él otra vez por conservarlo; para obligarme de todos modos a morir.

–¿No lo odia usted?

–Le temo.

–Yo le odio como no he odiado a nadie... Cuando pienso en él, soy cruel.

–¡Ah, y usted no lo conoce!

–No lo conozco, pero sé que nadie que tenga sus ojos o su figura o su nombre... Nunca sabrá usted cuál es la fuerza de este odio. Me repele y me atrae. Sin conocerlo he soñado muchas veces que nos encontramos... No hablemos más de él, me hace mal... Yo necesito irme, Natalia.

–¿Verdad que sí?... Ahora yo no me hubiera atrevido a pedírselo... Gracias.

Llamaron a la puerta, y ambos se pusieron de pie. Las dos miradas se encontraron, plenas de certidumbre.

–¡Es él!

–Sí... debe ser... ¡Por Dios, Aurelio!... Sólo su prudencia puede salvarme.

–¡Estaba en acecho!

–Siéntese... Es temprano, y yo soy libre de recibir visitas... Tal vez no sea él... Quédese tranquilo aquí; le prohíbo moverse; le ruego que no salga por nada...

–Vaya... Han llamado otra vez.

Natalia salió. Aurelio quedó allí trémulo, como si tuviera miedo. Súbito desfallecimiento le corría a lo largo de los brazos, matando toda fuerza; los pies titubeaban bajo el peso del tronco; se tuvo que sentar; sentíase demudado; sentíase capaz lo mismo de esconderse, que de salir, de tolerar, que de retar. En vano quería estar tranquilo ...De la estancia contigua el diálogo llegaba en un susurro que en seguida creció, hasta detallarse. Una voz suplicaba, otra exigía. De tiempo en tiempo, la voz doliente demandaba sigilo. Las palabras se percibían con claridad: «–Habla bajo; tengo visita...; nadie tiene necesidad de oírnos... Vuelve mañana y te daré algo...» Pero la otra voz lo exigía todo, y lo exigía groseramente, con sarcasmo, con procacidad, segura de la oportunidad del momento. Aurelio temblaba, temblaba, y pedía: «¡Que no la insulte, que tenga la prudencia de no insultarla!»... Pero él la insultó.

Natalia no pudo contenerlo. Fue un salto, el tiempo en que una voz profiere una injuria. Sin saber por qué, ella apagó la luz. Los dos hombres bajaron vertiginosamente la escalera, uno en pos de otro, sin gritos, con esa Sobriedad trágica de la acción. Había un perseguidor y uno que huía.

El intento de Natalia al interponerse, bastó para establecer una distancia entre ellos. Pero, ¿cómo prever lo que esa distancia podía acortarse o aumentarse en la espiral alucinante de la escalera? Sintió que los adversarios trasponían la puerta de la calle, y tuvo miedo de asomarse a la ventana. Sentía en su boca el sabor de la sangre; un fulgor cárdeno o el relámpago de una estocada dentro de sus ojos; una detonación y un grito de angustia en los oídos. Su afán anticipaba las sensaciones... Así, con aquella persistencia del horror, debía comenzar la locura; debe, así, haber un instante en el que la razón, como un ciego ebrio, fluctúe sobre el sendero angosto, dándose cuenta de la trascendencia de cada paso y bamboleándose,

ya al lado del camino, ya al de la sima.

Inclinada en el rellano de la escalera, Natalia Roca vivió uno de esos minutos fabulosamente elásticos que encierran todos los atributos de la vejez: experiencia, canas. No había oído a su hijo que de pie en el lecho la llamaba con voces de terror. Y al entrar, antes que a su cuerpecito aterido, sus ojos miraron con espanto la mesa de noche, de donde faltaba la cuchilla de abrir los libros.

Recordó el filo resistente de la cuchilla, y la vio manchada de sangre. Era una sangre densa, acre, cálida, embriagadora, que le salpicaba las manos, el cuerpo, las pupilas; que estrechaba su cuello con la cinta roja de un dogal y se extendía después en su conciencia con la implacable lentitud de una mancha de tinta en un papel secante.

La puerta había quedado sin cerrar. Aurelio entró y se derrumbó sobre un sillón. Natalia no tuvo energía para preguntarle, y cuando presintió que dejaba en un ademán de disimulo, junto al libro, la cuchilla, un pavor incombatible se adueñó de ella, y cerró los ojos. ¡Oh, si hubiera podido permanecer así! Pero era preciso ver, era necesaria una certidumbre... Entreabrió los párpados y suspensa de miedo concretó la mirada en su falda; luego, muy poco poco, la fue extendiendo a lo largo del muslo, por la pierna, por el suelo, por la pared, hasta la cama... Allí, sus ojos volvieron a cerrarse... Y de súbito, en una gran resolución, volvió la cara hacia la mesa de noche y los abrió desmesuradamente para que pudieran abarcar toda la verdad...

Sobre la mesa, la cuchilla reflejaba en su lámina inmaculada la luz de la lámpara. Natalia sintió que una vasta tranquilidad sobrevenía para ella, y miró a Aurelio sin querer, sin comprender... Y hubo un largo silencio.

El quedóse ensimismado; las manos juntas y colgantes, entre las piernas; inclinado el cuerpo, exhausto y tembloroso, como si tuviera miedo otra vez; ya con una obscura consciencia de «lo que había podido pasar». Frente a él, sin una interrogación, sin un reproche, sin una frase de gratitud, el alma ausente y aun la sonrisa involuntaria en los labios, Natalia lo miraba. Hasta la luz estaba absorta... El niño había vuelto a dormirse, pero ciegos sobresaltos agitaban intermitentemente su cuerpecito. Y aquel temblor, que parecía preceder una actitud eterna, fue el único movimiento que

durante una hora luchó contra la quietud de la estancia.

Don Juan Antonio Méndez le envió en un sobre algunos billetes de Banco y una carta en la que, luego de varias frases de afecto, se convidaba a almorzar con él. Vendría a buscarle a su hotel, y luego, si Aurelio quería, irían juntos a Caen. Natalia Roca y otros amigos estaban allí con ocasión de un concierto de beneficencia. Había en la carta esa sencillez que saben poner en la caridad los hombres para quienes el bien no es usura, ni cepo de la gratitud. No ignoraba don Juan Antonio que él y Natalia tenían que hablarse, y le indicaba la ocasión. Y todo sin confidencias, sin consejos, sin que nunca manifestara una palabra el estar enterado o el deseo de saber.

Cuando llegó no hizo alusión a la carta en que remitía a Aurelio el último dinero. Sólo al final de la comida, mientras aguardaban el café, dijo con apariencia de distracción:

–El otoño viene... Usted encontrará mejor tiempo allá.

–Sí... Uno de estos días haré la maleta... Estoy impaciente; me parece que alguien me espera allá.

Y ninguno de los dos hubiera podido decir con exactitud dónde era «allá». América tiene sobre las otras partes del mundo, quizás por su juventud, quizás por su hospitalidad, ocasión de oír su nombre genérico de continente aplicado a porciones de su territorio que tienen nombres propios. América ha sido durante muchos años para los pobres un áureo misterio, del que no sabrían decir las magnitudes: misterio de oro y de esperanza que comienza ¡ay! a mostrar junto a las vetas ricas las llanuras de desilusión. «Allá» era América, y Aurelio y don Juan Antonio Méndez iban pensando en ella, sin tener idea concreta de ningún país, mientras se dirigían al vapor que debía llevarlos a Caen.

Varias veces estuvo tentado Aurelio de preguntar a don Juan Antonio algo acerca del marido de Natalia; sentía una necesidad morbosa de saber detalles de su vida, detalles físicos de aquella silueta vista de noche, en el raudo tropel de la fuga... Pero el temor de ser indiscreto con aquel hombre Fara quien la discreción era un culto, lo contuvo. Durante los minutos que precedieron a la partida, siempre retrasada por viajeros tardíos, Aurelio miró el puerto, con

cuya fisonomía estaba ya familiarizado. Ningún detalle había sido añadido, ninguno faltaba; la ancha perspectiva gris hacia el mar, los puentes de hierro, las esclusas, la confusión de chimeneas y mástiles hacia tierras y siguiendo una recta a lo largo de los malecones, la línea musgosa que acusaba el nivel máximo del agua. Y a pesar de ver sucederse inmutables todos los detalles de todos los días, el alma de Aurelio encontró en el paisaje un acento nuevo y desolado. Sentíase en un puerto diferente; esto le produjo una emoción que primero fue curiosidad, luego extrañeza, después, al fundirse los elementos comunes de esos dos estados, melancolía.

Pensó que no volvería a ver el otro puerto nunca más, y, con resignación agria, su espíritu le hacía encogerse de hombros. Su otro puerto era el de los días en que la idea del viaje estaba borrada en su memoria; el puerto de aguas tranquilas, de largos y risueños reflejos durante las noches; el puerto donde tantas veces había gozado la intranquilidad de aguardarla, y por el que una tarde de lluvia, sin darse cuenta de que se mojaba, había paseado lentamente, poseído por una ilusión de primavera. Y estas sensaciones se aguzaron más cuando el vaporcito desamarró del malecón, y, hendiendo el mar, fue dejando atrás los faros, las boyas, la rada; cuando en la distancia, el puerto sólo fue una raya que se hizo tenue, que se esfumó, que desapareció.

Llegaron a Caen más tarde de la hora indicada en el itinerario. Y tuvieron que ir del muelle al concierto, sin pasar por el hotel. Natalia, acompañada por una familia no conocida por Aurelio, los esperaba impaciente. Don Juan Antonio se disculpó:

–Hemos traído mala mar... Casi una hora de retraso... El mar no es galante... Les presento a mi buen amigo Aurelio Zaldívar, que no sabía qué hacer de la tarde... Usted lo conoce, Natalia.

–¿Es usted aficionado a la música preguntó una de las señoras–, y sin darle tiempo a responder:

–Va usted a oír la segunda sinfonía de Malher, que dicen que es desconcertante, –completó.

–Duda... Pero no duda que la ofenda. Algo más que la indisposición del niño nos ha separado hoy. Comienzo a conocerla ya... Algo nos ha separado... no sé qué, y, sin embargo, temo. Con sólo mirarla cara a cara, comprendo que me engaña, que nos vamos a despedir pronto, y que de nada suyo, ni siquiera de Su confianza,

he sabido posesionarme.

–¿Por qué no me ha obedecido? ...Usted prometió obedecerme.

–Usted me prometió también...

El hubiera respondido que era profano en música, cuando la salida del director de orquesta alzó un murmullo precursor de silencio. Era un concierto de caridad, en el que Harold Bauer había tocado, antes de que don Juan Antonio y Aurelio llegaran, fragmentos de Domenico Scarlatti y «En Languedoc», de Deodat de Severac; una de esas fiestas benéficas en que las gentes ricas gustan quitar a la tercera virtud teologal cuanto tiene de austero y de humilde.

Aurelio quedó sentado lejos de Natalia. Sus ojos le preguntaban cosas tan prolijas, que a los ojos de ella les era imposible responder. Don Juan Antonio se inclinó para hablarle al oído:

–¿Es usted hombre de voluntad, Aurelio?

–Sí... creo que sí...

–¿Por qué me lo pregunta?

–¿Si yo exigiera de usted un esfuerzo de voluntad?...

–Lo haría.

–Permanezca todo el concierto sin mirar a las plateas que están detrás de nosotros.

Por un movimiento instintivo, más rápido que la consciencia de su promesa, Aurelio giró la mirada, y en el fondo de un palco vio unas manos llenas de sortijas, un rostro rasurado que le sonreía: era Míster Velits. La emoción fue tan viva, que le obligó a poner de pie. Don Juan Antonio lo hizo sentar. Ni Natalia ni las señoras advirtieron nada...

El silencio era total en la sala cuando la orquesta comenzó. Todos sus recuerdos aciagos, y toda su idea del deber, se fijaban en el pensamiento de Aurelio, y la música iba removiendo sus memorias, excitando sus ansias, turbándole con sensaciones casi filosóficas... La sinfonía tal vez fuese ardua para oídos viciados por la melosidad de esos señores, cuyos prototipos actuales son Masenet y Puccini; pero a Aurelio, que, en problemas de arte no tenía otra norma que la vibración de su sensibilidad, aquella música lo esclavizó en seguida por su pujanza, por su convicción, por la avasalladora elocuencia con que cada uno de sus instrumentos se asociaba a los otros en el discurso musical... No era esa melodía

sedosa, tan geométricamente iniciada, que su fin tiene que encontrarse con su comienzo, luego de recorrer la curva de la vulgaridad. Aquí, si había seda, era la seda ya magnificada de un adorno, no la seda bruta arrollada en la pieza por el tejedor...

La voz poliforme de la orquesta cantaba siguiendo un ritmo interno; gritos diferentes decían la misma pauta, el mismo sentimiento. De cuando en cuando un temblor recorría por grupos toda la cuerda y tenía un grave eco en los contrabajos... Disonancias inesperadas clamaban la resistencia de la pasión; intervalos armónicos, sextas y terceras sabia y potentemente combinadas, cantos discordes de los clarinetes; era ese desconcierto exterior que tienen a veces las acciones de los hombres muy reflexivos. Los violines esbozaban una frase que las trompas les arrebataban en seguida; la flauta insinuaba un tema bucólico; otro tema augusto y lento surgía en los oboes, y al nacimiento de su majestad los violines, las trompas y las flautas se sometían, y apoyaban con un acompañamiento que iba degradándose hasta parecer un sueño del oído, el canto solemne que poco a poco iba dominando todo... El Cálido son de los violonchelos intervenía; timbres diversos ganaban los primeros planos de las cadencias; y ya al final, cuando los oboes, sobreponiéndose con una modulación casi humana, contrapuntados por los cornetines, por los trombones, por todo cuanto es bronquedad en la orquesta, parecían resolver triunfalmente la idea generatriz, una voz de barítono se alzaba de pronto, y sobre el trueno amainado de los Cobres y sobre el largo lamento de las violas, cantaba, renovando la emoción de la IX Sinfonía de Beethoven, las palabras del salmista: «Atravesó la iniquidad, pero no habitó en ella». La voz era patética, sombría, sollozante... Los cobres prorrumpieron en un fragor bronco y sentimental. Y en ese momento el director, con los brazos rígidos y abiertos, para mantener aquel acorde álgido, visto de espaldas, parecía una cruz.

El alma de Aurelio tenía en aquella hora el mismo tono exasperado de la música. Al igual de los violines, deseoso de alcanzar una nota sobreaguda limpia como una aurora, su ambición, íntegra en el deseo de perfeccionarse, presentía «allá» cimas puramente aireadas. Era aquí el ambiente mefítico, las tierras fangosas, las pérfidas piedras movedizas suspendidas sobre el abismo...

Salió del teatro mirando al suelo, lleno del temor de tener que cruzar la mirada con aquel hombre. Al pasar cerca de él, para coartarle toda tentativa, tomó el brazo de Natalia, que lo miró azorada, sin atreverse a desasirse. Llegaron al hotel y entraron en el salón. Las otras señoras subieron a la pieza que habían tomado entre todas para tener dónde arreglarse.

Caía el día, y una penumbra gris velaba los ángulos del salón. Sentáronse cara a cara, separados por la gran mesa cubierta de periódicos. Natalia no sospechaba lo que ocurría en él; atribuía su descontento a los incidentes que los alejaban. Los dos creían que aquella entrevista, ya dificultada dos veces por la persecución, iba a ser larga. Y no sucedió así. Ella no supo hasta mucho más tarde que Aurelio estaba en uno de esos instantes de sensibilidad y decisión en que una palabra tiene toda la convincente fuerza de un discurso.

–¿Está usted enfadado?

–No... Sufro.

–Yo también... El no ha vuelto, y temo... Lo presumo cerca ; tal vez esté aquí... Usted no lo conoce... Ya ve, no me atrevo a salir sin el niño; no me atrevo a soltar su manita, y cada persona desconocida que se me acerca me hace apretar su bracito, apresurar el paso... Creo que todo el mundo viene a quitármelo... Y estoy loca.

–No, si yo comprendo... Si tiene razón.

–Hizo usted mal la otra noche; él puede vengarse... Es necesario que no nos vuelva a ver juntos.

–No nos verá.

–¿Por qué ese tono? No sea injusto conmigo, no venga a añadir una espina... Su actitud lo ha desconcertado, pero él volverá.

–¡Oh, si siquiera viniera en seguida!

–¿Y no teme por mí?

Una señora entró, y luego de dirigir al niño, que miraba las ilustraciones, un cumplimiento fútil, volvió a salir.

Los dos se habían quedado silenciosos, meditativos. Aurelio vio en la contracción de sus cejas que algo decisivo pensaba y le preguntó:

–¿Qué?

Y ella, como si Aurelio hubiera estado oyendo sus pensamientos, los continuó en voz alta, exaltada, sin preocuparse de repetir el origen de la idea:

–...Y aunque yo descendiera a eso; aunque, igualándome a Mme. Luzis, no por simple deseo como ella, sino por amor, por egoísmo, le ofreciera la vida material a mi lado..., usted no debe aceptarla. Porque entonces se rebajaría usted, sería un cualquiera, y aunque mi amor me cegara, el mismo afán con que me vendaría los ojos nos amargaría todo... Yo lo haría... yo lo hago si usted duda de mí... Puede escoger: mi fortuna no es nada..., puede quedarse, puede ser mi querido, puede ser un canalla, y yo lo adoraré lo mismo... No, Aurelio, sea fuerte; no siga mi ejemplo de debilidad... Váyase.. Acuérdese de lo que usted piensa de mi marido, de lo que yo le he tolerado decir de él... Y él es así, porque hace años, cuando aún era tiempo, no supo ser fuerte.

Hablaba entrecortadamente, sin alzar la mirada. Toda la lucha de su espíritu en el contraste de sus ojos con sus palabras, a veces crudas, a veces acariciadoras... Aurelio sintió que aquellas palabras lo dignificaban, lo impelían. Con apresuramiento echó a andar y desapareció tras la puerta sin volver la cabeza, atormentado y resuelto.

El niño no separó la vista de las ilustraciones Natalia quedó sola, y como todas las mujeres, luego de realizado el esfuerzo de la heroicidad, tuvo miedo de su fuerza y lloró sin inclinar la cabeza, sin sollozar, como si el llanto fuera el estado normal de su rostro; lloró esas lágrimas que ni siquiera son violentas, porque el corazón sabe que simbolizan un dolor que es eterno, que es irreparable, tal vez fecundo...

Entró un criado y encendió la lámpara.

Tenía prisa de partir. Don Juan Antonio le hizo saber que Míster Velits había pretendido hacerle intermediario de una reconciliación. El vapor para New York tardaba tres días en salir y era el primero que partía para América. Tomó pasaje decidido a pensar en la ciudad norteamericana, el país latino en que fijaría su residencia. Si el primer buque ido al Cabo de Hornos, lo habría tomado con presteza igual. El quería partir, partir, vencer las tentaciones, poner el mar entre su deber y las asechanzas de su antigua vida que volvía a salirle al paso. Tuvo que cambiar de hotel, porque por cada correo le llegaban cartas de Míster Velits. La primera la abrió sin

sospechar; era una carta llena de promesas, de añoranzas cínicas que lo indignaron, que lo atemorizaron. Tenía necesidad de partir, de dejarlo todo. Ahora sí que su voluntad era firme. En los tres días, ni una sola vez le tentó la idea de ir a Trouville. Llegó el sábado; la pleamar era a media noche, pero él fue desde muy temprano al buque, fondeado junto a un inmenso cobertizo donde los cargadores, hasta un momento antes de la partida, ponían los cajones en las grúas y cantaban una canción de ritmo isócrono y largo para aunar sus esfuerzos. Enormes lámparas eléctricas esclarecían el cobertizo, y, luego de suscitar resplandores áureos en un montón de lingotes de cobre, los rayos de luz se perdían a lo lejos, sin lograr combatir victoriosamente a las sombras... En el fumador, Aurelio escribió a Natalia, a don Juan Antonio, a Mme. Luzis y a los Craud, enviándoles un recuerdo; cuando ellos recibieran aquellas tarjetas, al parecer iguales para todos, ya él estaría lejos, salvado; escribió también a Nors y una extensa carta a su madre. Hubiera querido enviarle una postal a Sebastián, pero ignoraba su paradero. Don Juan Antonio le contó que luego de habérsele visto muchos días pasear, ya taciturno, ya airado, blandiendo su tremendo bastón de alcornoque, había desaparecido sin despedirse de nadie.

Cuando concluyó su correspondencia, descendió al camarote; quería dormirse para no saber el instante de la salida. El ruido de la máquina, el chirrido de las grúas, los pasos acelerados en el corredor y esos crujidos pavorosos que parecen minar siempre los tabiques de los navíos, ahuyentaron al sueño. Sintió las primeras paletadas de la hélice... Habíase acostado para no presenciar aquel momento, pero la sensación se agravaba allí, en el encierro, con la luz macilenta, con el vago olor de alquitrán, obsesionado por la ventanilla redonda, al través de la que sombras y reflejos cambiaban de sitio. Se vistió de prisa y subió al puente. El vapor viraba para entrar en un canal que debía conducirlo al ante-puerto. Sobre los altos mástiles metálicos, las luces apenas turbaban la obscuridad de la noche; en el mar, las llamas amarillas tenían temblores de cirio, y los polícromos reflejos de las señales no eran alegres... Todo iba pasando a los costados del buque, ante el cual puentes de hierro se abrían con lenta y oleosa facilidad.

En el fondo de un dique, hundidos en la sombra, dos navíos,

recostados uno contra el otro, daban una sensación de desamparo... Al fin el buque entró en el antepuerto remolcado por un vaporcito que jadeaba, y la marcha se aceleró. De repente, los arcos voltaicos suspendidos sobre los mástiles se extinguieron, y en las tinieblas el buque parecía un monstruo receloso tratando de salir de un dédalo. Las masas sombrías de los muelles pasaban ante las miradas de los pasajeros, que ya se aventuraban en las primeras confidencias; luego desfilaron las calles, acusadas por dos hileras de luces que iban a perderse en el corazón de la ciudad; después pasaron los últimos malecones, el semáforo, los dos faros rojos de la entrada... Y todo se fue desvaneciendo en la noche. Las luces de los pueblecitos parpadeaban en la costa, distantes. ¿Cuál de aquellos grupos de puntos luminosos sería Trouville?... El remolcador abandonó al trasatlántico, que libre ya de todo temor, acrecentó su velocidad, y la sirena llenó la noche con su lamento trémulo, poderoso y largo.

Aurelio había apoyado la cabeza contra la baranda de la cubierta. Unos pasajeros que pasaron junto a él, dijeron:

–Muy pronto se ha mareado ése.

Y Aurelio lloraba.

En Trouville, desvelada en el lecho, Natalia sintió el adiós emocionante de la sirena, y por uno de esos relámpagos de certidumbre que iluminan a veces el alma humana, comprendió que su voluntad se había cumplido..., ¡que se había perdido ya!

Intermedio

¡Viajero, viajero... no te obstines! Deja perder los recuerdos ingratos en el extremo de la estela; no anticipes tu llegada al porvenir, hacia el cual vas siempre harto de prisa... Ensueña y reposa, viajero: un largo viaje es lo mismo que una convalecencia.

No es cierto el principio de Arquímedes: en el mar el fardo de nuestras preocupaciones se aligera inconmensurablemente. Un asesino debe sufrir menos remordimientos, un poeta debe recibir inspiraciones más fragantes, un niño debe ser aún más infantil. El mar es un gran paréntesis azul. Ensueña y reposa, viajero: no desdeñes la tregua... deja beber a tu alma el bálsamo azul del mar y cubre tus ávidos ojos con la gasa azul del firmamento... El azul es sedante... En toda alegría hay algo de azul. No te aferres a tus remembranzas; olvida. ¡Estamos los hombres tan portentosamente conformados para olvidar! Que el mar sea la almohada armónica donde descanse tu cabeza; que las nubes pasen por el cielo con el solo propósito de hacerte olvidar su monotonía; que la lontananza, en el crepúsculo, te parezca un jardín; que por las noches vaya de la luna hasta ti, sobre el trémulo susurro del mar, un ancho camino de plata; que los planos mórbidos de las olas te recuerden carnes jóvenes y turgentes de mujer... ¿Por qué quisieras salvar el Océano de un paso gigantesco, y hollar con uno de tus pies la tierra a que vas, cuando aún la planta del otro pie no ha libertado a la tierra que dejas? La máquina socaba tu ensueño: cada golpe de la hélice es golpe que ahonda la fosa de tu ilusión, y un día, cuando la memoria haya puesto ya una barrera entre ti y «todo aquello que pasó», cuando te posea la grata ingravidez de casi no existir..., ¡habrías llegado! Ofrécete dócil al buen consejo. En toda inconsciencia hay juventud; sabiduría: flor de desengaño, vejez. Las sirenas se alzan del agua para reprocharte que calumnies la sensualidad de la materia en una crisis de sensualidad del espíritu... La árida inteligencia del geómetra ha necesitado siglos para teorizar la curva perfecta que se ofrecía sin cálculo en el cuerpo de su mujer... Viajero, duérmete; viajero, piensa que mientras estés frente a lo desconocido, tienes esperanza.

En el mar se simplifican las contingencias; el mar, triple señor de nuestro planeta, es lugar de excepción para el hombre. Es

extremado en sus furores y en sus calmas; es fuerza inicial, y el hombre, cuando está sobre él, constantemente apercibido para resistirle, olvida su enemistad hacia los otros hombres. El mar es inhumano; tal vez por eso no es hipócrita; no tiene recodos... Es la humana Tierra la que suscita las sirtes y los arrecifes que aguardan taimados en la neblina a las embarcaciones. El peligro crece con la proximidad de la costa. El mar sepulta o Cobija, abate o sostiene... El mar no engaña.

¿Y has desoído todo esto, viajero? ¿Y has proseguido contumaz la pesadilla de tu vida anterior, queriendo recoger su lazo para anudarlo al de la nueva vida que te aguarda?... Viajero, viajero... el consuelo ha resbalado sobre ti, igual que resbala el rocío sobre la peña. Tu ansia de bondad te ha endurecido el sentimiento. Piensas en el kempisiano proverbio que desde el reinado de Anaan fatiga la tierra y dices: «Vivir es salir, y morir es volver a entrar». Peor para ti; del jugo de ese proverbio se han nutrido. todas las esterilidades. En la eternidad un momento tiene su inmutable valor. No se puede ir a la eternidad sin pasar por el momento... Un año es la cadena de trescientos sesenta y cinco días; un día es la cadena de mil cuatrocientos cuarenta minutos... y en la cadena hay eslabones de oro y de hierro, y un minuto es de alegría y otro de dolor; y en la cadena, por pequeños que sean los eslabones, se pasa de uno en otro de la luz a la sombra; y los eslabones luminosos hacen parecer menos obscuros a los demás... Nuestro corazón, fácil a las mudanzas, pasa en un minuto de la desolación al júbilo. ¿Cuántas veces se puede ser diferente en un año? Dios cuenta por eternidades; pero imitarle sería audaz e inútil... ¿Como ha de ser igual la distancia para la aguja que cuenta las horas que para la que cuenta los minutos? Has perdido el opio del viaje... Las sirenas te reprochan, te reprocha el mar, y la vida no será mejor por eso cuando llegues... Has perdido el opio del viaje, viajero...

Miras apoyado en la borda, y no sabes hacia dónde está el pasado, ni hacia dónde te acecha el porvenir. La menor evolución del buque te extravía... Tienes fiebre... El mar guarda para los que menosprecian su beleño, espejismos más adversos que las tempestades... Te parece ir marchando hacia una luz, y eres tú quien llevas la luz en el deseo...

VIII

En las rendijas de la ventana llameaba la luz del Sol, que calcinaba la ciudad con el fuego del medio día. La calle estaba blanca y ardiente, en silencio. Puertas y ventanas cerradas, calzada polvorienta, reverberantes perspectivas, aceras lustrosas del calor; todo el sopor de esas dos horas –intervalo de fuego– que separan la mañana de la tarde en los países del trópico; horas que pasan lánguidas bajo el yugo de una laxitud invencible. Los muros estucados irradian ardor, las losas del piso no son frías, el agua no calma la sed; si los ojos tuvieran energía para mirar al cielo, verían la atmósfera ígnea y vibrante; plúmbea pereza gravita sobre los músculos, sobre los deseos; pereza de moverse, pereza de hablar... Tal vez las dos únicas horas del día en que un tropical no es elocuente.

Tendido a medio desnudar, en la cama, Aurelio Zaldívar sentíase vencido; sólo su voluntad de victoria resistía al desmayo; era el mismo ambiente denso que lo amodorraba en las galerías inferiores del buque, y aun su estómago, engañado por la similitud de temperaturas, se comprimía con las arqueadas del mareo. Sin fuerzas para pensar, sin necesidad de dormir, estuvo largo rato en una postura, perdida la cabal idea de la realidad pero no abandonado a ningún ensueño... Una voz fatigada pregonó en la calle queso y miel; se oyeron pasos rastreros que tardaron en extinguirse, y luego el tórrido silencio volvió a ser total y duró mucho tiempo. Comenzaba ya a adormecerse, cuando una voz pronunció su nombre:

–¡Las *sinco*, señor Aurelio! El baño está libre.

Unos golpecitos sonaron en la puerta. La voz era melodiosa, y salmodiaba, no decía las palabras. Aurelio se incorporó sorprendido, sin lograr imaginar a la muchacha con su pelo pintado de rubio, su cara burlona e ingenua, abandonadas las turgencias del cuerpo dentro de la bata de muselina adornada con grandes lazos de colores vivos.

¡Señor Aurelio! ¡Señor Aurelio!

Y otra voz de hombre, campechanamente, añadió:

–¡Calderón de la Barca!... La vida es sueño... Arriba; no duerma

más si quiere ver al señor La Capilla.

Se puso en pie e hizo un esfuerzo para recordar dónde estaba... Estaba en Nueva Sevilla, sí... y apenas tuvo el pie firme en el primer escalón, la escalera de recuerdos ofrecióse franca ante él: Nueva York, el cablegrama de su madre que le hizo esperar allí quince días una carta, la carta escrita a escondidas del padrastro, llena de inquietudes, de ansias de ventura, de faltas de ortografía, de lágrimas... Fue esa carta la que puso la proa de su nave hacia Nueva Sevilla. Al abrir el sobre y hallar dentro dos billetes de cinco duros, economizados quién sabe en cuantos días de privación, Aurelio sintió el arrepentimiento de haber sido sincero, de haber inflingido a la pobre vieja una pena inútil. El dolor de su madre suscitó en él el dolor de haberlo ocasionado. Y al leer la recomendación de que fuese a Nueva Sevilla, donde el padrastro tenía en un periódico un amigo, para quien le enviaba una tarjeta, se resolvió ciegamente a obedecer, creyendo resarcirla así, con ternura inocente, de las zozobras que su carta le llevara. En seguida notó que la letra del padrastro estaba contrahecha: no eran aquellas frases apremiantes producto de su espíritu escueto... Era ella quien había escrito la presentación... Y esto reafirmó a Aurelio en el propósito de abandonarse al deseo de la madre que, aun lejana y desvalida, hacía en provecho del hijo pródigo renuncia de su pasión por la verdad, y abnegadamente falsificaba la letra de su marido, preparándose acaso para toda su vida una recriminación cotidiana... Después recordó el viaje desde Nueva York, su amistad con el sobrecargo del vapor, que le había recomendado aquella casa si se quería alojar familiarmente... Tal vez demasiado familiarmente, pues no llevaba un día viviendo allí y ya las muchachas habían tratado de sonsacarle su vida y milagros, y el padre, creyéndolo dormido, lo despertaba con chirigotas.

–¡Señor Aurelio ¿Es que va a criar moho?... Decídase.

–¡Ya voy! ¡Ya voy!

¡Señor Aurelio! Esta fórmula le sonó extraña. Sonrió, creyendo que, como primera manifestación de independencia, aquel país, luengo tiempo sometido a España, había quitado a cada uno de sus ciudadanos el *don* que paseó legendario osado y rapaz por el Franco-Condado, por Flandes y por América ante cada uno de los conquistadores. Más tarde supo que la decapitación del tratamiento

dimanaba de la rivalidad de negros y blancos; los apenas abolida la esclavitud, se apresuraron a preceder sus nombres del *don*, emblema de señorío, y los blancos, desdeñosos ante ese gesto, les abandonaron la sílaba disputada para que hicieran de ella un harapo. ¡Aspecto trivial del antagonismo de dos razas cuyas diferencias potenciales más están en la disimilitud de cerebros y de resistencias físicas que en la coloración de la piel!

No había concluido de vestirse, y ya el cuello de la camisa, calado por el sudor, habíase desvencijado por detrás. Era un cuello recto muy alto, y las muchachas de la casa lo hicieron sujeto de chanza:

–Aquí no podrá usar esos cuellos... *Parese* un tubo.

–Por Dios, Tatá, no seas atrevida.

–Yo creo que no *yega* ni al parque; va a tener que quitárselo en el *saguán*.

–¿Creen ustedes?

Nunca logró saber el nombre de las dos muchachas... La primera vez que oyó decir *Tatá* y *Lulú*, pensó que se referían a dos perritas. La madre, una señora muy erudita, que guardaba en un armario toda su biblioteca, compuesta de recortes de periódicos, intervino para dar un sesgo serio a la conversación:

–¿Qué va a decir el señor Zaldívar?... Son muy burlonas, ¿sabe usted?... En el comedor tiene la limonada; debe tomar dos o tres vasos cada día.

Cuando por la mañana, en la mesa, Aurelio dijo que tenía que visitar al señor Leopoldo La Capilla, sólo la madre dio indicios, vagos pero suficientes, porque el periodista escribía en un diario que tenía fama de heterodoxo, y ella opinaba que a los *modernistas* se les debía *boycotear*. Todo el que no tenía la desdicha de compartir sus opiniones era modernista, y, desposeyendo la palabra de todo sentido riguroso y cronológico, la aplicaba lo mismo a su cocinera que a Calvino. Por la tarde, ya le dieron detalles, hasta los más tortuosos, de la vida del periodista. La mujer de La Capilla estaba loca, recluida en una casa de salud; él vivía con sus seis hijas, todas pequeñas, ya ocupadas de los quehaceres domésticos; muchachitas modosas y afanosas, de esas a quienes la desgracia ha advertido a tiempo que no es lícito pasar las horas en jugar. Vivían una existencia sórdida, y, teniendo el pudor de la miseria, no

trataban a nadie. Él era gallego renegado, y escribía para un editor bocetos históricos, novelas policíacas, efemérides de la guerra, libros picarescos... cuanto podía convertirse en pan, en zapatos de niño, en tabaco... Le hubieran dado otros muchos pormenores, si el dueño de la casa, entrando al mismo tiempo que una de sus hijas se lanzaba en un comentario sobre el carácter maldiciente de La Capilla, no hubiera dado a Aurelio la coyuntura de salir.

Anduvo largo rato, tratando de darse cuenta de la topografía de la ciudad. Luego tomó un coche que lo dejó en la puerta del «Diario Hispano», periódico fundado por una minaría disidente de la colonia, deseosa de matar con el parásito al gran diario casi secular que en la misma calle ostentaba su palacio fastuoso de tres fachadas. El «Diario Hispano» tenía un numeroso Consejo de administración, presidente y vicepresidentes de la Empresa, tesorero: el escalafón de personal de un rotativo a la americana... pero no tenía sillas en la Redacción. La Capilla recibió a Aurelio en mangas de camisa, y le hizo sentar en el taburete que había ante su mesa, mientras él le hablaba paseando por el desmantelado cuarto. Su estatura era escasa; en la cara cansada, sólo los ojos proclamaban talento; los bigotes eran desgarbados, pero altivos; la cabellera blanca y revuelta, y en los gestos, siempre nerviosos al iniciarse, había, al fin, fatiga. Todavía Aurelio, si vive, no habrá olvidado aquel discurso amargo y sintético, pleno de esa precocidad que suelen tener al cabo de sus vidas los hombres dotados de la fuerza cóncava: la resistencia. Este hombre es del partido contrario... Un pesimista por costumbre –pensaba Aurelio en tanto le escuchaba–. Y casi es seguro que piense hoy con La Capilla, que el pesimismo es el sistema cuyos pilares de partida se erigen en la nebulosa y cuyas columnas finales están aún muy lejos, hacia la congelación del mundo. El señor Leopoldo La Capilla le habló así:

–La ratonera ha atrapado otro ratón, querido amigo; lo siento... Viene usted a una tierra cálida. Aquí, la mitad de la energía se va en sudar; y el tiempo que no se emplea en eso, se aplica a la humanitaria tarea dé burlarse del que intenta algo... –Cuando su padrastro... ¿Es su padrastro de usted, verdad? Pues le diré que es un sinvergüenza... Cuando él se fue de aquí, se ataban aún los perros con longanizas, había en el muelle onzas peluconas, y los fraudes estaban equitativamente repartidos... Ahora es otra cosa.

Esto se ha americanizado, y las malas cualidades yanquis han venido a agravar la pésima herencia española. Bien venido sea usted si cuenta con su cara para un buen matrimonio, con sus uñas para desposeer, con su poca vergüenza... y aun así... dudo, querido; yo soy pesimista... Ya se va príncipe... Yo llevo en el país veinticinco años; me he muerto siempre de hambre en este filón de riquezas, y he olvidado mi sintaxis y empiezo a sentir le necesidad de decir con dos palabras inglesas lo que antes decía con una castellana... Usted no ha tenido quien lo prepare...; debía haber mandado sueltos a todos los periódicos diciendo que es un gran pintor, premiado en exposiciones francesas, japonesas y rusas. Aquí nadie averigua nada, y las letras de molde tienen un valor supremo... Usted es andaluz... ¿verdad? Mal hecho: debía ser asturiano; quizá le hubiesen caído algunos retratos y la protección de la colonia. Créame: haga un suelto diciendo que, además de ser eximio pintor, es católico... Cómprese o robe un par de trajes, y vaya a los salones, aunque no le inviten... Si consigue que lo citen en la crónica de sociedad, está salvado...

Una voz, la voz del director, gritó desde dentro:

–¿Ya estás haciendo un panegírico, Leopoldo?... Me parece que vamos a perder el correo.

–¿Ve usted? –continuó La Capilla–. Aquí no se han manumitido todos los esclavos... Eso quiere decirme que lo eche; no puedo darle más consejos hoy... Tengo que escribir ochenta cuartillas por día, tengo seis hijas, gano cien pesos (la carne cuesta a dos pesetas la libra), y mis amigos dicen que tengo mucho talento... Venga mañana por aquí más temprano que hoy, a ver si podemos siquiera conseguir que se muera de hambre poco a poco.

Dulcemente lo puso en la puerta. La tarde moría y una brisa cálida venía del mar. Al salir, Aurelio pensaba:

–Yo probaré... Yo probaré.

En la casa lo asaetearon con preguntas. Las miradas atónitas de todos decían la extrañeza que les causaba verlo tan desenterado después de una visita. La señora se informó si La Capilla vendría a ver a Aurelio; guardábale aún resquemor por un artículo contra el culto de San Expedito. Ellas esperaban que aquella visita les trajera,

no sólo nuevo acopio de noticias del periodista; tenían el presentimiento de que había de servirles para penetrar el enigma de Aurelio. Ya en los ojos glaucos de una de las hermanas, cuya cabellera rubia de agua oxigenada brillaba metálicamente, había una renuncia; mas las pupilas bravías de la otra y la untosa dulcedumbre de la madre amenazaban con un nuevo ataque. Aurelio pidió venia para retirarse, dejándolas mohínas. Hasta su cama llegó el murmullo de los comentarios.

Durmió mal; soñó. Luego, al despertar, sin querer notar la satisfacción que le producía, continuó la acción comenzada en el sueño, reanudándola dos o tres veces que ideas extrañas la entrecortaron. Había soñado con la vida que acababa de dejar. Uno de esos sueños en que ningún factor discordante acusa el desvarío, sueño lógico que parecía un simple recuerdo en la inconsciencia... La playa de Trouville, el Havre, las caminatas por la campiña, los altos junto a los paredones veteados de yedra, los días nubosos propicios a la confidencia... Don Juan Antonio Méndez, Sebastián, los Craud, madame Luzis... Natalia, que, inclinándose hacia su oído como si fuera a darle un beso, le decía palabras alentadoras y austeras... Fue un sueño apacible en el que, para no acidularlo, ni siquiera se mezcló la figura del *otro*, del que debía la vida a la obscuridad de la noche y a la rapidez de la fuga... En la melancolía del despertar ensayó el vano deseo de volver a dormir, y al convencerse de que no le sería posible, continuó soñando despierto, trayendo de nuevo a primer plano las figuras ausentes cada vez que se amortiguaban.

Por la tarde se dispuso a comenzar su cruzada. Tomó varios dibujos que había hecho a bordo, y fue a ver al director de una de las revistas, la principal. No pudo ser recibido en seguida, y esperó en una antesala donde varios señores charlaban con viva exaltación. Tres jóvenes escuchaban la docta palabra de un viejo de faz felina, que en media hora se contradijo muchas veas, sin duda para justificar con la multiplicidad de puntos de vista su predisposición al monólogo. De vez en cuando, uno de los jóvenes hacíase con un monosílabo que el viejo atajaba con imperativo ademán, la ilusión de que dialogaba con él. Apartado del grupo, gregario, otro anciano. de pulcro y frío continente escuchaba, iniciada bajo la blancura del bigote una sonrisa acre... Por la calle pasaban mujeres

lujosamente vestidas con suntuosidad un poco *cocotesca*, proveniente de imitar en las telas leves que el clima impone las hechuras europeas, imaginadas para los paños compactos ajustados sobre cuerpos que tienen frío... Saludos cordiales, dichos en alta voz, daban a la calle la simpatía de lo familiar. Y por algo arbitrariamente sugeridor, aquella vía de edificios bajos y aquellas mujeres deliciosas de desenfado y voluptuosidad, vestidas de claro, morenas o rubias conservando el lánguido abandono sello del trópico, evocaban la *Partida para Citerea*... ¿Por qué? Si el mar que ciñe a la ciudad para donde boga la barca de Watteau es tan puro y azul corno el que abraza a Nueva Sevilla, no es ciertamente eso lo que sugiere la remembranza, no... ¡Otras cosas más incorpóreas y más concretas de Citerea hay en ti, luminosa tierra de Nueva Sevilla, donde los inviernos más crudos son una primavera sin flores!...

Le correspondió el turno de entrada. El director lo recibió con displicencia; sus bigotes caídos parecían señalar en la mesa la cuartilla mediada de escritura interrumpida por la visita. Aurelio expuso sus deseos y sus dibujos con timidez, seguro ya de que la exhibición era estéril. El director les juzgó *poco hechos*, y Aurelio comprendió que aquella puerta –acaso puerta símbolo del gusto cotizable de Nueva Sevilla– quedaba cerrada para él. El director era novelista, coronel, y crítico de artes gráficas; debía proceder en sus novelas haciendo la estenografía de la vida, y en sus apreciaciones críticas prefiriendo la copia a la interpretación de la Naturaleza. Así que se convenció de que no podía serle útil, retrepranóse en el sillón de mimbres y le dio la ayuda de su experiencia, la única que no necesitaba Aurelio. Es lástima –dijo–, que ustedes los jóvenes se malogren en los vericuetos del impresionismo... ¡Empecatado modernismo... Todo son artimañas para no dibujar... La figura es figura, y el paisaje paisaje... ¿Estamos?... Dígame con franqueza: ¿Hay en esta marina espuma ni olas?– La acometida era tan bestial, que Aurelio no intentó repelerla. Tuvo en los labios la frase de Wistlher: «La Naturaleza es un diccionario». Un momento pensó hacerle comprender que el impresionismo es todo en la vida, que la vida es todo en el Arte; nuestros ojos, al igual de los demás sentidos, guardan lo que les impresiona... Si él hubiera tenido que hacer un retrato del director, habría pintado una cala baza... otra forma del

impresionismo. Como los consejos habían terminado, Aurelio arrollo sus dibujos y, hasta dominado por una alegría extemporánea, prometió estudiar para substituir el movimiento, el carácter y la vibración, por detalles nimios que iguales resaltaran en los primeros términos que en las perspectivas remotas. Oyendo el aticismo de sus palabras –que el director aceptaba como tributo de sumisión–, nadie hubiera supuesto que esa puerta, hermética ya, fuera la única con que contaba para penetrar en su nueva vida. El mismo no se dio cuenta de ello hasta que estuvo en la calle. Probaré aún... probaré en todos los periódicos, se dijo, sin atender al sentido de derrota que palpitaba ya en esta frase. Pero otra revista y dos diarios que publicaban caricaturas cotidianas, bastaron para desgajar su tenacidad. Era preferible emplear los lápices en hacer monótonas cifras en la mesa de cualquier bufete, antes que rebajarlo hasta donde aquellas gentes necesitaban. Luego se olvidó... Anduvo toda la tarde recorriendo las calles, divirtiéndose con observar pormenores pintorescos de arquitectura o de costumbres... Lo mismo que si fuese un turista poco interesado en saber si las entrañas del monstruo urbano se estremecían de piedad o estaban paralizadas por exceso de hiel... Iba alegre; la consciencia de su estado se le impuso tres veces durante el paseo, intermitente y esquiva... Trató de autoinspeccionarse, quiso ver si aquella alegría extemporánea en el primer fracaso era verdadera alegría... Y lo era, sí; su sonrisa nada tenía de mueca, en su boca no había crispatura, sus ojos se llenaban confiadamente del glorioso esplendor de la tarde... Fue hasta el puerto, formado por un agudo brazo de mar, cuña entre la explanada asiento de Nueva Sevilla y altas montañas verdes casi permanentemente rubias de sol. El mar estaba terso; haces de luz que unían los dos azules fingían una evaporización de oro. Junto a la playa ondulaba una alameda. El claro cobalto del cielo parecía estar entre las ramas, entre las hojas, de una a otra de las copas turgentes que recortaban sobre el fondo sus formas verdes, doradas, perfumadas, agitadas a veces por un lento temblor animal. Todas las cosas dibujábanse netas en la transparencia de la tarde, cumpliendo casi la fórmula estética del director... En el centro de la bahía, Aurelio vio el buque que lo había traído, rodeado de panzudos lanchones que le llevaban carbón y víveres... Un buque se alejaba... Otro hincó en el cieno su ancla con largo estrépito de

cadenas. Las banderas reían en el aire... Las grúas, en la meseta del desembarcadero, alzaban del seno de las gabarras bultos enormes, y antes de girar, los sostenían un instante izados en reposo, con un alarde de poder... Y acaso había en la impasibilidad del paisaje náutico una cruel nube de ironía. La ironía de la Naturaleza es más acerba que la de los hombres; los hombres, conscientes del daño que ocasiona, tratan siempre de atenuarla mezclándola con la gracia, y la Naturaleza, menos compasiva, la ofrece escueta. Igual que los árboles del sendero natal recordaron a Bran la esterilidad irremediable de su vida, contándole una hoja por cada hecho que no realizó, así, con las mismas voces tardías, hablaron a Aurelio el mar, la ciudad y la cordillera. La tranquilidad del paisaje cayó sobre su incertidumbre irónicamente, y el vertebrado perfil de las montañas fue un insulto que le echó en cara su flaqueza...

Y, a pesar de esto, la alegría cantaba en su alma; era tan viva, tan ruidosa, que le sorprendió. Desdoblándose, preguntó a la parte de su espíritu obstinada en reír:

–¿Cuál es la causa de tu contento?

Y dándose aire de misterio, la detentadora del secreto respondía:

–Va verás... ya verás... Ríe conmigo.

Bajo un tinglado del muelle, los cargadores acarreaban sacos de azúcar. Trabajaban protegidos los cuerpos por sendas camisetas traspasadas de sudor; los había negros, blancos, mulatos. Todos eran fornidos. Cinturones de cuero oprimían sus riñones; los bíceps tenían móviles abultamientos, y, en los instantes en que el esfuerzo era álgido, las venas se acusaban en el cuello con cárdeno y poderoso relieve. Un mestizo hercúleo echóse a cada cadera un saco, y, azuzado por la admiración de los demás, los transportó de un extremo al otro del muelle, sonriendo. Los otros palmotearon mientras que el héroe enjugaba la frente perlada de sudor... Otro quiso imitarlo y no pudo... Y había en aquella escena de fatiga tal paz, que la voz que dentro de Aurelio guardaba el secreto de su alegría, lo descubrió al fin:

–Estás alegre porque el azar te ha permitido no cimentar en falso... Es preciso partir de aquí; es necesario alzarse desde la faena dura del cuerpo... Por eso el fracaso no te contrista... La regeneración no se consigue así... El bálsamo que cura un rasguño no extirpa la gangrena; a la carne pútrida el hierro y el fuego, él

exterminio total del germen... Un solo bacilo es toda la plaga... ¿No proyectabas renacer? Taimado, cobarde, impostor, ¡el viejo hombre está incólume en ti, y ha pretendido lavarse con jabón las carroñas de la podredumbre!... ¡Has sacrificado cuanto no te era muy duro sacrificar, mas no has inmolado el ovario donde los pecados se multiplican! ¡Has venido en segunda clase, guardas el empaque de burgués, has pretendido vivir del grato descanso del dibujo!... ¡Sí, sí: impostor, taimado, cobarde!...

Luego, más dulce, la voz concluyó:

–Busca el equilibrio: trabajador sin alternativas, virtuoso sin rachas de abstinencia y rachas de excesos, ilusionista sin elevar tanto el vuelo que se pierda de vista lo posible... Y todo esto te lo dará el sudor de la buena fatiga. El cuerpo es péndulo que regula las andanzas del espíritu; es tónico y estimulante, acicate y freno... Trabaja... Estabas alegre porque, sin querer, te apartaste de un mal camino... ¡Aleluya! ¡Aleluya!

Y la otra parte de su alma, que no sabía el origen del júbilo, se hizo voz y clamó también:

–¡Aleluya ! ¡Aleluya ! ¡Aleluya mil veces por haber fracasado en la ciudad!

A este diálogo sucedió un activo silencio, en el que irrevocables decisiones se fraguaron. Sí, era preciso comenzar, no dejar el cuerpo exento de fatigas, levantarlo con el sol, domar la molicie, ir hacia la cumbre de la vida en lenta caminata, partiendo de lo más bajo del llano, sin ahorrar ninguna de las estribaciones de la montaña... Por concatenación de pensamientos, la palabra tierra surgió en su duda; el vasto mito de la Tierra pasó por su imaginación: barro del divino Alfarero, tierra de labor, tierra de fosa... Y fue la tierra de labor la que cumplió las ansias de su espíritu. Surcos infinitos partieron de su pensamiento hacia todas; surcos que demandaban amor, semilla, cultivo, manos que los limpiaran de malas hierbas. Y esos surcos evocaron cuanto puede sugerir bien, fuerza y salud: sacrosantos cansancios, plenitud de ubre, nieve de leche, olor a heno, olor a pan candeal, olor a establo, olor de frutas y de flores silvestres... La Tierra maternal lo aguardaba. Su frente no merecía erguirse hasta que sus brazos bajaran a ordenar la cosecha, hasta sentir sus caderas doloridas y el ánimo esclavo del ritmo del cuerpo, necesitado de reposo...

Cuando pensó en regresar, la noche aguardaba tras la sierra a que el sol, rojo y enorme, concluyera de apagarse en el agua. Una dama y una señorita que pasaban junto a él comentaron:

–Linda puesta de sol...

–¿Verdad que parece un sol artificial?

Aurelio las miró con menosprecio; ya era hombre de campo, ya sentía hacia los que emplean la palabra artificial como elogio, ese recelo de los hombres sanamente verídicos. Desde donde estaba, la ciudad se percibía completa; seis chimeneas negras sobresalían de la sucesión de tejados; el humo parecía la cauda de los seis tubos contiguos como dedos de una mano deforme y colosal.

Aurelio tendió hacia la urbe su mano cerrada y crispada; su mal era mal de civilización, mal de ciudad... Después entró en Nueva Sevilla, satisfecho: ya sabía cuál era el punto vulnerable del enemigo; sabía que para salir victorioso bastaba dirigir la lanza al talón...

Hubiera querido anticipar el tiempo, hallarse instantáneamente eh la isla desierta; amasar su pan, tejer su lino, recoger en cada una de las satisfacciones de la labor la levadura de su nueva alma. Mas el tiempo no permite fantasías; ante su método se han estrellado los milagros; devolver la ligereza a un tullido es menos difícil que hacer que el sábado se coloque delante del viernes. Hay que vivir un minuto tras otro, sin saltar.

Tuvo que soportar las miradas escrutadoras de sus huéspedes... Fue una comida interminable. Al fin se halló solo en su cuarto y comenzó a desnudarse las ropas que no pensaba volver a vestir, dispuesto a dormir su postrera noche ciudadana. Todo el ardor del trópico se había concentrado en su frente; sentíase pesado, y desatendiendo los consejos higiénicos de la señora, se puso bajo la ducha. Del baño se iba a su habitación por una galería; Aurelio la recorrió rápidamente sin otro ropaje que un capuchón de felpa en forma de caftán, que lo cubría de cabeza a pies... La ducha lo había restaurado: se sintió ágil.

Necesitado de expansión física, hizo flexionar sus brazos y sus piernas; torció el cuerpo, puestas las manos en los coxales y manteniendo los talones unidos. Esta gimnasia y la luna biselada

del armario le sugirieron la curiosidad de ver su cuerpo. Al principio no tuvo valor y continuó haciendo ejercicios, como si pudieran en un instante corregirlo y fortificarlo... Pero el espejo lo llamaba... y fue.

Había una sola luz encendida; era insuficiente; encendió las cuatro lámparas de la araña... Primero examinóse vertical; luego adquirió la posición olímpica de un lanzador de discos..., después tornó a enderezarse... La cabeza era fina, el cuello tenía tersura y proporciones de tallo; desde las axilas, los flancos descendían, delineando la curva femenina de un ánfora... La piel envolvía todo, sin acusar tendones ni músculos; las rodillas eran perfectas; en el pecho, impúber, iniciábanse dos senos... Blancura láctea, núbiles ternezas de efebo... debilidad, raquitismo, encanijamiento. Todo se copiaba con ambigüedad epicena que las más gimnásticas actitudes no lograban destruir... Aquél no era un cuerpo de hombre...; aquél no era el cuerpo del hombre frugal, casto, bien tallado, puro, viril: el hombre que él debía de ser... Y recordando los membrudos fakines del muelle, Aurelio lloró la vergüenza de su cuerpo de andrógino; lloró porque su piel no era atezada, por el embotamiento de su fuerza; sollozó con el mismo desconsuelo que debió llorar Onan, en su vejez por el hijo, que, debiendo venir, no vino... Después, cuando ya no tuvo más lágrimas, se durmió.

Durmió de un tirón. Muy matinal sorprendió a las muchachas, pidiendo su desayuno y un periódico.

–Pero, ¿qué le ha pasado hoy? Tendrán que repicar las campanas.

–Nada, nada... Una excursión al campo.

–¡Al campo! Está *usté* estrepitado... ¡Miren al hombre misterioso!...

El dueño de la casa, que salía, terció:

–Hoy sí que no se le puede gritar Calderón de la Barca... Lo felicito.

Poco tiempo después Aurelio sintió que unos pasos se detenían ante la cancela de cristales que separaba su cuarto de la sala.

–Aquí tiene «El Universo» –dijo la voz de la muchacha rubia; y por sobre la cancela, un brazo, no presuroso por retirarse, le tendió el periódico. Aurelio, antes de cogerlo, vio el anuncio: «Para el ramal de ferrocarril del Ingenio Caridad se necesitan...»

Y la muchacha no habrá sabido nunca que su brazo ebúrneo, incitador y tenuemente manchado de viruelas, decidió en aquel momento el destino de un hombre...

Fue a una fonda para cambiarse de ropa y escribir dos cartas. Escribió a sus huéspedes, remitiéndoles el importe de los tres días de pupilaje, y suplicándoles le guardaran el baúl; después escribió a su madre: carta llena de mentiras piadosas, en la cual aseguraba estar al comienzo de un feliz porvenir, y le remitía dinero, todo el dinero restante... Esta locura lo puso alegre. Viéndose bajo la holgada ropa de obrero, reía, reía. Jamás ningún traje nuevo, ni de niño, habíale procurado tal placer... Fue a la estación del ferrocarril. Y esta vez, en su compartimiento de tercera, sí olvidó toda su vida anterior, sí supo llenar el paréntesis del traslado con quimeras de dicha... Pero esta vez el viaje fue corto.

IX

Demetrio Ruiz había creado el socialismo.

Su alejamiento de la civilización le había hecho inventar una cosa desde hace mucho tiempo inventada; pero esto apenas aminoraba su mérito. Nada nuevo hizo Robinson, y sus argucias Fara servirse de las fuerzas de la Naturaleza merecen más lisonjas que un descubrimiento. De su infancia guardaba Demetrio Ruiz borrosas reminiscencias, que jamás –hombre positivo –trató de reavivar y coordinar. Cuando el primer bozo sombreó sus mejillas, unos hombres fueron a buscarlo al potrero en donde trabajaba, para decirle que la Patria estaba falta de corazones decididos a dejar, en aras de su amor, de latir. Demetrio comprendió en seguida, y partió... Fueron once años de fatigas: hambre, persecuciones, sordos trotes de caballos, degüellos, incendios, heroicidades, cañones de fusiles y cabezas hendidas por el machete, guiñapos sobre el cuerpo y un ideal cada día más confuso en el espíritu. Once años, por anormales que sean, pueden marcar la pauta de una vida, si transcurren en serie. Tras un armisticio, inesperadamente, la guerra cesó, y Demetrio tuvo tal gesto de incredulidad, que hubiérase dicho que aquello lo desilusionaba. Había partido de soldado y. regresaba de soldado. (El historiador conoció muchos generales, brigadieres, coroneles, almirantes, etc.; Demetrio Ruiz fue el único soldado de la epopeya que le fue posible conocer.) Sin saber por qué, tomó horror a las ciudades; alistado ya en una hacienda, ya en un cortijo, ya en obras de tala, siembra o recolección, dejó pasar los días sin descender a los poblados, viéndolos, cuando más cerca, desde lo alto de un monte, siempre con una nube de desconfianza en los Ojos. Y como los días hacen en seguida meses, y los meses años, el prejuicio de animadversión tomó proporciones fabulosas... Hablaba de Nueva-Sevilla como de Bizancio; cada ciudad era un sumidero, cada hombre de ciudad un áspid... Inventaba epítetos para motejar la ciudad, y de la vida urbana imaginaba inverosímiles detalles que enumeraba con gesto belicoso. Aun después de consolidada la paz, Demetrio Ruiz vivió de continuo en son de guerra. Su espíritu tenía, juntas, las asperezas y las suavidades de la ingenuidad.

Una vez, instado por varios compañeros, entró en la villa de «Velázquez», centenario corazón del país que conservaba aún las casas con porche, las plazoletas con soportales, los tinajones de tierra porosa y el habla arcaica de los metropolitanos... Ya por entonces el germen de su invención larvaba en su cerebro... Entró de noche, medrosamente, con el propósito de ver *La Cabaña de Tom*, donde, según le habían informado, esbozábase un conflicto entre amos y siervos. La emoción que le causó aquel engendro dramático, representado por cómicos de legua y leguas, fue tan viva, que empalideció la de la ciudad, la del teatro espléndidamente iluminado. Salió vibrante, taciturno. Muchos días estuvo agitando en el meollo a los personajes de *La Cabaña de Tom*, obligándolos a aceptar su arbitraje, a realizar acciones ya fieras, ya mansas, y retráctiles de continuo. Y cuando supo que aquello era mentira, cuando se hizo repetir varias veces que los cómicos representaban igual aquella farsa que cualquiera otra, tuvo un acceso de furia y hasta habló de volver a la ciudad e incendiarla luego de pasar a cuchillo a los histriones.

A ninguno se le había ocurrido que él pensase ir á presenciar un drama verdadero; su furia era tanta, que ninguno osó reír. Torciendo la mirada y crispando los puños, decía:

–¡A mí no se me engaña..., no se me saca de aquí para engañarme!

Cuando las exhortaciones socarronas de algunos amigos lo disuadieron, se internó, iracundo, en la sierra, dispuesto a no manchar nunca más sus pies con el polvo de la ciudad; y vivió perseguido por el recuerdo de la treta, trabajando como había trabajado siempre, de soldado de fila; minado ya por el cristiano anhelo de igualar en un mismo nivel a poderosos y menesterosos.

Demetrio Ruiz era de gallarda talla, enjuto; mirada veloz en los dos ojos de dimensiones desiguales, y párpados que de cuando en cuando se cerraban para aprisionar la quimera; el perfil obtuso, el pecho cóncavo, las manos correosas, pies muy divergentes, de palmípedo... En la cabellera tenía un remolino de canas... Sus palabras, en las que se adivinaba el deseo de suplirlas por hechos, eran incisivas y meras.

Inventó el socialismo el día 4 de enero de 1907, y en una mañana de Octubre, dos años más tarde, trabajando en el ramal de

ferrocarril del ingenio «Caridad», a las órdenes de un ingeniero déspota y caprichoso, Demetrio Ruiz tuvo la triste convicción de que los dolores humanos no podrían nivelarse sin violencia.

Los primeros días fueron terribles. Ocultar a fuerza de voluntad su debilidad, ser el primero al pasar lista, con el alba; el último en alzarse cuando la esquila sonaba a las seis, dilatando sus toques –*Angelus* profano– en el valle de cedros y palmeras. Ya estaban lejos del ingenio, cuyas chimeneas delataba, durante las noches, un chispeo de fuego; y la ensenada donde debía morir el ramal, distaba no más que una veintena de kilómetros.

Cuando no amenazaba lluvia, dormían bajo tiendas de lona o a la intemperie, a uno y otro lado de la vía que iban dejando tras de sus pasos. Un automóvil venía cada tarde a recoger al jefe, y cada tres días les traía viandas, que condimentaba un obrero mañoso; ese mismo obrero vendía clandestinamente ron y otras vituallas ; el tráfico estaba prohibido por la Compañía.

Para Aurelio, el sacrificio era espantoso; de las alpargatas desbordaban sus pies casi tumefactos; las manos, como dos nervios, sentían dolor a cualquier roce; el callo salvador no quería concluir de protegerlas, y las enormes vigas de abeto que servían de sustento a los raíles, dejaban en ellas astillas punzantes. No había fase de aquel trabajo que no fuera áspera; no había labor que no exigiese a su cuerpo más de lo que podía dar... Hasta el descanso le era penoso, porque en el descanso, al vaivén de la hamaca suspendida entre dos árboles, los recuerdos pretendían minar su voluntad... El cuerpo que había estado curvado bajo la inquina del sol, sobre el taladro de acero, o acarreando grava, sentía como un eco de los dolores del día, que retardaba el sueño. Los omóplatos le dolían, las caderas le dolían, la espina dorsal le dolía, y, a veces, después de los dos vértigos que lo derribaron sin sentido, los dolores eran tan próximos, que era un solo dolor del cuerpo; después, desolación del alma, de la esperanza...

Los otros dormían y él estaba en vela, pensativo, ora acobardado, ora resuelto, incorporándose cada vez que cerca de él, de entre la manigua, le llegaba un silbido insidioso, tan insidioso, que era increíble que no fuera humano.

Y nadie sospechaba su martirio... Algo anormal debía haber en él, cuando sus compañeros, que desde el primer día le llamaron «el niño» por tácita decisión lo libraron de las tareas más rudas. Sin duda lo creían enfermo, el fantasma de lo que nunca había sido: de un hombre fuerte, debilitado por cualquier dolencia. Si había que ir por agua, era él quien iba al regato; se tardaba una buena hora, y andar, aunque sea con dos cántaras llenas colgadas a los extremos de una vara entrecruzada detrás del cuello y sujeta con manos y hombros, no era un trabajo..., no era tanto trabajo.

El ingeniero, exigente y rígido para los demás, había tenido con él condescendencias. Una tarde se le acercó para preguntarle si sabía leer y escribir. Aurelio hizo un esfuerzo, y dijo que no.

–¿De veras que no sabes leer?

–No, señor, no... Nunca me enseñaron.

–Te hubiese colocado en la Administración, tienes trazas de listo.

–Nunca me enseñaron... es la verdad.

–Es lástima... Aprende... Allá el trabajo es menos duro. Tú no pareces muy fuerte, ¿eh?

–¡Oh! bastante... Resisto bien, no crea.

Tuvo miedo de que lo fueran a expulsar y se esforzó aumentando sus sufrimientos. También sentía simpatía por el ingeniero, encanijado lo mismo que él, con sus grandes ojos melancólicos que no debían fijarse a gusto en los papeles llenos de triángulos y ecuaciones. Varias veces lo había sorprendido dibujando el paisaje con mano inexperta; él lo hubiese podido guiar; pero el propósito de no quebrantar los fueros de la clase en que se había afiliado, lo contenía.

Apenas el ingeniero se alejó de su vera, los demás vinieron a preguntarle, y en todos los rostros había desconfianza, viejo rencor, que tuvo expresión fiel en los labios de Demetrio Ruiz:

–Es un mal hombre –dijo entre dientes; y un negro corpulento añadió:

–Que nunca me lo encuentre solo... Vendo su pellejo.

Aurelio sorprendió en varias ocasiones la mirada del ingeniero puesta en él, buscándolo por sobre las espaldas de los trabajadores dados por completo a la faena. Temía encontrárselo, lo rehuía y llegó a ver en la posibilidad de su protección un peligro para el

calvario que con tanta dignidad como dolor iba subiendo. Supo ahogar –¡a costa de cuántas torturas!– todos sus impulsos; combatió la ley de las afinidades que le gritaba que con aquel hombre hubiera podido explayar su alma prisionera en el trato de los jornaleros, y supo vencer las ansias de su cuerpo molido, incapaz, en el postrer instante de resistencia cada final de jornada. Un segundo de desfallecimiento y todo perdido... irremisiblemente: sacrificios, dolores, esperanzas.

La cuadrilla se componía de once negros y tres mestizos; él y Demetrio Ruiz, que hacía veces de capataz por enfermedad del efectivo, eran los únicos blancos. Se hablaba de que, para armar el puentecillo de acero que iba a tenderse sobre la trocha, vendrían quince hombres; los brazos eran escasos; el corte de caña, más lucrativo, los acaparaba.

Demetrio Ruiz no era buen capataz: lo impedían sus anhelos igualitarios. Siendo sobrio, no sabía oponerse a la venta de ron, prohibida cada mañana por el ingeniero, so pena de multas; toleraba que algunas veces sus subordinados pusieran mano sobre mano, dieran una chupada al tabaco o se reposaran simplemente sin pretexto... ¿Cómo no iba a consentir aquello? ¡Canario –solía decir–. El globo de candela pica hasta hacer ronchas... El señor ingeniero está muy cómodo a la sombra de su tienda, echándose fresco con el abanico de yarey...; pero aquí pica, vaya si pica el sol... Descansen un poco... ¿Qué le importa a la Compañía, que es millonaria, medio jornal de más o de menos?

Todos le querían, tratándolo con un dejo de respeto que rechazaba él, creyendo que la fraternidad consiste en hacer arrodillar al alto para que no sobrepase al chico: supresión de categorías, supresión de diferencias, supresión de todo cuanto es sustantivo en la humanidad. Mas a Demetrio Ruiz hubiera sido imposible convencerlo de que no era igual al negro corpulento, que odiaba a los jefes por atavismo y contaba en las veladas, embriagado de ron y de ansias de represalias, la muerte de su bisabuelo, a quien dos «jefes» sujetaron a un tronco para azotarlo con unas correas terminadas por puntas de hierro, y le dieron tanto, tanto, que lo concluyeron.

En su apostolado, a Demetrio Ruiz le había surgido contrincante: uno de los mestizos, que *sabia de letra*, y había vivido en la ciudad...

Pero apenas si sus discursos, de temible abundancia, variaban la posición espiritual de sus oyentes. Y cuando Demetrio, rascándose el remolino de canas, decía: «Tos semos iguales... No hay blancos ni negros..., na más que creaturas», el entusiasmo de sus prosélitos era mayor que el que lograban levantar las peroraciones y las palabras retumbantes del mestizo. Sentían más cerca de ellos a Ruiz que al hombre híbrido en cuyo color había la falsía de las aleaciones... Demetrio no perdonaba al mulato que fuera «de ciudad»; los otros no le perdonaban que supiera leer. Y cada vez que Demetrio regresaba de la tienda del ingeniero, donde había ido a asumir la responsabilidad de uno de sus subordinados, los negros, ofreciéndoles sus manos enérgicas, le prometían:

–Con *usté* a la fin del mundo...

–Aquí no hay «usté»; *tos* iguales.

–A la fin del mundo –repetían mostrando los dientes brillantes, en coro de adhesión.

También Aurelio, blanco de puro linaje caucásico, se sentía menos distante de los negros que de los mestizos, vanidosos y sinuosos.

Los negros tenían su religión, ¡quién sabe qué complicada religión nacida hace siglos en Etiopia o en otra estepa africana!: culto del Sol, devoción de la Luna: aras sobre las que cuerpos humanos debían tostarse para el festín... Creencias desvirtuadas ya quizás, de las que guardaban ellos, deformándolos de generación en generación, ritos exteriores; religión a cuyas prácticas se daban sin fe substancial, haciéndola, acaso, compatible con el amor a la Virgen María y al Sagrado Corazón, que tiene, al menos en su representación gráfica, la macabra violencia cara a la raza que devoraba a sus enemigos...

En las ceremonias de esa religión, Demetrio Ruiz y los mestizos eran descontados... Aurelio las conoció accidentalmente, en una de aquellas interminables noches de insomnio en las que, adolecidos cuerpo y alma, temía desmayar, abandonarse... Se incorporó en la hamaca... Habíale parecido sentir un rumor rítmico ...La brisa lo entrecortaba a ratos, pero el rumor existía distante, continuo... atrayente. El amaba todo suceso que pudiera inspirarle interés, originar un intervalo de distracción de su dolor. Bajó de la hamaca, y guiado por el ruido, fue con precauciones, deslizándose... Y

llegó... Era en un claro del bosque, como en los cuentos de trasgos. Un negro, el negro corpulento, estaba sentado y tocaba con las palmas de las manos en una piel tensa sobre la boca de un barrilito; otro, agazapado junto a él, tañía un instrumento indefinible, de una sola cuerda. Los demás formando un cordón circular en torno de extrañas cifras trazadas en el suelo, bailaban... bailaban sin fatigarse, sin sonreír, con una gran sombra de preocupación en las caras, revulsos los ojos, los hombros encogidos, contorsionados epilépticamente los brazos, salvajes, misteriosos, imponentes, trágicos...; danzaban con extrema lentitud, dóciles al ritmo del timbal y al quejido monocorde que a veces gemía el otro instrumento.

Estaban alumbrados por un candil. Aquel baile debía producir gran fatiga: todos tenían los desnudos torsos sudorosos ; uno de ellos había ornado su cabeza con un plumero multicolor. Se veía que no era una diversión, sino un rito. En el centro del círculo, junto a las cifras rayadas en el suelo, había un pez desjarretado; la luz del candil resbalaba sobre las escamas de plata... De pronto se detuvieron –Aurelio tembló–, y el negro corpulento, sin dejar de tocar, cantó con voz ronca:

«Arrucurrucu
cabesa e cherna,»

El que punteaba el instrumento extraño, añadió:

«Arrucurrucu
cabesa sola»

Y los demás volvieron a reanudar la danza, lentos y serios, agitadas las bocas en este susurro:

«Arrucurrucu
cabesa e cherna,
Arrucurrucu
cabesa sola»

Aurelio se alejó impresionado. Desde su hamaca sintió el «taac-

ta-taac» del timbal mucho tiempo. Jamás había él sentido preocupaciones dogmáticas ; no recordaba misa, confesión ni comunión en muchos años atrás, y, sin embargo, aquella escena lo hirió como un escarnio; sospechaba en ella sedimentos de un pasado bárbaro y sangriento; aquella escena, de un ritual diferente al de sus padres, al de su raza, le puso en el espíritu el deseo de entrar en una iglesia, de ver las imágenes familiares a las que se encomendaba de niño. En seguida se convenció de que no era deseo, sino necesidad. El día siguiente lo pasó casi sin pensar en su cansancio. A la hora del almuerzo pidió a Demetrio Ruiz que solicitara del jefe permiso; podría ir en el automóvil hasta el ingenio, y de allí, en una hora de tren, hasta la ciudad.

El jefe accedió. Antes de partir, Demetrio le preguntó, amoscado:

–¿Te llama a ti la ciudad también?

–Tengo que hacer unos encargos.

–Sí... sí.

–¿Se le ofrece a usted algo de allá?

Demetrio, con un trémolo de sorpresa y de cólera en la voz, dijo:

–Niño... si quieres que seamos amigos, no me hables nunca de nada de «allá abajo». El sumidero y yo, ¿sabes?, no haremos nunca migas... No estoy enfadado, no... Es una advertencia.

La iglesia era pequeña, de muros enjabelgados; tenía tres bóvedas y cinco altares. En las columnas había ramas de palma bendita, reseca ya, entretejida por manos piadosas. Bancos y sillas estaban alineados bajo la nave central... Todo era humilde, limpio... Hasta el Crucificado parecía encontrarse a su guisa, bañándose en el rayo de luz que bajaba de una de las vidrieras... El templo estaba desierto; un sacristán limpiaba en el altar mayor el tabernáculo, sobre cuya puerta resplandecía una llama de oro y carmín.

Aurelio fue a refugiarse en una de las laterales, ante un altarcito adornado con frescas. No olía a incienso; las enredaderas trepaban por la espalda del ábside y asomaban por las abiertas celosías... Debían oler así las capillas de los ermitaños–agricultores que erigieron sus ermitas en las cimas para estar más cerca del cielo. Quiso apartar sus sentidos de la frescura del ambiente, del perfume de jazmines que descendía de las enredaderas. Se hubiera

adormecido en aquella tibieza, apoyado en un reclinatorio... Entonces un temor lo alteró de improviso. «¿Recordaría las oraciones?» Siempre el Credo se le embrolló, a la mitad, con la segunda parte del Ave María, allí donde dice «...y descendió a los infiernos»... No importaba. ¿Acaso el estar allí, puestas las rodillas en el escaño y la mirada en las imágenes del altar, no era un Credo más ferviente que el que pueden los labios decir y la memoria retener?...

El ruido que movía el sacristán en el presbiterio, cesó. Y él, estimulado por el recogimiento, se dispuso a comenzar. Sus labios no intentaron repetir las oraciones rituales; el corazón, como una granada madura, abrióse en palabras de plegaria que le vinieron a la boca tumultuosamente:

–¡Señor!... ¡Virgen del Carmen... dadme fuerzas, no me dejéis caer... ¡Virgen del Carmen, quiero ser bueno, quiero olvidar, quiero resistir, quiero... ¡Virgen del Carmen, Señor Jesucristo, para nada malo vengo a pedir ayuda!... ¡Sois vosotros los que ganáis! ¡Virgen del Carmen!...

Las palabras le borbotaban en los labios, las lágrimas en los ojos. Temblaba de fe. Aquella que estaba en el altar con el manto azul y el pecho siete veces asaeteado, no era la Virgen del Carmen; pero él la invocaba a ella porque Nuestra Señora del Carmen era la Virgen de su niñez, la que había estado estampada en un escapulario que él llevó muchos meses pendiente del cuello y que cambió una tarde de pecado, en la escuela, por una goma de borrar... Además, él, ignorante, le hubiese sido imposible acertar entre once mil vírgenes con el nombre justo, sin decir antes diez mil por lo menos.

Los bronces eclesiásticos que sonaban le distrajeron. Acudían algunos feligreses. Aurelio salió. Iba a pasos lentos, tranquilos; podía la caritativa Patrona de los marineros negarle su ayuda; mas el solo hecho de demandarla, había sido válvula por donde muchas de las sombras del alma hallaron salida. Una risueña confianza renacía en él... Se detuvo ante el escaparate de una tienda ornada con tarjetas postales, y compró cuatro que tenían parajes de la ciudad: una para su madre, las otras para Natalia, para don Juan Antonio, para Ricardo Nors; a los demás no valía la pena; era preciso comenzar a ser económico...

En un café, furtivamente, como si sus compañeros de trabajo

pudieran verlo, pidió recado de escribir. Hacía más de mes y medio que no cogía la pluma... Y, sin sospecharlo, complacíase en aumentar la torpeza con que ahora la tenía entre los dedos. Por instinto, la pluma anduvo de acá para allá sobre el papel...; primero fue una cara cualquiera; luego, sin saber por qué, dibujó el rostro espiritado, de sedeño bigote y melancólicos ojos, del ingeniero. Dibujando llegó la hora de la marcha. Arrugó el papel con disgusto y escribió en las cuatro postales la misma frase: «Soy feliz. Recuerdos»...

Cuando, luego de depositarlas en el buzón, dirigióse a tomar el tren, pensó en la vida que iba a reanudar; en respuesta a ese pensamiento, el cuerpo se encogió dolorosamente... Aquellas tarjetas iban a esparcir una mentira. ¡Si siquiera fuesen a transmitir un engaño!... Pero él no se engañaba: No era feliz, no era feliz...

X

Pensar, siempre pensar, cuando era necesario ser una rueda ciega en la máquina; recordar, siempre recordar... Y él sabía que, en todas las cuitas humanas, el más feliz es el que puede olvidar antes.

No, no era dúctil. Acaso el hombre no sea, como tanto se ha dicho, un animal de costumbre. Y es que, en las sentencias muy manoseadas, todos fían en la probidad del primero que la repitió, pensando que ése debió encargarse de comprobar si asistía razón a quien la dijo. Su ductilidad le había permitido imitar el habla de sus compañeros, darse un aspecto rústico cuya autenticidad debía ser dudosa a los ojos observadores –¿por qué lo miraba el ingeniero con tanta insistencia?–; mas, contra las dificultades fuertes, su deseo de plegarse estrellábase. Si nada hay congénito, y el hijo de un duque criado en una caballeriza adquiere personalidad de palafranero, que sólo abstractas y fugaces ansias traicionan, ¿por qué motivos las cualidades ingénitas largo tiempo practicadas, dejan en el organismo huellas más hondas que en la memoria? Contra sus propósitos de conventirse en un garzón rural, la herencia ciudadana triunfaba; contra su propósito de someter su alma al troquel de las abdicaciones, sus sentidos triunfaban pulsados por la brisa de una tarde caliginosa; triunfaba en él lo accidental de lo eterno; y ya, como en venganza de los dolores que sus faenas y sus marañas habianle ocasionado, hasta desarraigo de su gusto aquel amor a lo campesino que tantas veces habíale llevado a estudiar con unción el paisaje. No se lo decía; pero desde que era sabedor de lo que el campo exige del hombre, su concepción grata del campo era el «Boi de Boulogne»... Cada mañana estallaba en su boca este grito: «¡Hay que luchar!» Y, heroicamente, día tras día, dos meses pasaron sin que ni en los momentos peores pensase desahuciar su tentativa de regeneración.

Con frecuencia, nostalgias de comodidades materiales lo mortificaban. Ya era en las noches de estéril vigilia, ya al medio día, cuando del caldero suspendido sobre una hoguera llegaba el aroma de la comida: plato único del que había que saciarse. Entonces él, de ordinario sin apetito, pensaba con gula en los copiosos «menús» de los hoteles, en las fuentecitas cargadas de anchoas, de salmón, de

aceitunas, de mantequilla rizada... el recuerdo de la ropa interior de seda, adquirió una torturadora persistencia; y los largos reposos matinales, los paseos en coche, su taller abrigado en invierno, los guantes de piel que defendían sus manos ahora adoloridas y deformadas, eran altos donde su memoria se detenía con delectación, para martirizarle con inevitables comparaciones. Su voluntad decía: «Hay que proseguir»; pero su boca entreabríase en suspiros.

De tarde, en esa hora en que el paisaje es solemne, alzaba la cabeza con desaliento, tentado por el dolor y por voces burlonas que le gritaban el contraste de su vida anterior con la paupérrima existencia actual... Las palmeras cabeceaban a lo lejos, como hombres indecisos, y en ellas –tronco recto y penacho desfalleciente– estaba íntegro el símbolo de su situación.

A pesar de ser su vida rica en emociones, Aurelio vivía del pasado. Las personas que ahora trataba parecíanle envueltas en una gasa de irrealidad: personas, hechos y paisajes... Si hubiese despertado una mañana en su alcoba de París, habría volteado el cuerpo en el ancho lecho de madera, desperezándose, seguro de haber tenido pesadillas. Los de allá, los de Trouville, tomaban en su pensamiento una existencia constante, casi tangible; platicaba con ellos despierto y dormido; sus oídos soñaban sus voces y sus ojos sus figuras. En los momentos de desmayo hubiera deseado poseer la segura orientación de Ricardo Nors, la fe de Natalia, la ecuanimidad de D. Juan Antonio... A todos tenía algo que envidiar. Y en las crisis de desesperación, cuando le bordoneaban las sienes, transpiraba su cuerpo y un descoyuntamiento amenazaba romper sus articulaciones, la vida muelle de los de «allá» lo irritaba con envidiosa cólera hasta hacerle sentir en la vista una venda que le velaba cuanto aquellas vidas tuvieran de mezquino o de monótono o de abyecto... No era arrepentimiento todavía... ¡Oh, él contaba con mantener su marcha hacia el arquetipo de bondad y fuerza soñado... Pero el cuerpo tardaba tanto en habituarse...

Comprendía que no era un buen jornalero. Ya ni siquiera al ir por agua sentía el pundonoroso hormiguillo que en los primeros días hacíale regresar con rapidez. Demetrio Ruiz le amonestaba para convencer a los demás de que la comunidad de raza no era privilegio. A cada reconvención, Aurelio se prometía no delinquir

otra vez; pero el ansia de reposar junto a la fuente, mirando el caño donde latía el agua como una vida; el ansia de pensar en los de «allá» bajo el palio de verdor, dejando ir la vista voluptuosamente de las cañadas a los bosques de caobas que trepaban por las laderas del monte, al llano– por donde galopaban a veces potros indómitos–, a los collados de verde y aterciopelada apariencia, a la sabana en cuyo centro alzábase una casita pintada de amarillo, que hasta en los días nubosos parecía asoleada, al cielo...; el deseo de disfrutar sin zozobras la rumorosa paz del campo, era más fuerte que su voluntad de regresar.

Fue allí donde por primera vez Natalia Roca se le apareció con su prestigio total de mujer joven. ¿Estaba dormido? Algo de ausencia de razón y de superlucidez combinábanse en aquel estado mórbido... Jamás en sus recuerdos el ser físico de Natalia había dominado así; su corazón, su elocuencia, hasta la memoria de sus vicisitudes, todo cuanto no era carnalmente femenino, esfumóse en la aparición: era ella, la mujer, con el mismo vestido de aquella noche –la noche en que pudo matar al otro, la noche en que un hálito tentador y enlanguideciente emergía de su cama– y el aire calmo de la tarde, tenía algo del perfume de su aposento... Y tuvo que abrir las manos, tender brazos y labios en un gesto de solicitud... porque ella estaba allí, junto a él; no inclinándose hacia su oído para mancillar la actitud de besar, con un consejo, sino enigmática, con un relámpago juguetón en los ojos... ¿Se ofrecía? ¿Se burlaba? ¿Qué secreto traía en su gesto maligno? El pelo negro desordenado, la boca entreabierta, el cuello lechoso serpeado por tenues caminos azules; el cuerpo de talle puro donde los senos tenían arrogancias imposibles de disimular; los brazos, las manos perfectas, los pies calzados con coquetería, las Piernas que se moldeaban en el raso de la falda... Y luego, de pronto, aquel lunar que entre los cabellos de la nuca era una cita para las tentaciones... ¿Por qué se le aparecía así, con tal fijeza de detalles, como nunca la había visto en presencia? Y pensando en ella, viéndola, casi poseyéndola, pasaron dos horas, sólo alteradas por lampos de luz que relampagueaban en la hoguera del día, lo mismo que una llama más fúlgida pasa a veces por la gran llama de la fragua.

De retorno advirtió en sus compañeros una intranquilidad extraña. Sin atreverse a preguntar se puso al trabajo, temiendo que

su retardo fuera causante. Acababa de cargar una carretilla de tornillos, cuando el ingeniero gritó desde la puerta de su tienda con colérica voz:

–¡Pasado mañana vienen IOS hombres para la trocha y usted dejará de ser capataz, ya que no sirve!... ¡Estoy hasta la punta de de pelos! ¡Esto no es libertad, que es libertinaje!... ¡Se acabó, se acabó y se acabó! El vendedor de ron puede hoy mismo hacer su paquete, y usted, Ruiz, ya me ha oído.

Todos siguieron trabajando sin alzar las cabezas. Uno de los mestizos quiso hablar, y Demetrio Ruiz impuso el silencio con esta sola palabra: «¡Después!»

Eran las cinco de la tarde, y hasta que sonó la campana sólo se oyeron los martillazos al partir las piedras, el chirrido de los taladros y el ruido opaco de los pilones de madera que apisonaban el camino.

El ingeniero estaba en el fondo de la tienda, detrás de una mesita sobre la que se mezclaban aparatos de agrimensura, rollos de cartulina, cigarros y lápices. Estaba erguido, fiero. Los trabajadores, los sombreros entre las manos, formaban grupo frente a él.

–Hablen... A ver, que hable uno solo; el capataz... ¿No hay quien se atreva a hablar?... Váyanse entonces... Lo dicho, dicho.

Ninguno se movió; las miradas estaban bajas ante la mirada del jefe, pero en la obstinación calmosa había algo intranquilizador. Antes de todas las rebeliones hay un silencio.

Se daba cuenta el ingeniero de que para mantener la autoridad era preciso no cejar ni un ápice, y sostuvo la mirada de desafío; luego, para llenar y atenuar el silencio hostil con una acción, encendió la lámpara de acetileno.

Se oían las respiraciones, y un olor bravío de sudor pesaba en la tienda. El viento hacía oscilar la llama y las siluetas bamboleábanse en las paredes de lona.

Viendo que nadie se movía, el ingeniero añadió con tono imperativo, apremiante:

–Vamos, despejen... el automóvil va a llegar... Si alguno está descontento, no tiene más que irse.

Algunos tocaban con el codo a Demetrio Ruiz, azuzándolo. El

mestizo elocuente hizo ademán de hablar, y entonces Ruiz, que había estado cejijunto y mudo, lo detuvo con un gesto, y comenzó con tono entrecortado, afirmando la voz según avanzaba.

–Bueno, ¿te has decidido al fin?... Tanto mejor... Expón lo que tengas que exponer en pocas palabras. Escucho.

–Veníamos, jefe..., ¿sabe *usté*?... A mí no se me importa dejar de ser capataz; fue *usté* quien se empeñó, recuérdese... Yo no quería... Yo, vamos al decir, me estoy mejor de peón, igual que *tóos*.

–Al grano... No tengo tiempo de escuchar exordios.

La voz del ingeniero era cortante; la de Ruiz, adquiriendo de repente un tono resuelto, concretó:

–Venimos a decirle que, o no despide al que ha despedido, o *tóos* nos vamos.

–Y bien...

–Es que...

Sin aguardar las aclaraciones, el mestizo:

–Nos vamos –terció–, pero aquí no trabajará *naide* más... Porque aquí *tó* es *injustisia*. *Pa* unos la manga ancha y la estrecha *pa* los demás... Los del color, ya se sabe, la peor parte... Y hay que saber, ¿no *e veldá*?, que la *conjunsión sosial* está ya hecha, que ya no hay esclavos ; y si *usté* piensa que vamos a aguantarle, está *equivocao* de medio a medio; y que así como *usté dise* lo dicho, dicho, mis compañeros y yo *desimos* también: lo dicho, dicho.

En la penumbra brillaban las risas luminosas de los negros, que aprobaron el discurso. Había algo de feroz en esa risa.

En vano Demetrio Ruiz repetía con terquedad:

–Nada de *embroyá* la *custión*... Aquí, *tóos semos* lo *mesmo* unos que otros.

Envalentonado con su triunfo, el mulato añadió:

–*Demasiao* se ve que es la ley del *embuo*. ¿Por qué no me han hecho a mí, que soy más antiguo, o a uno de éstos, *capatá*?...: porque *semos* morenos. Tú sabes que *na* de esto va contra ti, Demetrio; pero si tú *n'hubiera estao* aquí, el *capatá* hubiera *sio* ése–. Y señalaba Aurelio Zaldívar.

–En *tó* caso –siguió–, no es contra ése tampoco: es contra la *injustisia* que no debíamos aguantar más...

El ingeniero se había puesto pálido. Sus manos vagaban nerviosas sobre la mesilla. Con voz turbia interrumpió al mestizo:

–Hemos concluido ya... Aquí nadie se impone, ¿estamos? Tú te irás hoy mismo también.

–¿Que yo me iré?

–Sin replicar.

–*Usté* no me va a *tapá* la boca.

–Ea, se acabó... Si no soy quién para taparte la boca, lo soy para echarte por díscolo... Que no te vea más... Despejen.

Se inició un leve movimiento de retirada. Viéndose perdido, el mestizo quiso cortarlo:

–Y me despide porque soy del color, porque no tenemos coraje y hemos *soportao toas* las *patás*... Pero si no fuera por eso y éstos tuvieran *soliariá*...; yo le aseguro que si éstos quisieran, yo no me iba.

–He dicho que afuera... Capataz, usted me responde del orden.

La voz era estentórea, pero el tono flaqueaba... Los negros habían dado un paso adelante, secundando la actitud del mestizo, y voces obscuras de resistencia salían del grupo. El ingeniero se replegá Su mirada iba imploradora de Demetrio a Aurelio Zaldívar, y aquella mirada suprema quería decirles: «Vosotros que sois de mi raza, que sois mis hermanos, ¿me abandonaréis a estos hombres cuya saña leo en sus dientes de lobo y en las siniestras luces de sus ojos?... Amparadme... Retenedlos siquiera cinco minutos... El automóvil va a llegar y no estaremos solos»... Y tan pronto decía esta súplica como iba a clavarse con una ficción de energía en los otros, intentando sugestionarlos.

Una voz murmuró:

–A ese lo *q'había* que *haserle* era...

Y él, echando una mano atrás, se impuso así:

–Al que ponga un pie adelante, al que se mueva, le meto una bala en los sesos!

Hubo un silencio, una pausa. La autoridad vencía... Tal vez todo hubiese acabado en paz, si la diestra que, delatando ser un simulacro el gesto de la otra mano que había ido a la faja por el revólver, buscando un instrumento de defensa, no se hubiese hecho una heridita con un cortaplumas... Unas gotas de sangre lo decidieron todo... De un salto felino, el negro corpulento llegó hasta la mesa, y sin lucha, de un solo tajo formidable, rajó el cuello del ingeniero... Fue una herida ancha, circular, neta, admirable... La

sangre mojó a todos, y cayendo en la lámpara hizo crepitar y palidecer la luz. El cuerpo vino a tierra, y allí, de dos mandobles, cogido el machete con ambos manos, el cíclope le partió un hombro antes de separar la cabeza...

Una sensación de terror había hecho a los otros salir de la tienda al primer golpe. La tienda quedó sola –misterio trágico–, iluminada desde dentro, como un gigantesco farol en el crepúsculo... Dispersos, los demás tenían puestos los ojos allí donde estaban el muerto y el que había matado... ¿Qué hacía aún allá? ¿Por qué esa fascinadora quietud Hubo un movimiento en la tela... Todos temblaron cual si pudiese pasar algo más horrible... El negro corpulento, alzando la cabeza, que goteaba, vociferó:

–¡Aquí está... aquí está!... ¡Ya no nos llamará más hijos de perra!... ¡Mírenlo cómo cierra los ojos!... Tú, Jaime, cógela; «ahí te va! ¡¡¡Buena bola!!!

La cabeza trazó una parábola macabra y cayó sobre unos matorrales; otro negro la recogió y la volvió a tirar; otro después...

El día se había puesto lívido antes de morir; las risas luminosas y feroces lucían en la sombra... Súbito, una voz, la voz del mestizo, dio la alarma:

–¡Que vienen! Los del automóvil avisaron... ¡Que vienen a prendernos!

A este grito siguió una desbandada frenética. Aurelio se halló solo; vio la cabeza sobre un montón de grava y la recogió sin mirarla; la envolvió en el faldón de su camisa, la aprisionó contra su pecho, y sin saber por qué, sin saber de quién, huyó despavorido... Huyó toda la noche.

También la Naturaleza parecía recordar... Frente a él la mar rumoraba... Ni luces, ni ondulación crestada de espumas; sombra y murmullo nada más, como la noche en que, al llegar a El Havre, sintió cortados sus pasos por la barrera límite entre el mar y la playa. Había corrido mucho tiempo, arañado por las malezas, piadosamente oprimida contra su pecho la testa ya fría. Sujetábala como algo querido, sin osar mirarla, sintiendo, al mismo tiempo que el deber de no abandonarla a la voracidad de los cuervos, miedo de ver sus ojos empañados, los maxilares fuertemente juntos que

habrían dado a la boca una mueca cruel... Sólo allí, cuando el susurro del mar lo detuvo, sintió que la humedad que mojaba su pecho no era sudor... Y pánico perentorio se adueñó de él y lo hizo arrojar la cabeza al agua... No tenía ya fuerzas, y la cabeza cayó en el linde de la arena, de donde una ola la recogió... Durante un instante pare-ció un hombre que nadara en demanda de la orilla; luego mostró al cielo el cuello cercenado..., luego desapareció para siempre. Sus ojos la buscaban con avidez, engañándose y creyendo verla tan pronto cercana como distante... Debía ser tardísimo; la temperatura era vernal; sus párpados cayeron bajo el sueño...

Voces ásperas lo despertaron. Al abrir los ojos, había perdido la consciencia de los hechos; pero detalles persistían, y persistía también un terror convulso que lo hacía temblar lo mismo que si hiciera frío. Se dejó maniatar. A las preguntas capciosas de los aprehensores, respondió con frases incoherentes:

–Allá la cabeza... nadando... Ni rastro queda ya... No sé...

–¿Verdad que fuiste tú?

–Claro, ¿no veis esa cara de hipócrita?

–Vamos, confiesa... Es lo mejor.

Aurelio sentía que sus frases eran incoherentes; sentía la necesidad de pronunciar una palabra delatora; rayos de conciencia remota querían imponerse y le hacían sufrir... Sabía la única frase que podía salvarlo... Pero en sus labios no había otras palabras:

–Ni rastro... Se ha ido... Ni rastro ya.

Dos guardias le dieron sendos culatazos para que echase a andar. Los que lo custodiaban eran cinco, al mando de un sargento bisojo. Marcharon largo rato, haciendo un rodeo para entrar por la ciudad sin pasar por el ingenio. Los guardias lo improperaban de vez en cuando, y luego hablaban entre ellos. Aurelio oyó que otros varios habían sido capturados durante la noche.

El sargento, por único comentario, decía:

–Ahora mucha ley y mucho *requilorio*... Si se siguiera el procedimiento de antes, pronto limpiaba yo esto de bandoleros.

¿Cuál era el procedimiento de antes? Esta pregunta, formulándose con insistencia, fue esclareciendo la conciencia de Aurelio... Poco a poco sus recuerdos se ordenaron, su sentido del peligro se de;hizo de las sombras que lo obstruían.

Y la primera idea concreta que tuvo, idea que le fue preciso

musitar para saber mejor que la poseía, fue ésta: «Si fuera solo con el sargento bisojo, yo no llegaba a la ciudad».

XI

Hay en todas las vidas épocas vacías y épocas saturadas de hechos. Iguales lapsos de tiempo, comprados, no parecen tener la misma extensión, y aseguramos: «Aquellos tres meses, aquel año en que no hice nada, fue más corto que estos tres meses hipócritamente elásticos»... El tiempo pasa ledo por entre los jalones de la vida sedentaria, y se abre, se prolonga, centuplica la capacidad de sus minutos para abarcar cambios y sucesos en las nómadas existencias... Los calendarios y los cronómetros mienten. El reloj del tiempo es el alma.

Y Aurelio, sintiendo en la cabeza un hervidero de remembranzas, pensaba así, con los párpados entornados, inmóvil... La sala era pequeña; las seis camas, juntas las cabeceras a las paredes, estaban separadas por ventanales en cuyas cortinas de yute palidecía el sol. Era una sala apacible, y sólo los pasos de alguna monja y el vuelo continuo de las moscas en torno del alambre conductor de la electricidad rompían el silencio. Casi todas las camas estaban vacías: un viejo, envuelta la cabeza en vendajes, reposó muchos días en la del rincón... El sentía afecto por aquel viejo a quien el color broncíneo y los vendajes hacían parecer musulmán; y una noche, entre sueños, vio que un enfermero de riñones pujantes sacaba en brazos un cuerpo inerte... Luego le dijeron que el viejo había cambiado de clínica; pero no, él sabía que el silencioso viejo del turbante no estaba ya sobre la tierra... De vez en cuando Aurelio hacía esfuerzos para calcular el tiempo que llevaba allí. Recordaba borrosamente una etapa de somnolencia: largo letargo de terrores y espectros vindicativos... Después, un vacío de vida animal: dolores, necesidades materiales, sombras difusas que en torno al lecho ya lo cuidaban, ya lo interrogaban... Ahora suponía que aquellas sombras debieron ser las monjas, el médico y el juez. Las hermanitas de la sala eran dos, de edades diferentes, de estaturas diferentes, de procedencias sin duda muy diferentes, que el fondo común de sacrificio de los goces terrenos no había podido desvanecer; una era de continente prócer, de esquiva y severa bondad...; en la otra, todas las facciones y todos los gestos estaban supeditados a los ojos: grises ojos virginales de

transparencia acuática. Debían ser, una instruida y la otra no... Las dos lo querían; las dos, sobre todo, desde hacía varias semanas, parecían haber añadido algo muy acendrado al interés con que lo miraron desde el primer momento.

–Cuando sea juicioso y repose, le diremos una cosa muy buena.

–Debían dejarme incorporar –suplicábales él.

–Con ese tejemaneje que se trae, no sanará nunca.

–Tiene razón la hermana Isidora: estése tranquilo.

–¿Y no le parece que lo estoy, sor?

–¡Chist!... No se mueva; todavía está muy débil. La de la guadaña ha estado rondándole muchos días y hemos conseguido al fin echarla a escobazos.

–¡Oh, ya podría sentarme!... Díganme eso.

–Duerma, duerma... Ya lo sabrá.

Y se iban a pasos quedos... Sí, él había sentido el filo de la segur; aún no estaba seguro de que la hoz respetara su garganta. Cada movimiento era una molestia, y, sin embargo... podían pedirle que no se moviera, mas ¿por cuál brida sofrenar al Clavileño de su imaginación, que, en apariencia inerte, causábale la fatiga de las grandes jornadas? Bien sabía que tenían que decirle –¡como si él no lo supiera!– que era inocente de la muerte del ingeniero. Desde que la monja de los ojos virginales se acercó a su lecho sin la actitud medrosa del principio, presintió él que sus manos estaban ya limpias en la creencia de los jueces... ¿Qué le importaba lo demás? Por medias palabras fue sabiéndolo todo...: sus fiebres infecciosas que hicieron temer una tisis, las congojas pertinaces, la cacería de los negros obstinados en negar, la fuga de Demetrio Ruiz al través de los más fragosos vericuetos del monte, para ir a entregarse, exhausto ya, a cuarenta leguas del punto de partida... Supo que confesó la verdad y que, consumido por la nostalgia del campo, durante el interminable proceso habíase ido consumiendo poco a poco en el patio de la cárcel, sin querer cambiar palabras con los otros presos, hasta extinguirse sin enfermedad, dulcemente, de un embolio: llena la escasa carne de horror de la ciudad y los ojos de geórgicas visiones. Ciudadano del país de Utopía, socialista-poeta hermano de Asís, murió como debía morir y nadie lo supo... Los periódicos dijeron en cuatro líneas que un hombre había sido encontrado cadáver en su celda; y ni siquiera más tarde, cuando el

negro corpulento confesó de súbito ser el asesino y no haber obedecido a ninguna instigación, ni siquiera entonces dijeron que el inculpado era inocente... A los periódicos les disgusta rectificar, porque, en el concepto del vulgo, es más respetable el que menos se desdice. Hay que sostener los errores... Infalibles oráculos, jueces infalibles, opiniones hechas para uso de los que no tienen opinión... Cuando un periódico afirma: «Esto ha pasado», aumenta en uno el número de los artículos de la fe... ¡Los periódicos! Estas dos palabras enardecían en Aurelio un turbión de rencores... ¡Los periódicos!... Bien sospechaba que el retrato que le hicieron en el gabinete antropométrico habría calumniosamente recorrido el país en todos los periódicos y revistas; y esta convicción lo exasperaba.

¿A qué mortificarse con tales pensamientos?... Las monjitas tenían razón: le hacía fata reposo. Y pretendiendo derivar a las regiones de esperanzas propicias en las convalecencias, se hallaba con otra fuente de sufrimiento: porque como la tristeza no radicaba aislada en un punto concreto de su situación, como todo su pasado era triste, al pensar que cuando se pusiera del todo bueno, iba a ser lo mismo que antes, «sólo lo mismo que antes, ni siquiera un poco mejor...», las lágrimas fluían de sus ojos, y lentas, ardientes, numerosas, resbalaban por bajo las sienes y mojaban la almohada.

Pudo al fin sentarse. Las hermanitas le dijeron que el doctor lo daría de alta pasados varios días, y que de allí podría irse libre a la calle, adonde quisiese. Las pobres, aunque enclaustradas voluntarias, prisioneras al cabo, ponían en la palabra *libre* un exaltado acento. Aurelio tuvo la primera decepción al saber que de la casa donde le guardaban el baúl, lo habían devuelto el mismo día que se hizo público su encarcelamiento, diciendo que les era imposible guardarlo ni un día más... Supo que le retenían por orden del médico algunas cartas traídas por un señor La Capilla, que había venido varias veces a informarse de su estado... Aurelio pidió que le dieran siquiera detalles; quiso saber si alguna de ellas traía sello francés. Le dijeron que sí: tres de España y una de Francia... Y quedó tranquilo, seguro de que lo que esperaba había llegado... Cuando se las entregaron, abrió primero la de Natalia. Era una carta corta, cariñosa, sí, pero de la cual una frase se le fijó vaga e insistente, desvirtuada en el momento por la noticia de que don Juan Antonio Méndez se había suicidado disparándose un tiro. La

frase era ésta: «Sea como deba ser: sacrifíquese... Presiento que a mí también me ha llegado la hora del sacrificio...» Quedó atontado. Maquinalmente leyó las cartas de su madre; una misma carta tres veces repetida con diferentes frases vibrantes del júbilo de saber al hijo preferido al comienzo de un buen porvenir.

En los días de convalecencia aquellas dos partes de la carta de ella, la frase y la noticia, quedaron adormidas en su espíritu; en ocasiones, él pensaba haberlas olvidado... y las sentía comprimidas, prestas a ocupar completo el espacio de su alma en cualquier momento... Las menores cosas lo distraían... Notó que la monja de estatura prócer vigilaba a la monjita de ojos virginales. Mientras en la cama del rincón estuvo el viejo, la monjita entraba sola; pero después casi nunca, y furtivamente. Era una vigilancia discreta: el brazo que no se ofrece y es sostén, el timón que guía sin violencia... ¡La monjita de ojos virginales debía tener tan pocos años!... ¿Qué historia de desengaños o de coacción habíala llevado a marchitar su juventud entre olor de farmacia y rostros macilentos?... El día anterior al de su salida, entró un momento sola, y él le pidió un recuerdo, una medalla, si tenía.

–No tengo ninguna dijo ella; y en seguida–: Espere, sí... Creo que tengo una... No le importará que no esté reluciente.

Regreso al poco rato con la medalla. Él la tomó y le dijo:

–Ningún recuerdo podía haberme dado mejor... Esta medalla la ha llevado usted en el pecho.

Se puso roja y echó a correr. Él, con una sonrisa de melancolía, vio perderse en el fondo del corredor las albas tocas temblorosas, como una blanca paloma asustada.

Al día siguiente, las dos monjas lo condujeron hasta la puerta. El iba emocionado.

–Adiós, hermanitas... Me acordaré siempre de ustedes.

–Que sea bueno.

–Sí, que sea bueno –repitió trémula la otra voz.

Hay palabras que sintetizan una leyenda, palabras que son conjuro para las emociones... «¡Libre!» Sus primeros pasos de hombre que ha estado mucho tiempo vedado de andar, fueron inseguros. El día lo deslumbró. Flotaba en las calles un polvo móvil

y dorado. El espacio era fuego fluido; en un jardín las flores se inclinaban sobre los tallos, semimustiadas. No, no podía andar de prisa –sudor, dejadez, gravitaciones sobre todos los centros de su actividad– e iba lentamente, estático de paso a paso; su cabeza buscaba el apoyo del pecho, casi mustiada, como las flores del jardín. Y de tiempo en tiempo –ráfagas refrigerantes– el eco de una voz en su oído le hacía erguirla: «Sea bueno».

La Capilla le mandó una esquelita de letra atropellada: «No piense que me niego a recibirlo. El beocio del director, mi amo, me dice con un eufemismo de zapatero que el correo se perderá por mí. Vaya mañana, que es domingo, a casa, calle del Cierzo, 36. Ojalá halle usted en los demás, después de su aventura, la acogida que yo le haré. ¡Reconcho, ha tenido usted mala pata!»

De nuevo, la lánguida marcha sin rumbo se reanudó... «Sea bueno», repetía la voz inefable... «Sea bueno». En seguida pensó en buscar trabajo. Entró en un almacén de víveres. Los muchachos –le dijo con aire de murmuración un dependiente– los reclutan en España, entre la parentela del dueño. Entró en una sedería: inútil; entró en muchas tiendas; fue después a los periódicos, dispuesto a acomodarse a todo y le recibieron como a un sujeto de información. Era ya tarde e iba extenuado. En una calle lejana del centro, un anuncio solicitaba a la puerta de un tenducho de aspecto pobre dos aprendices de ebanistería. Entró... El maestro, curvado sobre el banco, alisaba un tablón, y otro hombre moldeaba en el torno. Trascendía el aroma del barniz, y las virutas daban un olor resinoso. El maestro era de pocas palabras; Aurelio se avino a no recibir salario ni más que la comida del medio día. Desde el lunes, a trabajar. Y salió. Aquellas cuatro paredes de la ebanistería eran horizonte infinito... No habría andado cien pasos, cuando lo alcanzó el que moldeaba en el torno.

–¡Eh...! ¡Eh...! De parte del maestro, que no se moleste en venir. No es por nada, sabe, pero... La maestra, que estaba mirando desde dentro, lo conoció por haberlo visto *pintao* en los diarios.

Nunca había aquel hombre, habituado a manejar instrumentos que se hundían al menor descuido en las entrañas de la madera, herido tan cruelmente, tan hondo. Aquel pero estaría en todas las puertas, entorpecería todas las intenciones, lo recibiría en cada hogar para ahuyentarlo de él como a can maldito cuyos dientes

segregan veneno. Junto a él pasaban indiferentes los hombres que, por no haberse obstinado en contrariar las trayectorias de sus vidas, podían menospreciar al triturado por la fatalidad de los hechos. Huirían de él, con la franqueza con que nunca se atrevieron a evitarlo, los pintorzuchos del barrio Latino, a quienes su dinero trababa. La tarde era luminosa y él la veía turbia... La sangre precipitábase a lo largo de las venas; asmático sofoco le hizo desplomarse en un banco. Dentro de los sesos le vibraba una sensación auditiva: fanfarrias, cánticos de difuntos, alaridos, bramar de tempestad, que apaciguados de pronto sin dejar de existir, hacían silencio a estas dos palabras susurradas por una voz temblorosa: «Sea bueno»... ¡Oh! ser buenos! No contentarse con no ser malo, sobrepasar el punto neutro y escalar la montaña hacia arriba sin temor al derrumbe... ¡Ser bueno!... ¡Como si fuera tan sencillo ser bueno!

Representaciones de miseria llegaron a darle el golpe de gracia. La miseria que en los países fríos se momifica, debía tener aquí, bajo el sol que hace abrir las rosas y fermentar las putrefacciones, purulencia de gusanera, olor de sudor, emanaciones indescriptibles de sentina, de estómagos vacíos, de la cloaca infecta de la necesidad... Y muy abiertos los ojos, miraba al sol como preguntándole: ¿Por qué, si eres la luz sin la cual no hay nada, aceleras la descomposición bajo la tierra de los cementerios...? Vino un hombre andrajoso y se sentó junto a él. Hablaron. Hubo confidencias obscuras, reparto de un pedazo de queso, ingeniosas argucias de Nuestra Señora la Escasez.

–Lo que más me mata es no tener dónde dormir... Me caigo de sueño.

–Si tuvieras baúl...

–Lo tengo; en el hospital está.

–Con baúl, sí; porque el baúl queda en prenda... Se le meten unas cuantas piedras para que pese, y se habla de un cheque para llegar... Tú tienes cara de joven y puedes hablar de la familia; eso hace efecto... Si luego se quedan con el baúl, peor.

–Lo que pase luego no importa... Que pueda dormir hoy y...

–Vamos por el baúl. Lo cargaremos juntos hasta cerca, pero llegas tú solo... Se espera que pase un coche para que crean... Si nos ven llegar juntos se chafa la combinación.

–¿Está muy lejos?

–Cerca del muelle. Es una posada de marineros; la dueña es una inglesa... Andando por el bulto.

Llevaron el baúl entre los dos por inundadas de la obscuridad incompleta de una noche astral. Cada uno lo sostenía por un asa, y a veces se cambiaban de sitio para descansar las manos. Al través de aquel conducto prosaico y macizo, Aurelio Zaldívar y aquel hombre se cambiaron un sentimiento sutil, sagrado, cristiano: la piedad.

Durmió toda la noche, toda la mañana, hasta la tarde del día siguiente. ¿Durmió? Durmió, sí, porque dormir es estar con los ojos cerrados, inconsciente. Pero en su cabeza las ideas se entrechocaban, los recuerdos hacían ronda con los presentimientos... Hay molinos de viento que luego de impulsados por el vendaval, dóciles al embate, siguen girando, girando, girando, hasta mucho después de la calma. El molino gira:

... París... la irresponsabilidad que se siente en París, la liviandad, la ligereza, la necesidad de disculpar y de ser disculpado. Algún pobre cronista debe haber dicho que hay burbujas de champán en el ambiente de París... Y bien, si no en todo el ambiente, en la mayor parte... Los sedimentos del dolor están casi invisibles en una ciudad horadada... ¡París! Despreocupaciones, vicios, alegría, civilización, lacerias perfumadas, Medusas con sombreros de moda, energías que se dilapidan dulcemente en esquivar los coches, en mirar las vitrinas, en ir y venir sintiéndose átomo en el flujo impersonal de la muchedumbre... ¡París, París! ¡Bien merecen tus bálsamos una apostasía!... ¿Por qué te dejé?

... Don Juan Antonio se ha pegado un tiro. Un ejemplo... Soltar la muletilla de que los que se suicidan son cobardes; abrir la boca a un veneno, hacer último espejo de la hoja de un puñal, imitar a Ícaro desde un quinto piso, apoyar la sien en *pose* pensativa sobre un cilindro hueco que tiene la clave de todo... ¿Dónde se dispararía él?... No; en la sien, no... Yo no veo su cara manchada y agujereada; es preciso que aquel hombre haya conservado su máscara hasta que el ataúd estuviera bien atornillado... ¡Don Juan Antonio!, el hombre feliz, el hombre de la sonrisa y del consuelo; don Juan Antonio, ejemplo y estímulo, flor de París que llevaba en el fondo de su cáliz,

enroscado en la base de los estambres, ¡el gusano que le corroí!... Mas como el gusano era amarillo, y eran amarillos el polen y los matices de la corola y armonizaban... ¿cómo sacudir el gusano?... ¡Don Juan Antonio: quién pudiera como tú volver la espalda a la vida, tener la *cobardía* de cazar al cervatillo corazón con una bala blindada! ¡Don Juan Antonio: gran hipócrita, gran comprensivo, estímulo y ejemplo, escúpeme a mí que no seré capaz de suicidarme nunca!

... Misterios, rincones que no descubre el trato cotidiano. No hay ser transparente... Don Juan Antonio parecía un hombre conforme, y yo pensaba conocerlo... Acaso Ricardo Nors no sea un hombre seguro, acaso Sebastián vele sutilezas e irresoluciones bajo la corteza áspera... Madame Luzis, los Craud... No los conozco, como ellos no me conocen a mí... ¡pero los envidio! ¿Me conozco yo mismo? ¿Sé qué recursos de resistencia o acometividad están larvados en mí para la vida que me aguarda? ¿Siquiera conozco a mi madre?... Y ella, la que he creído conocer tanto..., la que escribió las secas cartas de profesora de escuela normal... Yo me supuse inteligente y acepté aquellas cartas como espontáneas cartas de amor; me creí sagaz, y no he visto hasta ahora lo que quiere decir esta frase: «Presiento que a mí también me ha llegado la hora del sacrificio...»

Vuelven a vivir juntos... Un sacrificio... Ríe y rabio... Un sacrificio dice, y quiere hacerme creer que es por no perder al niño por lo que acepta... ¡Mentira! Es la carne que reclama... La carne que se mofa de mí porque yo no supe... Imbécil, imbécil, mil veces imbécil... Y dormirán en el mismo lecho; primero resistencias; transigencias más tarde; la cabeza evangelizadora que cede un día, y los cuerpos que se unen con la niveladora violencia de los fuertes y de los débiles, de los sabios y de los estúpidos... Él la poseerá, y ella también lo poseerá... Y él, el cobarde, el *macraud*, él –¿cómo será él él?– él va a tenerla al lado, a palparla, a besarla, a morderla, a sofocarla con sus caricias, a rendirla, a calofriarla, a electrizarla... ¡Él va a hacer lo que yo no he hecho... Se habrá reído de mí! A veces centelleaba el fondo de sus pupilas, y ahora sé que aquel centelleo era sardónico. Acaso una noche, entre dos espasmos, hablen de mí...; hablar no, alguna alusión. El es el *soutener* consagrado por un sacramento... ¡Y él besará el lunar que se

esconde entre los pelos de la nuca!

Yo he sido mucho tiempo bruto. Hay errores en la creación... Bueno... Poseer: abarcar; abarcar: posesión total... Sí, yo estaba equivocado... He estado equivocado siempre... Me re- pugnaba en la posesión la falta de plenitud. Acaso accedí a ciertas cosas porque no se veía... La conjunción fisiológica está ideada sin fantasía, por una voluntad todopoderosa y grosera... Me explico: Dos se desean... Yo deseo a una mujer, a ella: verla de cabeza a pies, recibirla íntegra en mi mirada, tenerla cerca, pero no tanto que su figura se quiebre en el ángulo óptico... Se posee una cara, un seno, un brazo... se brutaliza todo esto... Mas una mujer sólo se posee si cuando se la mira... Se podría también poseer con el tacto, pero ¿cómo tocar todo al mismo tiempo?... Eso debió ser a distancia, por un contacto, infundiéndose mutuamente fluidos carnales, los dos deseos... Dios no se quiso esmerar... Y yo pensaba eso porque era imbécil... Debí poseerla así, como ella quería. Entre dos austeros consejos un salto de chacal, un mordisco en la nuca; llename la boca de pelillos rizados y de carne tibia... besos, cerrarle los ojos a besos, arañarla, aniquilarla... Porque la posesión es un castigo... Haría el viaje para insultarla en la posesión, por gozarla y dar suelta a todos mis rencores... Cada una de las frases falsas de sus cartas, una afrenta; cada una... ¡Esto es el arrepentimiento del bien, el más fiero dolor!

La conmoción fue tan recia, que abrió los ojos. Ya despierto, las turbulencias del sueño, lejos de disiparse adquirieron consistencia. Cuando se sueñan hechos, la razón los confunde o los borra; mas cuando se sueñan ideas ellas persisten; el sueño ha sido en casos un resolutor de problemas... Desvelado, Aurelio conservó el pliegue vertical en la frente, el rictus en la boca... Se había decidido... Resuelto sacó sus mejores ropas del baúl, se perfumó, se vistió, distribuyó con arte las negras sortijas de su pelo... Y al salir, sonreía.

El paseo era extenso, abierto al mar, apoyado contra la playa en un murallón de mamposterfa. Los coches marchaban en direcciones inversas formando una hilera sin fin, curva en los extremos del paseo. Las terrazas de los cafés estaban llenas de gente; las aceras

también; gentes domingueras que caminaban sin prisa para no estropear el calzado nuevo ni acelerar la conclusión del día festivo. En el mar iniciábase el reflejo de la púrpura de la puesta del sol; brisas salitrosas entraban en la ciudad, pasando sobre los coches descubiertos, agitando muselinas, sedas, gasas, plumas...

Aurelio marchó con la cabeza alta, dirigiendo miradas insinuantes a las mujeres de edad madura y atavíos juveniles... Se hubiera dado a cualquiera, hubiera tomado dinero de cualquiera... Iba sediento de revancha; en su alma las raíces del arrepentimiento del bien habían desgarrado todo, lo mismo que las recónditas fuerzas de un árbol destruyen la labor del jardinero. Pensaba en las proposiciones de madame Luzis, en las inflamadas cartas de monsieur Velist... Y las últimas palabras del sueño vibraban en su voluntad y trazaban ante sus ojos la ruta ancha de las despreocupaciones. Sus miradas de busca constituían un acto de contrición inusitado: arrepentirse del bien, darse golpes de pecho ante el altar de Satanás. Algo extraño debía tener su figura –acaso las arrugas del traje, pensaba–, pues sorprendió que miradas curiosas le seguían. Anduvo toda la tarde con la esperanza de encontrar; en dos momentos creyó haber encontrado... Luego, casi de repente, la luz comenzó a degradarse, y la retirada se inició. El estaba en el término del paseo, y por más que apresuró sus pasos, los coches acortaban la vuelta y el cordón giraba cada vez más lejano, indiferente, impecable, lujoso... sin que él lograse alcanzarlo. Dos elegantes que pasaron a caballo hicieron corcovear sus cabalgaduras junto a un charco, y salpicaduras de barro le macularon la cara y el traje... La brisa era húmeda; los faroles destacábanse en el fondo de la noche naciente; el faro de la entrada de puerto dibujaba en el mar un camino dorado y estriado... El polvo le irritaba los ojos, le secaba la boca... Jadeante, renunció a perseguir los coches y se detuvo; los últimos paseantes lo dejaron detrás... Se limpió el barro de la cara; después reanudó su caminata, vencido.

Anduvo, anduvo. Hubiera deseado que le pegasen, que lo insultasen, que otro tren lujoso lo manchara de cieno..., algo agresivo con que romper aquella indiferencia que lo congelaba. Anduvo, anduvo... En una calle, junto a un solar, una mujer de la mala vida lo abordó:

–¿Quieres venir?

–Vamos.

Emparejados anduvieron largo trecho. De pronto, atenazándole el brazo, él le exigió:

–Oye: me tienes que convidar. No como desde ayer.

Ella lo miró con sus ojuelos lucientes como cuentas de venturina. Su cabeza desgreñada era innoble; su cuerpo también; los senos colgaban buscando la flacidez del vientre.

–¿Que yo te convide?... ¡Tiene gracia!

–He estado preso hasta ayer.

–El caso es...

–¡Vete; déjame enionces!

–¡Vaya que tienes malas pulgas! Lleguémonos hasta un café del barrio; tengo allá crédito.

Era un café cantante en el subsuelo de una casa destartalada. En el aire viciado de humo y de vahos de alcohol, sólo brillaban netamente los abanicos orlados de azul de los mecheros de gas. La entrada de Aurelio hizo sensación entre la gente de ínfima laya que llenaba el recinto. Aquellas ropas, la americana entallada, el junquillo, el cuello alto, la corbata, eran un desafío. Veíase que ella estaba contenta y lo miraba con deleite.

–Pide lo que quieras –le dijo con generosidad.

–No; pide tú.

–Mira, es mejor que tomemos vermú y nos vayamos a comer a mi casa.

–Me es igual.

Iba ella a pedir, cuando en el café se hizo un vasto silencio. El tableteo lujurioso de la bailarina cesó. Un hombre cetrino, con una cicatriz sobre el labio superior y las dos mejillas, acercóse a la mesa, tendiendo una copa. Antes de ofrecérsela a Aurelio, echó en el vino la ceniza de su tabaco.

–Pollo, me va a hacer el *orsequio* de beberse esto.

Hubo risitas. La mujer se puso pálida, y en voz baja le aconsejó:

–¡Bebe! ¡Bebe!

Bebió. El matón se alejó triunfante, y de nuevo el café se llenó de voces, El señorito había pagado el tributo, se había dejado apabullar... Sólo después de un momento, Aurelio compren-dió; y convencido de haber hallado *otra forma de suicidio*, echó en su copa

un puñado de serrín del suelo y, tomando un gran cuchillo de sobre el mostrador, se acercó al valiente. Se hizo una quietud expectante.

–Ahora me va usted a hacer el favor de beber; es su turno.

La voz era serena, pero algo decisivo debió fulgir en su mirada. El hombre intentó rechazar, mas él le puso el borde de la copa entre labios, y le hizo beber hasta el fondo. Luego, seguido de su pareja, salió sin apresurarse del café.

La mujer no acertaba a hablar. Aquel hombre había *despachado* a dos, y él, el *señorito*, lo había *achantado*. Un deseo infinito se alumbró en sus ojuelos; besuqueó a Aurelio en la cara.

–Lo que quieras, ¿sabes?... Todo lo que yo tenga, para ti. Eres mi amo... No me dejes por otra, por lo que más quieras en el mundo.

En la casa le preparó la cena. El cenó en silencio, asediado por la solicitud de la infeliz mujer deseosa de prevenir sus deseos. La pobre mujer que hubiera dado el resto de su vida por oír una frase amorosa de aquellos labios, le hizo acostar. En la cama, él tuvo un acceso de frenesí. Con los ojos extraviados, la sacudió, la increpó, hundió sus uñas en la mísera carne.

–¡¡Natalia, te detesto!!... ¿por qué te has dado a él?... ¡¡Te adoro!!... ¡¡Natalia, dime que te hago mucho daño!! ¡¡Natalia!!... ¡¡Toma, toma, toma, toma!!

La cabeza hundida entre la almohada, ella suplicaba:

–¡Pégame, haz de mí lo que quieras; pero llámame por mi nombre, Lucía... antes me llamaba Emiliana... ¡Pégame...; más fuerte...; haz de mí lo que quieras!

Quedaron extenuados, sudorosos. Ella se durmió, y él sintió sus ronquidos. En silencio, comenzó a vestirse. Lucía no se dio cuenta de que se iba hasta que sintió chirriar la llave. En camisa, enmarañado el pelo, quiso detenerle. Luchó con él, y él la repelió brutalmente, echándolá a rodar hasta debajo de la cama.

Salió a la calle. Desde el balcón ella lo llamaba con voces lastimosas, sumisas, inflamadas de deseo.

–¡Loco! Sube... ¿Por qué te vas?... Ven al menos mañana... Siempre que quieras... ¡Ven!

La voz se dilataba en el silencio de la calle. El siguió, impelido por una sensación de derrota. Asomada a la ventana, la mujer persistía en llamarlo. Siguió por en medio de la calle, y llegó a una plazoleta. Allí, indeciso, estuvo largo rato. De la plazoleta partían

varias calles, igualmente lóbregas... imágenes de los caminos que le quedaban por seguir en la vida.

Y en aquel momento, con la precisión con que se comprueba una sensación física, Aurelio Zaldívar sintió que había dejado de ser joven.

Epílogo

Esta novela no quiere ser, en modo alguno, acto de censura ni de disculpa. Ojalá fuese, si el deseo de ser imparcial no se cumple, esto último, y así podía ejercer, siquiera juzgando a un hombre catalogado entre los seres *imaginarios*, esa virtud que tan raramente ponemos en la crítica de los actos de nuestros prójimos: la lenidad.

Aunque pretendí que la narración fuera neutral, quiero, si no sobre las razones, insistir sobre las incitaciones que ha tenido Aurelio Zaldívar para rodar tan bajo. Acaso, sintiendo el contagioso heroísmo de haber llevado entre sus manos una cabeza cercenada, deje debatir su desesperación en una contienda que tenga desenlace trágico; tal vez viva de la prostitución de una mujer como la que ahora queda llamándole loco, como la que encontró hace mucho tiempo en una calle obscura que vertía su misterio en la ancha vía luminosa del os acordáis en París... Y el insistir acerca de su desdicha no tiene implícito el desconocimiento de los argumentos que en contra de Aurelio Zaldívar pudiéranse argüir: es que los callo... Esta manera de ser ecuánime sólo dejará de hallar comprensión en quienes ignoran cómo se ama a un compañero que ha vivido en nuestra preocupación la luenga jornada de trescientas páginas. ¿Es pasión?: Sí. ¿Es piedad?: También. Pasión y piedad: óptimas flores del espíritu.

Aurelio Zaldívar no pasó por la puerta estrecha; recorrió el camino angosto sin que le fuera acordada la gracia de olvidar el dolor en sus deliquios, en su visión de eternal bienandanza. Los abrojos de la vereda punzaron cada uno de los nervios de su sensibilidad. ¿Que sus sufrimientos no fueron muy grandes? Sí, pues que su capacidad para sufrir no era mayor. Tuvo certidumbre en la pena y titubeo en la esperanza... Por eso he creído a veces que la mitad de su abnegación debiera ser más meritoria que un martirio completo.

Aurelio Zaldívar quedó en el quicio de la puerta estrecha. Para ir hasta allí, su voluntad supo dominar sus instintos, someter un pasado de alegrías; él consumió su juventud en las preocupaciones morales que otros guardan para la vejez, seguros de que la contrición de un minuto borra los pecados de una vida... Pero ya en

el dintel, le faltó la llama que no nace en nosotros sino cuando la omnímoda potestad de Dios hace merced. Si al término del abrupto sendero, ya con cada uno de pies en los dos umbrales de la puerta, hubiera visto, siquiera entrevisto, la gloria destinada a los que la trasponen, ¿habriase dejado arrancar de ella por las siete bestias capitales de sus pecados? Aunque Dios ha desdeñado la elocuencia, otorgándosela a Satán para que persuada, embauque e impela, las siete fieras pueden menos que la mano que detuvo el Sol, hizo fulminar las nubes sobre el Sinaí y abrió las aguas clamorosas del mar Rojo para hacer camino de salvación a su hueste... Mas la mano no se tendió... Tal vez estaba tendida en la sombra: los ojos de Aurelio Zaldívar eran ciegos... Y si la voluntad que animó los huecos ojos de Lázaro hubiera querido... ¿no hubieran visto también aquellos ojos que tantas veces soñaron la alucinación del milagro?... Una de las personas que pasan por esa narración, Sebastián, transformó para su uso un proverbio piadoso: «Dios aprieta, pero no *afloja*», decía plebeyamente él. Nosotros no podemos decir lo mismo al ver que, ya en el borde de la puerta de que habla con clara parábola el evangelista, la diestra de Aurelio, luego de tactear en vano, ansiosa de sostén, se repliega huérfana contra su cuerpo... Forzoso es que algunos actos de Dios nos parezcan inhumanos; divinidad y humanidad no son palabras sinónimas en ninguna lengua. Con solo tomar cuerpo de hombre, el Hijo de Dios repitió: «Hágase, Padre, tu voluntad». Ya sus dos voluntades no eran la misma: un poco de arcilla partía en dos la voluntad deica. ¿Quién puede fijar la causa de sus decisiones? El escogió a Jacob para simiente de un gran pueblo, dejando en la sombra a Esaú, y Jacob fue ladrón de bendiciones, altanero, cobarde... y Esaú, según nuestra ética, era justo. El santificó la venganza en Sansón, la impostura en hermanos de José, el incesto en Judá; de antemano endurecía el alma de Faraón para que no la ablandasen las razones que dictaba a Moisés... Nosotros habríamos procedido de otro modo, pensamos... ¿Por qué obstinarnos en que nuestra razón sea su razón?

Si Aurelio Zaldívar, tomando cualquiera de las calles que parten de la plazoleta donde queda, va al crimen, cae en el cieno de todas las infamias, que sea condenado; mas que para aminorar su pena ante la suprema justicia –ya que la deleznable justicia terrenal sólo

propende a salvaguardar a los que no han delinquido contra los que delinquen–, para atenuar sus faltas allá arriba, sirva el gesto que con tanta vehemencia hizo para encontrar a Dios... Aquí se le castigará, oirá palabras acerbas y estímulos tardíos; quedará inhabilitado, porque los bancos de la justicia manchan a los inocentes y no lavan a los culpables; un presidente graso y con todas sus necesidades resueltas, le amargará la sentencia con un discurso...Nuetro cariño no nos lleva a esperar para él jueces como el buen juez Magnaud, que escribió en papel de oficio, sin contaminarse del olor curial, este *considerando* maravilloso: «Lo que no puede evitarse no debiera ser castigado».

Y a los hombres que desde el interior de sus viviendas, acariciados por las blanduras del bien vivir, juzgan en una sola frase no precedida de reflexión las acciones de los que combaten en la batalla... a esos nada. Caigan sobre Aurelio Zaldfvar sus reproches; escarnézcanlo por vivir de la prostitución de la mujer a quien desean; injúrienlo por haber matado a mansalva un hombre... Hay que ser severos... hay que evitar enternecerse.

En las violencias de la lucha no se pueden cuidar las actitudes. La moral es como las lamparillas de aceite, que sólo sirven para alumbramos cuando dormidos.

Le Havre. Invierno de 1910

ALFONSO HERNÁNDEZ-CATÁ fue periodista, escritor, dramaturgo y diplomático hispano-cubano. Vivió hasta los catorce años en Santiago de Cuba. Dos años más tarde, a los 16 años ingresó en el Colegio de Huérfanos Militares de Toledo pero, nada inclinado a la carrera militar de su padre, se escapó y trasladó a Madrid, donde fue aprendiz de ebanista e ingresó en la bohemia del Modernismo. Cursó también Psicología (de lo que hay huella en sus caracterizaciones, sobre todo en los relatos cortos) e Historia.

Volvió a Cuba en 1905 y se estableció en La Habana. Comenzó a trabajar como lector de tabaquería. En 1907 publicó su primer libro, Cuentos pasionales. En La Habana fue periodista en el «Diario de la Marina» y «La Discusión», y colaboró en «Gráfico», «El Fígaro» y «Social».

En 1909 ingresó en la carrera diplomática y en 1918 es ascendido a cónsul de primera clase y llega a Madrid, donde una serie de polémicas periodísticas va llevándole a rechazar el neocolonialismo hasta que, en 1921, unos artículos en que defiende el derecho de autodeterminación de los marroquíes motiva su expulsión y retorno a El Havre; desde entonces se sintió y proclamó profundamente cubano. Además de haber sido cónsul en El Havre (1909), lo fue en Birmingham (1911), en Santander (1913), en

Alicante (1914) y en Madrid (1918-1925), así como encargado de negocios en la Legación de Cuba en Lisboa hasta 1933, año en que es nombrado embajador de Cuba en Madrid. Fue ministro en Panamá (1935), en Chile (1937) y en Brasil (1938), donde murió en accidente de aviación al sobrevolar la Bahía de Botafogo en Río de Janeiro, el 8 de noviembre de 1940. La poetisa chilena Gabriela Mistral y el escritor austriaco Stefan Zweig pronunciaron sendos elogios fúnebres.

Alfonso Hernández-Catá suele ser desterrado del predio de la narrativa cubana por su espíritu eminentemente europeo que predomina en sus obras. Su obra imaginativa se halla impregnada de valores ensayísticos, como se comprueba en *Pelayo González* (1909), obra dedicada a Benito Pérez Galdós, que presenta el retrato de un sabio escéptico, irónico y sentimental. La presencia de Cuba se siente en *La juventud de Aurelio Zaldívar* (1911) y, sobre todo, en *Mitología de Martí* (1929), donde destaca el relato "Cayetano el informal"; pero su temperamento era cosmopolita. Insistió en los temas sensuales (*Novela erótica*, 1909) y psiquiátricos (*Manicomio*, 1931), siempre con delectación de artista. Lo mejor de su obra pertenece a la novela corta (*Los frutos ácidos*, 1915) y al cuento psicológico (*Los siete pecados*, 1918). Otros libros suyos: *El placer de sufrir* (1921), *El corazón* (1922), *El bebedor de lágrimas* (1926), *Piedras preciosas* (1927), *El ángel de Sodoma* (1928), *La voluntad de Dios* (1930), *Sus mejores cuentos* (1936), *Cuentos* (1966). En su memoria se instituyeron en Cuba los premios Hernández-Catá para cuentistas. También publicó un poemario: *Escala* (1931) y escribió muchos dramas y comedias, algunos en colaboración con Alberto Insúa, como *En familia*, *El amor tardío* y *El bandido*. Es autor de la zarzuela *Martierra*, con música de Jacinto Guerrero.

Aunque algunos le atisban influjo de Leopoldo Alas, la mayoría observa en sus obras técnicas más propias de Rudyard Kipling, Guy de Maupassant, Joseph Conrad o Somerset Maugham. Según Max Henríquez Ureña escribía una genuina prosa modernista, trabajada con arte, castigada y elegante, de rico vocabulario, en una línea cosmopolita, libre esencias nativistas o costumbristas, mezclando una cierta crítica social naturalista con el estilo preciosista del Modernismo. En general, en su obra se aúnan rasgos de la literatura noventaiochista española y del modernismo hispanoamericano.

Hernández-Catá ha sido traducido al francés, al inglés, al alemán, al ruso, al holandés, al portugués, al italiano y al lituano. Es un narrador ameno, exquisito, ingenioso, elegante en el decir, y es doloroso que no haya mucha alma cubana en sus personajes que son de alma española. En honor a la verdad, Hernández-Catá ha demostrado en *Mitología de Martí* que, a pesar de todo, su corazón se reservaba una reinvidicación honrosísima; y muy distinto es su caso a los de los autores nacidos en Cuba, Alberto Insúa y Eduador Zamacois, a quienes los críticos españoles lo consideraron siempre como compatriota.